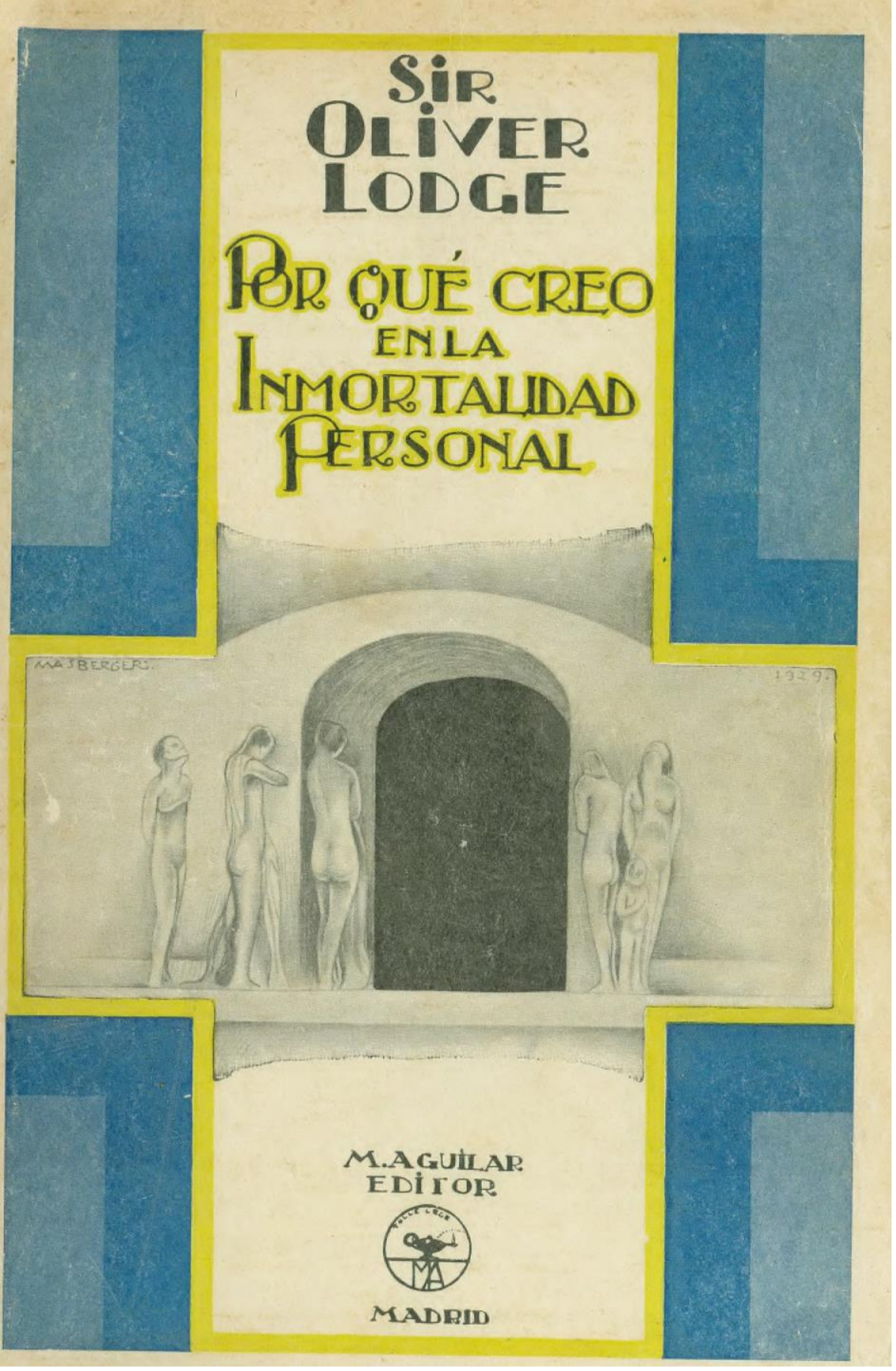


SIR
OLIVER
LODGE
POR QUÉ CREO
EN LA
INMORTALIDAD
PERSONAL
MASBERGER.
1929.
M. AGUILAR
EDITOR
MADRID

PREFACIO

Tan antiguos como la humanidad son los argumentos en favor de la supervivencia humana, o de que la muerte es un fenómeno puramente corporal. Unos son de carácter teológico por basarse en el postulado de la bondad y la justicia de un Creador, en tanto que otros pueden considerarse de índole antropológica por fundarse en la instintiva hostilidad que siente el hombre por la idea de su aniquilamiento y en el postulado de que los instintos tienen que guardar alguna conexión con la realidad. En este libro no se recurre a ninguno de estos argumentos, aun cuando yo los respete todos. En realidad, no es mi propósito argüir nada. Todos mis asertos se basan en la experiencia y en la aceptación de una serie de hechos que pueden ser comprobados directamente por todo el que se tome la molestia de hacerlo. Aun cuando sé muy bien la extraordinaria importancia que tiene en la ciencia la palabra «hecho»,

puedo afirmar sin vacilación que la supervivencia personal del individuo es para mí un hecho demostrado. Esta convicción ha sido alcanzada tras el estudio de una obscura facultad humana no reconocida aún por la ciencia ortodoxa ni aprobada al parecer, en general, por los teólogos. Me parece, pues, permisible, e incluso quizás obligatorio, que de vez en cuando justifique o defienda mi constante perseverancia en la investigación y mi firme convicción acerca de los resultados.

Incidentalmente he de consignar que la palabra Inmortalidad *que integra el título se halla empleada, claro es, en su sentido convencional, toda vez que está fuera de nuestro alcance todo aserto referente a la infinitud. Lo único que podemos aspirar a dejar establecido es la supervivencia de la personalidad. El paso real o la aparente quiebra de la continuidad en la vida humana, se efectúa en la tumba y en el umbral de la muerte. Si sobrevivimos a esta ruda experiencia es poco probable que encontremos y sucumbamos ante otra discontinuidad de mayor magnitud aún. Pero nada sabemos de ulteriores aventuras en el futuro. Todas las pruebas logradas se refieren a la supervivencia del individuo después de su separación del cuerpo material: vana presunción sería pretender saber lo que se oculta en el remoto y obscuro porvenir. A decir ver-*

dad, se trata de un mañana en el que no es menester pensar por ahora. Bástenos por el momento con saber que nuestra vida presente no es el término de nuestra existencia como individuos, y por otra parte, que si la empleamos debidamente será la primera fase de una larga serie de oportunidades que se nos ofrecen de prestar un continuo servicio, el único servicio en armonía con nuestra verdadera naturaleza y que equivale, por tanto, a la libertad perfecta. In la sua volontade è nostra pace.

CAPITULO PRIMERO

APRECIACIÓN CÓSMICA DE LA VIDA Y DEL ESPÍRITU

Lo que distingue a la religión de la ética es la creencia en otro mundo y el empeño por comunicar con él.
(P. Jorge Tyrrell en *The Quarterly Review* de julio de 1909, al hacer la crítica de varias obras religiosas ortodoxas.)

Durante la mayor parte de su historia la humanidad sólo ha tenido conciencia de la tierra y ha considerado a ésta como el único mundo existente, tratando a los demás astros como accesorios de este mundo destinados a alumbrarle o rodearle de objetos de interés. (Una lumbrera mayor para que presidiese al día; una lumbrera menor para que presidiese a la noche. Y también hizo las estrellas.) A la antigüedad llegaron algunos destellos de conocimientos más amplios. En la poesía clásica y medieval se habla de regiones supersensoriales, situadas por encima o por debajo de la

tierra, pero siempre en estrecha relación y dependencia respecto a ésta.

Hasta algunos siglos después de Copérnico (1500) no llegó a la inteligencia media la idea de que la tierra era un cuerpo celeste, simple unidad entre otros muchos. Y hasta hace relativamente poco no abandonó el hombre su punto de vista fundamentalmente terrestre por un punto de vista cósmico. Actualmente se ha operado ya la gran revolución en el pensamiento humano, y cada cual admite la existencia independiente de una multitud de otros mundos por lo que a su constitución material y movimientos en el espacio se refiere. Esperemos que paralelamente a esta expansión materialista acabemos por recuperar la penetración y el entusiasmo espirituales de las Edades Medias que construyeron Chartres y otras catedrales.

Aun cuando se haya perdido esta penetración en los ultimos siglos, acaso pueda recuperarse aún junto a un nuevo conocimiento y un remozado sentido de los órdenes material y espiritual de la existencia. No en vano ha sido construída por empeño cívico la catedral de Liverpool, con su grandiosidad y opulencia, en este nuestro siglo de lucha, peligro y baraúnda.

No obstante la expansión materialista y salvo alguna que otra excepción, es indudable que cuando abando-

namos las cuestiones de carácter material y abordamos el dominio mental y espiritual observamos que aún persiste la antigua limitación terrestre. No conoce la ciencia ninguna vida ni espíritu fuera de los límites de nuestro planeta, y en esta base se fundan todos nuestros sistemas ideológicos. En la esfera de la psicología se considera al hombre como el único ser inteligente o como el más elevado. A duras penas se admite la existencia de inteligencias inferiores y la amistosa comunicación con ellas en el resto de la creación animal; pero la existencia de inteligencias superiores a la del hombre se rechaza o se pasa por alto, en tanto que toda tentativa por comunicarse o relacionarse con estas inteligencias hipotéticas para conocerlas mejor o aun comprobar concretamente su existencia suscita el reproche de superstición indigna de la ciencia.

Al mismo tiempo se tienen pruebas de fenómenos insólitos y perturbadores que sugieren que esta limitación precopernicana a la vida y la conducta terrestres, este desdén o incredulidad por cuanto se salga de nuestra esfera es un acortamiento de lo que podría ser nuestra perspectiva de la existencia y dista mucho de ser plenamente satisfactoria, pues para mantener intacta y completa la hipótesis del aislamiento es necesario volver la espalda a ciertos hechos alegados y atri-

buírlos todos, sin distinción, al fraude, negando su auténtica realidad.

Debe recordarse, además, que los instintos humanos sólo levemente han sido controlados, gobernados o restringidos por consideraciones científicas. La vida humana se guía mucho más por la emoción y el instinto que por el razonamiento lógico, y el instinto ha conducido al hombre por doquiera indistinta y hasta supersticiosamente a postular la existencia de fuerzas superiores que en cierto modo rigen su destino y que pueden ser propiciadas u ofendidas con determinadas ceremonias. Que estas fuerzas superiores se hallen distribuídas entre muchas inteligencias o que sean prerrogativa absoluta de una sola es de importancia relativamente secundaria. Y por lo que se refiere a los atributos de esa inteligencia exclusiva, ha existido gran diversidad de pareceres y un avance gradual hacia un criterio mejor que aún continúa. Las aspiraciones e ideales más elevados de la humanidad viviente en cada una de las fases alcanzadas se reflejan en su noción de la divinidad, toda vez que la facultad de la concepción del culto se halla limitada forzosamente por el desarrollo moral e intelectual. El animal, si es que algo adora, sólo puede adorar al hombre, su visible y tangible superior. El hombre se ha elevado a la

adoración de algo supersensorial y puede representar su interpretación simbólica del Universo en imágenes y otras formas artísticas. El Cristianismo ha iluminado nuestra percepción de lo divino glorificando la idea de la Encarnación.

Pero cualquiera que sea la diversidad de nuestras concepciones y por elevadas que puedan ser algunas de ellas, es indudablemente cierto que la esencia de la religión es, como dice el padre Tyrrell, la creencia en otro mundo, en otro orden de existencia, y el empeño por comunicar con él. Testigos elocuentes de esta tendencia universal son nuestras iglesias y capillas, y las ceremonias de rezos y alabanzas que en ellas tienen lugar. El preámbulo de todas las religiones es la existencia de un mundo espiritual, es decir, de inteligencias y seres superiores al hombre. Y cuando no sólo se admite su existencia, sino que se siente también que pueden intervenir con su influjo y su ayuda en nuestra vida y se considera posible entrar en comunicación con ellos, dirigirles súplicas y obtener su apoyo, entonces la creencia rebasa el campo intelectual y se manifiesta en una forma de religión más o menos digna.

Los hombres de ciencia, como seres humanos a la vez que sabios, han reaccionado de modo diverso e

individual frente a esta tendencia general hacia lo supranormal y lo que podría llamarse acertadamente lo milagroso. Algunos de ellos llegan al extremo de desdeñar y condenar estas escapatorias fuera del conocimiento real; otros las aceptan humildemente como parte del patrimonio humano sin intentar formularlas ni comprenderlas; en tanto que la mayoría, aun cuando consideran el proceder de las personas religiosas con mirada respetuosa y acaso compasiva, tratan estas cosas como ajenas a sus actividades profesionales e intelectuales y, sin negarlas claramente, no manifiestan por ellas un interés particular.

En el grupo extremo, los hombres de ciencia que pasan a la vez por filósofos y que consideran la existencia desde lo que podría resumirse como el punto de vista materialista o sensorial, no carecen ni de elocuencia ni de entusiasmo, mostrándose dispuestos a volverse dogmáticos en apoyo de su ingenua aunque robusta filosofía. Regocíjanse de su emancipación de la tradición religiosa; invitan a los demás a compartir su intrépida repudiación de las teorías que consuelan a la gente, y dan muestras de una serenidad estoica ante lo que a los demás podría parecerles ruina y desolación. Como ejemplo de ello citaré un pasaje de un ensayo titulado *El culto del hombre libre*, del Sr. Bertrand

Russell. Con análogo resultado podrían citarse otras profesiones de fe mucho menos elocuentes de otros escritores:

«Que el hombre es el producto de causas que no previeron el fin a que tendían; que su origen, su desarrollo, sus esperanzas y sus temores, sus aficiones y sus creencias, no son sino el resultado de disposiciones accidentales de átomos; que no hay entusiasmo, ni heroísmo, ni riqueza ideológica o sentimental que pueda preservar la vida del individuo allende la tumba; que todos los esfuerzos de todas las épocas, toda la devoción, la inspiración, la meridiana claridad del genio humano se hallan destinados a la extinción en la inmensa muerte del sistema solar, y que todo el templo de los logros humanos ha de quedar sepultado inevitablemente bajo los escombros de un universo en ruinas, todas estas cosas, si no absolutamente indiscutibles, aproxímanse tanto empero a la verdad, que la filosofía que las rechace no puede contar con subsistir. Sólo con el andamiaje de estas verdades, sólo sobre el sólido cimiento de una inflexible desesperanza, puede construírse a salvo en lo sucesivo el habitáculo del alma.»

Hay en este consejo de que se acepte la desesperan-

za un tono de convicción casi exultante. Podría parecer la canción guerrera destinada a sostener el ánimo del combatiente, pero extirpada de la tristeza que a veces afligía a los poetas antiguos al considerar el destino humano. Virgilio, por ejemplo, era apostrofado así por Tennyson:

Thou that seest Universal Nature moved by Universal
[Mind;
Thou majestic in thy sadness at the doubtful doom of hu-
[man kind (1).

En el agnosticismo moderno esta triste aquiescencia ha sido substituída por algo más parecido al alborozo, pues parece ser que el destino ya no es dudoso. Si esto respondiera a la verdad no habría por menos que admirar su estoicismo y maravillarse a la vez de las energías consagradas al servicio de una raza perecedera. El único motivo de que yo me oponga a semejante filosofía ética es que, por admirable que en sí misma parezca, la considero científicamente equivocada en sus mismos fundamentos. El agnóstico del pasado siglo dejaba a veces de ser puramente agnóstico

(1) «¡Oh tú, que viste la Universal Naturaleza movida por una Mente Universal! ¡Sublime en tu tristeza por la dudosa suerte del género humano!»

y, como el difunto W. K. Clifford, se entregaba a una exuberante denegación de toda existencia espiritual o supersensorial, credo negativo compartido por buen número de gentes hoy día, entre las que se cuentan los patrocinadores de *El Librepensador*, ese periódico que resulta cómico por su gran engreimiento y su poca modestia. Estas gentes se vanaglorian de lo que consideran en serio, no su estrechez de miras, sino su libertad de pensamiento:

«El universo está formado de éter y átomos y en él no queda sitio para los fantasmas.»

Cuando las negaciones especulativas de este carácter general se ven confirmadas por ulteriores conocimientos, pasan a convertirse en el fallo de la ciencia. Pero se da el caso de que en estos últimos años hombres que han consagrado su vida al estudio de la ciencia han visto uno tras otro solicitada su atención por fenómenos singulares e insólitos que para muchos demuestran la existencia de un mundo invisible supranormal y probablemente espiritual, un mundo de realidades inmateriales aunque individuales, como lo llamó F. W. H. Myers. Después de un prolongado estudio de estos fenómenos hemos llegado algunos, no sin

un claro sentido de nuestra responsabilidad, a la conclusión de que su realidad supuesta es cierta y de que la explicación más sencilla que del hecho puede darse es la hipótesis de que nuestra existencia no se halla confinada tanto a la tierra y a las cosas terrestres como creíamos, sino que estamos en relación y contacto con otro orden de existencia y que nuestra misma apreciación de los fenómenos mentales debe ampliar sus horizontes y tornarse cósmica y universal. En otras palabras, que los fenómenos no pueden explicarse si nos constreñimos a las experiencias normales de la vida terrestre.

Así, pues, está operándose otra revolución copernicana: la tierra, e igualmente los demás planetas que a ella se parecen, no son ya la única morada de la inteligencia. A decir verdad, yo empiezo a pensar, no ya por intuición religiosa, sino por las indicaciones algo obscuras de una ciencia más vasta, aunque sólo en embrión, que la inteligencia no se halla confinada a la superficie de las masas planetarias, sino que llena y domina el espacio: nunca está ausente y siempre en actividad. En otras palabras, que es posible o probable que la esencia de la vida y el espíritu habite el éter, si es que necesita un vehículo físico, y sólo excepcional y temporalmente se encarna aquí y allá en la

materia cuando las circunstancias son favorables y se dan las condiciones singularmente difíciles y excepcionales que se requieren.

Parece ser, en efecto, que la vida activa, tal como nosotros la conocemos, necesita alojarse en la compleja substancia llamada «protoplasma», y este complejo agregado molecular, o, mejor dicho, algunos de los átomos que lo componen, sólo pueden formarse a una baja temperatura, mientras que, según sabemos, la inmensa mayor parte de la materia del universo se encuentra a una elevada temperatura, y aun entre las masas planetarias que se han enfriado muchas son demasiado pequeñas para retener una atmósfera. Es absolutamente excepcional que un cuerpo sea lo bastante voluminoso para retener los gases sobre su superficie por la ley de la gravedad y no sea en cambio lo bastante grande para retener o engendrar demasiado calor. Para sostener la vida un planeta no puede ser tan frío que se solidifique el agua ni tan caliente que ésta se convierta en vapor. Tiene que haber precisamente los grados de temperatura que encontramos en la tierra para que el agua esté líquida y para que exista el **protoplasma.**

En la tierra encontramos la vida clara y distintamente asociada con la materia y no de otro modo. En

las criaturas superiores y en nosotros observamos que la vida se manifiesta en la inteligencia. Así hemos llegado, de modo por demás curioso, aunque al fin y al cabo muy natural, a la conclusión tácita de que la vida y el espíritu sólo pueden existir asociados con la materia, y cuando en el orden natural el vehículo de la vida perece y se abandona, nos inclinamos a creer que la vida y la inteligencia emancipadas han dejado forzosamente de existir.

Sin embargo, lo extraño del caso sería, no que sobrevivan a su envoltura material, sino que se incorporen en efecto a la materia, pues la conclusión que yo he llegado a aceptar como la verdad probable, en la medida en que me es dado percibirla, es que la asociación de la vida y el espíritu con la materia es una cosa excepcional, y que en realidad ambos se encuentran más a su gusto en la región cósmica interplanetaria que las ciencias ortodoxas (tanto psicológicas como biológicas) han pasado hasta ahora en general por alto.

Admito la necesidad de un vehículo corporal de cualquier género para el funcionamiento práctico de la inteligencia; pero no supongo que el cuerpo tenga que hallarse formado exclusivamente por el conjunto de cargas eléctricas opuestas que acostumbramos a lla-

mar «materia». Eso me parece una suposición infundada y gratuita, como otras muchas suposiciones que las recientes teorías científicas (sobre todo la llamada teoría de la relatividad) nos han obligado a desechar. Yo puedo imaginarme otra estructura compuesta de éter, tan sólida y substancial como la materia ordinaria, pero que difiere de ella por el hecho de que no apela a nuestros órganos sensoriales presentes ni puede someterse al control muscular directo. Las distintas partículas que componen cualquier bloque de materia se mantienen unidas gracias a las fuerzas unificadoras de cohesión, afinidad química y gravitación, y estas fuerzas o esfuerzos inmateriales son considerados cada vez más como funciones del éter del espacio. El cuerpo material que nosotros vemos y tocamos no es en ningún caso el cuerpo entero, pues ha de tener una contrapartida etérea que le mantenga unido, y esta contrapartida etérea es, a mi parecer, la que se halla verdaderamente animada en el caso de los seres vivos. A mi juicio, la vida y el espíritu nunca se encuentran asociados directamente con la materia, y sólo indirectamente pueden obrar sobre ella merced a su más directa conexión con un vehículo etéreo que constituye su verdadero instrumento, un cuerpo etéreo que se mezcla con ellos y obra sobre la materia.

Las partículas de materia unificadas por el cuerpo etéreo están en constante mudanza, son advenedizas y transitorias, molestas o morbosas a veces, y en definitiva el cuerpo material degenera. La materia tiene muchas imperfecciones; pero el éter no ha dado nunca señales de la menor imperfección: es absolutamente transparente, no pierde ninguna energía y toda estructura formada de éter puede considerarse permanente. Ahora poseemos un cuerpo etéreo, independiente de los accidentes que pueden acaecerle a su agregado sensorial de materia asociada, y este cuerpo etéreo seguiremos poseyéndolo mucho después de haberse desechado la porción material. La única dificultad de asir plenamente esta hipótesis estriba en el hecho de que lo etéreo no puede afectar a nuestros actuales sentidos: todo cuanto se refiere al éter, incluso en la física, ha de obtenerse por deducción. Su observación directa parece inasequible. Y así podemos vivir en un permanente e invulnerable cuerpo etéreo del que nada sabemos, porque interpenetra o envuelve un conjunto de partículas de materia vibratoria que constantemente estimulan nuestros nervios y despiertan nuestra atención.

Tal es, breve y precipitadamente expuesta, la conclusión a que he llegado poco a poco, y ahora me resta

señalar de un modo general la base experimental en que se apoya y algunas de las consecuencias que implica. Por el momento no puedo hacer uso de los modernos argumentos sobre el éter y su necesidad filosófica para la comprensión y exposición de todos los fenómenos, salvo cuando éstos se consideran de un modo puramente abstracto, como si se dejan las ecuaciones matemáticas sin interpretación física; pero trataré de resumir la posición que me ha llevado a adoptar el examen de los hechos y luego haré la historia de algunos de estos hechos tal como han llegado a mi conocimiento. Acaso parezca un tanto absurdo este sistema de exponer deducciones antes de examinar los hechos en que se basan; pero una hipótesis certera es siempre una ayuda, como el hilo en que van ensartándose las cuentas, y si no siguiéramos alguna pista vagaríamos sin resultado por un laberinto inextricable. Si la hipótesis no se ajusta a la verdad tendrá que ser modificada o desechada, no cabe duda; pero mientras tanto puede servirnos de algo, y por otra parte el mejor modo de descubrir sus flaquezas es ponerla a prueba. Toda teoría ha de ser confrontada con los hechos experimentales. Debe ofrecérsele la posibilidad leal de subsistir, así como debe exterminársela implacablemente una vez que haya resultado falsa

y desorientadora. He aquí, pues, las tesis que ahora me propongo sustentar.

Resumen de los postulados o conclusiones provisionales derivados de la experiencia y numerados para su examen.

1.° La actividad del espíritu no se limita a sus manifestaciones corporales, si bien es cierto que el espíritu necesita un mecanismo material para desplegar su actividad en nuestro caso.

2.° El mecanismo cerebro-nervo-muscular, en unión del resto del cuerpo material, constituye un instrumento construído, gobernado y utilizado por la vida y el espíritu, instrumento que puede deteriorarse o degenerar hasta el extremo de impedir su útil empleo a la entidad que lo gobierna normalmente, y la señal de esta degeneración o deterioro puede ponerse de manifiesto sin que ello nos autorice a sacar otra conclusión que la de que el conducto o eslabón que une al espíritu con la materia se ha obstruído o estropeado.

3.° Ni la vida ni el espíritu dejan de existir cuando se separan de su órgano o instrumento material: lo único que ocurre es que dejan de funcionar en la es-

fera material del modo que podían hacerlo cuando el instrumento estaba en condiciones.

(Lo cierto es que no hay nada real que deje de existir: lo único que hace es cambiar de forma. Las cosas pueden substraerse a nuestro conocimiento y tornarse imperceptibles a nuestros sentidos; pero eso no prueba que hayan dejado de existir. Esto, que es una verdad notoria por lo que respecta a la materia y la energía, es asimismo exacto, a mi parecer, aplicado a la existencia vital y espiritual. No hay razón para suponer que una cosa real pueda dejar de existir aunque se disgregue prestamente o se torne inaccesible de alguna otra manera.)

4.° Lo que llamamos «el individuo» es una encarnación concreta o asociación con la materia de un elemento vital o espiritual que posee por su parte una existencia continua. La identidad, o, en su grado superior, la personalidad, no depende por cierto de la identidad de las partículas materiales que la despliegan: sólo puede ser atributo de la entidad gobernante que mantiene unidas dichas partículas durante algún tiempo, pues sabido es que puede desecharlas y renovarlas en el transcurso ordinario de la vida sin que ello afecte en lo más mínimo a su propia continuidad.

5.° El *valor* de la encarnación estriba en la oportu-

nidad obtenida de este modo para la individualización de una parte de mentalidad específica y gradualmente creciente, aislándola y privándole de su primitivo ambiente cósmico y permitiéndole desarrollar una personalidad característica de su organismo peculiar.

6.° Si esta individualidad o personalidad es real, hay grandes motivos para suponer que, al igual que todas las demás entidades reales, tiene que subsistir y sobrevivir por tanto a su separación del organismo material que le ayudó a aislarse e hizo posibles sus características individuales o «carácter».

La posibilidad de que el carácter individual así formado *subsista* como individuo, llevándose consigo la memoria, la experiencia y los afectos formados bajo las oportunidades y privilegios inherentes al cuerpo material durante la vida terrestre, es una cuestión que hay que dilucidar mediante la observación y la experiencia directas. Finalmente, pues, mi convicción es la siguiente:

7.° Las pruebas ya asequibles bastan para demostrar que el carácter y la memoria individuales subsisten, que las personalidades que han abandonado esta vida siguen existiendo con el conocimiento y la experiencia aquí conseguidos, y que bajo determinadas condiciones, sólo en parte conocidas, nuestros difuntos

amigos pueden demostrarnos la verdadera e individual supervivencia de su ser.

Situación actual de estas tesis.

Ahora bien, todas estas conclusiones o deducciones de una larga serie de estudios son vistas con desdén por la ciencia ortodoxa, que hasta el presente se ha limitado a las manifestaciones terrestres sin afirmar la existencia de nada ultraterreno, y toda obstinación en tales proposiciones suele tacharse de especulación o superstición. Por otra parte, ni la misma religión, tal como ésta suele entenderse, parece considerarlas esenciales, por lo que en su mayoría son rechazadas como innecesarias por los pedagogos religiosos. Acaso, pues, se pregunte cómo es que yo y algunos otros estamos tan convencidos de la exactitud e importancia vital de estas doctrinas que no vacilamos en exponernos a las burlas y censuras que han de sufrir inevitablemente sus defensores y por qué juzgamos un deber propugnar estas tesis u otras similares como verdades que deben examinarse detenidamente y exponerse con más acierto cada vez a medida que aumenten nuestros conocimientos y nuestra experiencia. A esta cuestión me propongo responder en este libro en la medida en que

puede responderse brevemente, aun cuando la verdadera respuesta presupone el estudio de los hechos consignados en una serie de libros que abarcan cuando menos un período de medio siglo. En realidad abarcan muchísimo más, pues la literatura antigua se halla repleta de tales hechos, aun cuando no aparezcan descritos de un modo científico ni adecuado. Las pruebas que los evidencian aumentan de volumen de día en día y aun aumentarán con mayor rapidez cuando disminuya la crítica desdeñosa y cuando el simple testimonio se vea libre de toda coerción militante.

CAPITULO II

LAS SIETE PROPOSICIONES

¡Oh el gran milagro de que tú seas tú,
con influjo en tus actos y en el mundo entero!
... ...
Desde ese mundo cierto dentro del que ahora vemos,
del cual no es nuestro mundo sino linde y confín.

TENNYSON.

Tomemos ahora las proposiciones expuestas al final del último capítulo y procedamos a su examen.

1.

En primer término, consideremos la afirmación de que el espíritu puede obrar independientemente de los órganos corporales. De este hecho quedé convencido hacia el año 1883 por los fenómenos de la telepatía experimental que ya habían suscitado la atención de Sir William Barrett en un documento leído ante la British

Association en 1876. La telepatía experimental, como ya sabe todo el mundo, es la comunicación de una idea, una imagen o una sensación de una mente viva a otra sin el empleo de los órganos sensoriales materiales. Dos personas intervienen en el fenómeno: el agente y el percipiente. El percipiente o receptor se halla exento de toda percepción sensorial, mientras el agente o transmisor piensa algo o contempla un objeto o trata de alguna otra manera de retener en su mente la noción que desea transmitir mentalmente. Bajo condiciones estudiadas se observó que algunas personas tenían una facultad percipiente, de tal suerte que, luego de un moderado intervalo de quietud, podían percibir la idea o ver el objeto considerados por el agente sin la intervención de la vista, el oído ni el tacto. Este hecho, establecido rigurosamente por muchos observadores, sirvió luego para explicar gran número de fenómenos de otro modo inexplicables que probablemente eran debidos a la utilización espontánea, consciente o no, de esta facultad telepática, bajo el influjo de una emoción fuerte. Utilizando este descubrimiento de una *vera causa* válida los investigadores contaron con poder eliminar la superstición y explicar racionalmente numerosas leyendas y afirmaciones contemporáneas sobre el hecho de que una persona había recibido de otra

separada de ella la impresión de una enfermedad, un peligro o una muerte.

Sabido es que tales fenómenos suelen adoptar la forma de una visión o aparición fantasmal, y nosotros afirmamos que en tales casos la impresión mental era tan intensa y tan vívida que formaba en la mente del receptor una alucinación de carácter auditivo o visual, y así, de modo mental y no físico, se oían palabras o se veía una visión, no por la vía normal ni debido a una presencia objetiva, sino como una especie de reconstrucción mental. En los casos más interesantes la impresión era sin embargo lo que se llama verídica, es decir, que correspondía realmente a los acontecimientos que se producían en otro sitio, de suerte que posteriores indagaciones permitían su comprobación.

Este fué el resultado de una obra cuidadosamente recopilada en dos volúmenes y publicada en 1886 con el título de *Fantasmas de los vivos* por Myers y Gurney en colaboración con el Sr. Podmore. En esta obra, basándose en el hecho observado de la comunicación psíquica descubierta por medio de la telepatía experimental, se analizaban y explicaban en la medida de lo posible numerosos fenómenos misteriosos que habían sido atestiguados y que todavía se producen en todas

las partes del mundo. De este modo, el fantasma o aparición visto por el percipiente sensitivo y que hasta entonces se había creído debida a una presencia real de misteriosa naturaleza, pudo reducirse a una vívida impresión mental producida por la telepatía ejercida inconscientemente por la persona distante que en aquel momento se hallaba inquieta o en peligro, o acaso también a punto de morir.

Posteriormente, investigadores expertos y meticulosos coleccionaron y examinaron gran número de casos de esta índole en una obra titulada *Censo de alucinaciones*, laboriosa empresa llevada a cabo en 1894 y que ya comprendía francamente, no sólo los fantasmas de los vivos, sino también de los muertos. Después de eliminar todos los casos dudosos, de admitir todos los puntos flacos y abrir las puertas a todo otro criterio más normal que pudiera sugerirse, estos investigadores resumieron como sigue su sólida conclusión al final del volumen (*Proceedings* de la S. P. R., vol. X, pág. 394):

«Entre la muerte y la aparición de la persona moribunda existe una conexión que no se debe únicamente a la casualidad. Nosotros lo sostenemos así, como un hecho demostrado. El examen de todas las consecuen-

cias que ello implica no puede intentarse en este informe, ni acaso se termine en nuestro siglo.»

Este extenso y en extremo concienzudo informe fué firmado por el profesor Henry Sidgwick, su señora y otros. No pretendo afirmar que la hipótesis de la telepatía entre agente y percipiente sea la explicación absoluta de estos fenómenos. Opino que puede haber otras explicaciones complementarias, otras causas en acción. Pero de todos modos la hipótesis de la telepatía entre las personas interesadas es la más sencilla y la más racional; en otras palabras, la explicación menos insólita o supranormal que puede darse a los hechos establecidos.

Importa recordar que el gran filósofo Kant se mostró un tiempo profundamente interesado por las cuestiones psíquicas, y hasta llegó a investigar uno o dos casos notables (relacionados en particular con Swedenborg), aun cuando posteriormente este interés suyo se disipó. El difunto profesor William Wallace llamó la atención en un ensayo sobre Kant respecto al posible criterio subjetivo que podía formularse sobre las apariciones y adujo una cita de Kant notoriamente afín a la explicación telepática sugerida con tanta posterioridad por Myers y Gurney en su libro *Fantasmas de*

los vivos, en donde éstos hacían resaltar el hecho de que tales apariciones, sea el que fuere su origen, son verídicas y pueden tener, por tanto, más importancia de la que Kant parecía atribuírles. He aquí la cita de Kant y Wallace:

«La posibilidad de la comunicación entre el espíritu puro y su allegado material dependen del establecimiento de una conexión entre las ideas espirituales abstractas e imágenes afines que suscitan concepciones análogas o simbólicas de naturaleza sensorial. Tales asociaciones se observan en personas de determinado temperamento. En ocasiones, estos visionarios se sienten asaltados por apariciones que no son, sin embargo, como suponen ellos, naturalezas espirituales, sino sólo una ilusión de la imaginación que substituye con sus imágenes a las verdaderas influencias espirituales, imperceptibles al alma humana. De este modo, las almas ausentes y los espíritus puros, aun cuando nunca pueden producir una impresión sobre nuestros sentidos externos ni ponerse en comunicación con la materia, sí pueden obrar sobre el alma del hombre, que, como ellos, forma parte de una gran comunidad espiritual, pues las ideas que suscitan en el alma se manifiestan según la ley de la fantasía en imágenes afines y crean

fuera del vidente la aparición de los objetos a que se refieren.»

2.

La segunda cláusula—la de que el cuerpo es un instrumento—depende en gran medida o es una consecuencia de la cláusula primera y tiene por objeto afrontar y refutar el argumento frecuentemente aducido por anatomistas y fisiólogos de que mente y cerebro son una misma cosa, por lo que una lesión cerebral significa *ipso facto* una lesión mental y que la destrucción del uno significa la destrucción de la otra.

Esta hipótesis puede considerarse como la base de la filosofía materialista y es una proposición que guarda evidente armonía con la experiencia común de que una lesión quirúrgica del cerebro implica un defecto mental correspondiente. Ni que decir tiene que yo admito de buen grado todos estos hechos de la observación común; pero afirmo que la deducción extraída por lo general de los hechos se sale de lo lícito. Todo cuanto se ha probado realmente es que cuando el instrumento se estropea la facultad de desplegar la actividad mental resulta deteriorada también, lo cual es de sentido común. Pero de este hecho indiscutible no

tenemos derecho a deducir absolutamente nada sobre lo que puede haberle sucedido a la mente, a no ser que afirmemos gratuitamente que mente y cerebro son una misma cosa. Si el cerebro deja de funcionar perdemos naturalmente toda comunicación: la manifestación de la mente por el intermedio del mecanismo ha cesado. Es posible que esto determine la afasia: las ideas no pueden expresarse en palabras si los centros del discurso se han estropeado. Tampoco los sucesos pasados pueden extraerse de la memoria si las células cerebrales o sus fibras transmisoras no pueden activar los músculos de la mano o la laringe; pero decir que la memoria misma ha desaparecido porque su órgano de reproducción no puede funcionar es rebasar el límite de las deducciones que podemos hacer. Los que sostienen que el cerebro no es tan sólo el instrumento de la mente, sino que es la mente misma, han de estar dispuestos inevitablemente a aceptar la extraña, gratuita e intrínsecamente absurda suposición de que la masa de materia que llena el cráneo puede pensar y meditar, mirar al pasado y al porvenir, planear obras literarias y artísticas, concebir grandes poemas, explorar el mecanismo del universo, sentir pesares y afectos, iniciar y decidir una línea de conducta y, en general, no ya desplegar, sino efectivamente sentir los sen-

timientos relacionados con las palabras fe, esperanza y amor.

Sin embargo, debe admitirse que, en realidad, el cerebro no es el que ve, como tampoco el ojo. El ojo y el cerebro son el instrumento que hace posible la visión. El oído es evidentemente un instrumento físico por medio del cual oímos. Pero no cabe duda que es la mente la que en realidad ve y oye y la que interpreta el sentido de las cosas vistas y oídas y extrae de los cuadros, de los poemas y de la música una impresión y emoción mentales, una respuesta psíquica totalmente ajena a cualquiera de los atributos de la materia. El sentido de la belleza, por ejemplo, puede ser suscitado por un conjunto de partículas materiales; pero ningún conjunto de partículas materiales puede admirar su propia belleza. Tampoco a un trozo de materia, por animada que pueda ser, puede suponérsele capaz de señalar una línea de conducta, de crear una obra de arte o una teoría científica ni de ninguna otra acción espontánea. Las partículas de materia se hallan subordinadas en absoluto a las fuerzas mecánicas que sobre ellas actúan: ni se adelantan ni se rebelan: son absoluta y completamente dóciles.

Y esto lo mismo puede aplicarse a los átomos de la materia orgánica que a los de la materia inorgánica,

puesto que la ciencia ha tendido siempre a suprimir toda distinción en el aspecto material entre lo orgánico y lo inorgánico y a poner de manifiesto el hecho de que, por excepcional que pueda ser la actividad de un organismo, las partículas que lo forman se hallan subordinadas por entero a las leyes de la física y la química, y solamente pueden entregarse a fenómenos vitales y mentales sometiéndose al control vital y mental.

Esta consecuencia se halla expresada claramente en la obra del filósofo polaco Wincenty Lutoslawski titulada *El mundo de las almas*. Esta obra parece que fué escrita en 1899, aunque no se ha publicado en Inglaterra hasta 1924, y no es tan conocida como debería serlo, no obstante los encarecimientos de William James. El pasaje en cuestión dice así:

«Para comprender la relación que existe entre el pensamiento y el cerebro bastará admitir que el cerebro es el órgano por medio del cual recibimos todas las impresiones del exterior y del que nos servimos para producir todos los movimientos, en particular los movimientos del lenguaje. Todos los hechos parecen poner de manifiesto que éstas son las únicas funciones del cerebro, y toda afirmación que asigne el pensa-

miento al cerebro se basa en una falacia parecida a la que hace atribuír al corazón todas las emociones por el hecho de que las emociones influyen en el funcionamiento del corazón... Así, pues, para nosotros, el pensamiento no es un proceso fisiológico, sino un acto de conciencia dentro de nuestra propia experiencia mental, y no hay razón para identificarlo con ninguna actividad corporal observable... El alma no es otra cosa que la conciencia de lo que uno es. Una errónea analogía del lenguaje nos hace decir «mi alma», lo mismo que decimos «mi cuerpo», «mi cerebro», etc. En realidad, el alma es *lo que somos*, y no se debe hablar de que se tiene alma, como si ésta fuera diferente de uno mismo.»

3.

La cláusula tercera, que presupone que las cosas que se salen de nuestro alcance no por ello dejan de existir, puede ilustrarse con muchos fenómenos familiares. La indestructibilidad de la materia no es un hecho notorio: ha tenido que ser averiguada y demostrada por medio de la investigación científica. La idea que suele tenerse sobre el particular es que una cosa que se quema queda destruída, que la leche derramada en

el suelo se ha perdido, que la nube que se evapora al calor del sol ha dejado de existir. Pero todo el mundo sabe ya que por mucho que se disgregue una masa de materia sus partículas son indestructibles, que sigue habiendo el mismo vapor acuoso, aunque invisible, que el que había cuando la nube era para nosotros un objeto visible. No es necesario argüir o insistir más sobre este punto.

Pero acaso se diga que esta afirmación es un arma contra la supervivencia del individuo. Aparentemente sí lo es; pero en realidad, de ningún modo. La nube no tenía individualidad ninguna: era simplemente un conjunto de partículas afectadas por los rayos luminosos de tal suerte, que nuestros ojos podían percibirlas y sin más identidad que cualquier otro conglomerado. Una muchedumbre puede ser disuelta o un ejército puesto en desbandada: históricamente tenían una existencia corporativa cuando fueron disgregados. La realidad de su existencia mientras duró no estribaba en el agrupamiento, sino en el estímulo mental que dió origen a la unificación. Cada miembro de la muchedumbre tenía sus propias preocupaciones: nada hay de esencial ni permanente en la mera yuxtaposición. Un ejército o una escuadra obedece a órdenes concebidas quizás por estadistas de Londres o Wásh-

ington y transmitidas por mediación de la oficialidad. Sus miembros son como las partículas de nuestros cuerpos, que han sido unificadas por un intermediario dominante y que obedecen ciertas órdenes durante algún tiempo hasta que se disgregan. Como cuerpo, dejan entonces de existir; pero la entidad gobernante que las ordenó y dispuso no tiene nada que ver con ellas: fueron el instrumento de que aquélla se sirvió para obrar y producir determinados efectos, y la entidad gobernante puede seguir funcionando mucho después de que el subordinado mecanismo haya sido desechado.

Pero sin un instrumento dicha entidad no puede funcionar. Ni aun la misma divinidad produce resultados sino empleando los adecuados medios. Lo psíquico y lo físico parecen hallarse en perpetua fusión. En suma, que siempre ha de ser cierto que Dios obra por mediación de agentes. Lo que llamamos las leyes de la naturaleza no es sino nuestra expresión y reconocimiento de algunos de sus agentes. Los teólogos han supuesto que los ángeles y otros seres elevados forman parte de estos agentes y mensajeros, en tanto que todos estamos convencidos de que hay cosas que sólo el hombre puede hacerlas. El hombre es el instrumento de fuerzas superiores, así como él a su vez necesita

un instrumento para ejercitar y desplegar sus facultades. Y así como el constructor de instrumentos puede regocijarse cuando un maestro los usa con buen fin, así el Altísimo se regocijará con el uso beneficioso de nuestras facultades y talento. Como dice Jorge Eliot,

Cuando un maestro, entre sus dedos,
sostiene uno de mis violines,
quisiera que viviese Estradivario
para hacerle los mejores instrumentos.
Que si Dios les dió destreza,
yo les doy violines para usarla,
y así me emplea Dios en su servicio...
A no ser por Antonio,
no haría El los violines de Antonio Estradivario.

4.

La clásula cuarta—la de que un individuo es la encarnación transitoria de algo permanente—afecta al problema más difícil de la identidad personal. ¿Qué entendemos por personalidad individual? ¿Hará falta sentar que esa individualidad ha existido siempre? Para que una cosa siga existiendo, ¿es menester que preexista? En líneas generales comprenderemos que no es necesario tal cosa, aun cuando haya quienes se

inclinen a pensar en este sentido. Un poema o un drama pueden ser inmortales, pero pueden haber brotado en un momento determinado, engendrados por circunstancias especiales.

A mí me parece probable, por el momento, que la individualidad se forme durante el aislamiento en la materia de lo que podría llamarse por analogía materia psíquica prima. La psiquis o alma indistinta se va formando en el cuerpo según éste puede acogerla, comenzando por una parte infinitesimal en sus primeras fases y desarrollándose paulatinamente hasta un punto que depende de los ejercicios y posibilidades del individuo. A veces la instilación puede llegar a formar lo que llamamos «un gran hombre»; pero en la mayoría de los casos se queda muy atrás. Después de un intervalo de desarrollo, el alma, identificada ya, retrocede a su punto de partida, bien paulatinamente, siguiendo el curso natural de las cosas, o bien súbitamente si sobreviene una catástrofe; pero conservando en cualquiera de ambos casos las facultades, las aptitudes, los gustos, la memoria y la experiencia conseguidos durante la vida terrestre. Este incremento de valor se lo lleva consigo y contribuye al Todo, sea lo que fuere el Todo a que se reintegra, quizás una personalidad subliminal o más grande, que acaso sea sus-

ceptible en parte de una nueva reencarnación ulterior. Sobre estas cuestiones no quiero opinar. Pero de lo que sí podemos estar seguros es de que las partículas materiales temporalmente unificadas han realizado su misión y quedan detrás, habiéndose hallado siempre subordinadas a los usos a que fueron destinadas. No hay en la esencia del cuerpo ninguna identidad personal: sus partículas se extraen de los alimentos de todo género, se asimilan por algún tiempo y se desechan continuamente para ser substituídas por otras. Estas partículas no ejercen ningún control; son llevadas de acá para allá y permanecen en constante movimiento. Pero el organismo, como un todo, conserva su identidad. De análoga manera conserva su identidad un río, y sigue siendo el Ganges o el Tíber aun cuando las partículas de agua cambien sin cesar y no hagan otra cosa que pasar por él. Las analogías no son en modo alguno completas, sino sólo sugestivas. Un poema no desaparece después de recitado. Un concierto musical es la encarnación transitoria de las ideas de un genio y es susceptible de reencarnación. Esto no prueba nada: es una mera ilustración.

5.

La cláusula quinta implica que la encarnación terrestre es de valor, y en parte podemos ver por qué. El individuo se nos aparece a nosotros merced a su manifestación corporal, y la experiencia corriente nos demuestra que de este modo el individuo se halla aislado en gran medida de sus semejantes y tiene que vivir en cada caso su propia vida y desarrollar su propio carácter como mejor le sea posible, aun cuando encuentre otros individuos cuyo caso sea análogo y tenga una oportunidad de crearse amistades. El cuerpo material es una pantalla psíquica y un unificador físico: conocemos a mucha gente—en la calle, pongo por caso—a la que de otro modo no hubiéramos conocido nunca. Por medio de nuestro mecanismo corporal podemos conocer los personajes históricos e incluso los que sólo existen en la literatura. El cuerpo es un instrumento magnífico de educación.

El mecanismo cerebro-nervo-muscular que constituye el ser humano en su aspecto material es sin duda completo en sí mismo, y normalmente sólo se halla expuesto a la influencia externa por medio de sus órganos sensoriales. De este modo adquiere la concien-

cia de un mundo externo y de otros individuos de análoga condición a la suya, de los que puede obtener conocimientos mediante métodos físicos de comunicación, y con los cuales puede colaborar para averiguar nuevas cosas sobre el universo, del que él sólo constituye una parte individualizada.

Es completamente excepcional que una persona tenga relaciones telepáticas o directas con otras o que reciba una inspiración directa. La experiencia se limita en su mayor parte a la información obtenida por medio de los conductos físicos y transmitida casi siempre mediante una clave de símbolos llamada lenguaje, que tenemos que aprender de los demás y que no llegamos a interpretar bien sino poco a poco.

Todas las enseñanzas tienen alguna dificultad y requieren un esfuerzo; sin embargo, sin instrucción ni esfuerzo nuestros conocimientos serían limitadísimos. Los órganos especiales de los sentidos vienen a ser como las ventanas a través de las cuales contempla nuestra alma el universo y por medio de las cuales adquiere sucesivos conocimientos. En este sentido es útil la materia, y, sin embargo, parece una cosa ajena, que ha de ser moldeada y manipulada enérgicamente, tanto para expresar como para recibir ideas. Incluso para el sostenimiento y subsistencia del cuer-

po material se precisa cierto volumen de esfuerzo. Las dificultades así afrontadas forman parte de la preparación del alma. El valor del carácter individual depende del éxito con que se utilicen las condiciones dadas y la sabiduría con que se sepan emplear. El episodio de la vida terrestre es, pues, de gran trascendencia para desarrollar el carácter, ampliar los conocimientos, cultivar nuevas amistades y acrecentar en general la riqueza de la vida.

6.

La cláusula sexta tiene por objeto demostrar que las realidades son permanentes y no dependen de los vehículos materiales que las exponen y ayudan o facilitan su percepción. Las unidades psíquicas aisladas en la materia se hallan dotadas de órganos sensoriales que permiten la comunicación con el resto del universo. Pero cabe pensar que nuestros sentidos especiales son de alcance limitadísimo. Engendráronse en los grados inferiores de la escala animal para permitir al organismo que encontrara el sustento, rehuyera a sus enemigos y eludiera los demás peligros que le rodean. Unicamente en las criaturas superiores son uti-

lizados estos conductos de observación, no sólo para esos fines terrestres, sino también para el estudio científico o filosófico. Sin embargo, sabido es que nosotros no nos limitamos a observar y recordar los hechos como los animales, sino que los clasificamos, los generalizamos y especulamos con ellos, de suerte que se obtienen deducciones y se sistematiza el conocimiento de un modo que rebasa cuanto podría esperarse naturalmente de los simples contactos y vibraciones, que son lo único que recibimos en realidad del universo material.

En el capítulo quinto trataré de las deducciones de nuestros sentidos. Lo que ahora nos interesa saber es que nuestros sentidos poco o nada nos dicen directamente del universo considerado en general. Nos vemos limitados a la percepción de la materia. En realidad, ni siquiera percibimos vibraciones: sólo percibimos los cuerpos sonoros, luminosos o iluminados de donde éstas proceden. Esto explica que la «materia» ocupe tanto espacio en nuestros pensamientos y que haya personas que se inclinen a creer que no existe otra cosa. Esto explica asimismo que nos resulte tan difícil creer que hay un universo de vida, de espíritu, de pensamientos y aspiraciones, aparte de los agregados materiales que son utilizados temporalmente por

esas cosas, y sólo a través de los cuales pueden apelar directamente a nuestros sentidos corporales.

Cuando nos salimos de la sensación directa tenemos que ejercitar la imaginación y construír imágenes, imágenes mentales, o sea lo que en la terminología científica suele llamarse «modelos», aunque en este caso el término tenga únicamente un significado técnico. El físico tiene que imaginarse siempre analogías o modelos utilizables en cuanto abandona el terreno seguro de sus ecuaciones. De este modo concibe o construye imágenes mentales de lo imperceptible, e incluso quizás de la cuarta dimensión. Así sigue los intrincados caminos de la estructura del átomo, del proceder de los electrones, de la naturaleza de la radiación y de todo cuanto se relaciona con el éter impalpable del espacio. Puede ocurrir que los físicos no consigan formar imágenes claras satisfactorias, y durante todo el siglo XIX fracasaron hasta cierto punto en el empeño, pues hasta el presente siglo no han empezado a tener en sus manos la clave o los indicios necesarios para la solución de su problema; pero aun durante el siglo XIX los químicos emplearon este método imaginativo para descubrir la composición de las moléculas de casi todas las substancias que trataban, entrando en grandes y notables detalles, algunos de

los cuales son confirmados ahora por los progresos de la física. Para la imaginación de un físico, la distribución de unas cuantas manchas en una placa fotográfica expuesta a los rayos X a través de un cristal se traduce en grandes cosas.

Este es también el único modo con que, en un plano superior y más misterioso, pueden contar los seres humanos para tratar los misterios de la religión y construír una teología. La percepción sensorial ha de ser auxiliada por medio de imágenes, y, en realidad, sólo esto puede hacerla posible. Lo invisible ha de ilustrarse y hacerse accesible por medio de lo visible. La imaginación tiene que tener un centro o núcleo de percepción sensorial para ser clara y distinta. Si se lleva demasiado lejos el procedimiento, puede entrañar ciertos peligros, peligros que han sido causa de que una escuela ideológica menosprecie el procedimiento para eludir la lucha. Sin embargo, debemos guardarnos de confundir la imagen con el ídolo. La verdadera imaginería no es idolatría, sino visión. Para comprender las cosas espirituales es imprescindible la visión imaginaria: es una especie de personificación, es una glorificación de lo material, que se eleva a la cumbre en la encarnación. Y si la materia se transfigura durante una Encarnación *in excelsis*, no hay por qué sorpren-

derse, pues permitir o hacer posible la encarnación es la función suprema de la materia, su apoteosis. Es su gloria y su fin fundamental. Adoptando la «forma» puede manifestar lo eterno, «pues el alma es la forma que crea el cuerpo». El cuerpo es construído como relicario y ayuda del alma para que ésta se refleje: en instantes de serenidad puede reflejar incluso a Dios. Tal es el sentido que encuentro yo a un poema recientemente escrito por mi hijo, y en el que se representa al cuerpo como una morada o tabernáculo, mansión o relicario de la mente, que es descrita como un cáliz o copa, cuyo líquido contenido, cuando está sereno y plácido, puede reflejar la realidad, por remota y esplendorosa que sea:

LA CASA Y LA COPA

¡Oh cuerpo bondadoso y libre,
sé como limpia casa, albergue de la mente!
¡Haz, mente, que tu ánfora redonda
sea límpida copa en que descanse el alma!
¡Oh alma, procura reflejar inmóvil
la clara, remota imagen de la Estrella del Crepúsculo!

O. W. F. L.

Ejercitando las facultades de nuestra imaginación es como podemos formar teorías y percibir la oculta

realidad aun de lo más corriente. Constantemente deducimos la realidad, substrátum o entidad que sólo indirectamente podemos percibir. Desde la electricidad y el magnetismo para arriba. Sólo conocemos el magnetismo, por ejemplo, por los extraños movimientos o actividades de ciertas substancias. Sin embargo, todo el mundo admite la existencia de un campo magnético *in vacuo*, y el desarrollo teórico de la ciencia es inmenso. Asimismo la luz es totalmente independiente de la materia una vez que ha sido engendrada, y separada de ella no dejaría de existir. Nada deja de existir: lo único que hace todo es transformarse. Las realidades son permanentes.

Pero así como la luz es independiente de la materia, salvo en la medida en que es absorbida o captada por sus átomos, lo mismo que la luz viaja y existe en el espacio durante miles de años exenta de materia, llevándose consigo todos los detalles de la impresión que recibió en su origen, y entregando sus secretos a un remotísimo espectroscopio muchas generaciones después, así ha de ocurrir, a mi parecer, con la inteligencia en que se ha grabado una memoria detallada de la vida terrenal. Sigue conservando ésta después en una forma susceptible de ser descifrada o percibida por un *médium* apropiado.

7.

La cláusula séptima afirma la evidencia de la supervivencia individual. Ahora se plantea la cuestión de fundamental importancia—aun admitiendo la permanencia impersonal de la mente en general—de si una porción de mente individualizada puede conservar su individualidad mucho después de que se haya dispersado el conglomerado de partículas en que habitó, esto es, después de que el organismo material ha quedado destruído, aun cuando este organismo pueda haber sido la condición física de su individualización.

Podríamos inclinarnos erróneamente a pensar que la personalidad dependía del conjunto peculiar de partículas que constituye para nosotros el individuo y que cuando este conjunto se disgregaba o era desechado la personalidad dejaría de existir o volvería a reintegrarse a la hipotética substancia general de la existencia cósmica de donde salió. Sería irracional suponer que había de dejar de existir por entero; pero sí es y ha sido natural imaginar que lo que llamamos muerte es el fin de la persona tal como nosotros la conocimos. No podemos esperar—yo no lo espero al menos—que por medio de simples argumentos ha de demostrarse la supervivencia de la personalidad que se

ha desarrollado en colaboración con la materia cuando ésta se abandona. El Sócrates de Platón hizo cuanto podía hacerse en este sentido; pero sus alegatos no han resultado, al parecer, convincentes. Aquí llegamos, pues, al punto crítico de la cuestión, y hemos de recurrir a la experiencia. Debemos guiarnos por los hechos observados y establecer (si es que podemos hacerlo) la supervivencia de lo que ahora llamaremos el alma individual, no por medio de argumentos, sino con hechos reales. ¿Cómo podremos llevar esto a cabo?

Pues bien: hay filósofos y médicos eminentes que, sin ninguna inclinación por el espiritismo, antes al contrario, con cierta hostilidad hacia él, han atestiguado en curiosas declaraciones la formación o expulsión de una materia protoplásmica del cuerpo de una persona en estado de trance y el hecho de que esta materia parece gobernada por una inteligencia que se encarna en ella transitoriamente. Esta inteligencia, después de realizar algún acto que normalmente requeriría la contracción muscular—como, por ejemplo, el movimiento de objetos o la impresión de un molde o huella en una materia plástica—, abandona el tejido organizado que ocupó transitoriamente y vuelve, al parecer, al sitio de donde salió, en tanto que el proto-

plasma utilizado retorna a su punto de origen. No es éste un fenómeno que yo pretenda hacer resaltar indebidamente, pues es difícil de creer. Pero hay muchos hechos relativos a la materialización y herencia normal que serían increíbles si no estuviéramos habituados a ellos, y yo tengo sumo interés en demostrar la evidencia de la telekinesis y de esta insólita clase de materialización. Soy de opinión que cuando se demuestre la realidad de estos extraños fenómenos ilustrarán y fortalecerán mi doctrina de la asociación temporal de la inteligencia etérea con la materia, asociación que constituye la base de toda encarnación. Es muy posible incluso que estos fenómenos sugieran métodos para poner en relación la vida y la mente con la materia de modo distinto a lo que ahora conocemos.

Pero hay quien pone en duda la realidad de estas, por así decir, encarnaciones o materializaciones anormales, o alteraciones psicológicas de la materia, y de cualquier modo su significado es incierto y obscuras las deducciones que implican. No es así, no es por este medio como podremos fortalecer nuestra convicción de la supervivencia personal: a muchos les parece mal este camino y los fenómenos son tachados de impropios y desagradables, mas no por este motivo ha de volverles la espalda la ciencia. Así, pues, me propon-

go mencionarlos aquí, porque atestiguan algo tangible y físico que cae fuera del alcance de la doctrina científica reconocida, y es muy posible que, siguiendo este desagradable camino, logremos asaltar el baluarte de la ciencia, despertar la curiosidad y el interés y abrir las puertas a un raudal de conocimientos supranormales. Por mi parte, confío en que así ha de ocurrir a su debido tiempo.

Dejemos esta parte del problema, por ser relativamente inoportuna, y volvamos a la cuestión fundamental. ¿Cuál es el modo más simple y más directo de establecer la persistencia de la personalidad individual después de la muerte corporal? El sistema más directo, de ser factible, sería, a no dudar, ponerse en comunicación con individuos fallecidos para averiguar si siguen existiendo y si conservan intactos su memoria y su carácter.

Pero ¿cómo vamos a entrar en contacto con estas entidades desencarnadas, aun suponiendo que existan, si no tienen cuerpos materiales, ni medios de expresión, ni métodos para comunicar con nosotros a través de nuestros sentidos? La cosa parecería imposible. Pero poco a poco quienes se han consagrado al problema y han abierto su espíritu a la evidencia han visto que no era imposible y que el fenómeno de la

telepatía puede servirnos de ayuda. Ya hemos descubierto que algunos individuos no quedaban completamente aislados de toda influencia mental cuando se anulaban sus órganos sensoriales y no se les aplicaba ningún estímulo físico. Así podía recibirse algo sin intervención de ningún instrumento transmisor o receptor. Si estas influencias persistían, estos individuos podían recibir impresiones aun de inteligencias desencarnadas, porque no siempre era necesario utilizar métodos corporales de comunicación aunque se poseyeran. Y de aquí que sea posible utilizar un método de comunicación acaso etéreo o quizás puramente psíquico aun después de que los cuerpos materiales hayan quedado destruídos.

Así, pues, parece posible establecer la comunicación con los desencarnados. Y ya ha quedado demostrado. La facultad receptora no se halla muy difundida: sólo la posee alguna que otra persona, al igual que cualquier otra facultad mental inexplicable. Hay personas que sobresalen en particular por sus facultades matemáticas o, en un grado inferior, por su facilidad para el cálculo, por lo que se las tiene como prodigios calculadores. Otras hay que poseen una señalada facultad musical y que aprehenden por modo natural la relación que existe entre los diversos tonos, de modo

que pueden apreciar y producir una secuencia y coexistencia especiales de vibraciones aéreas, que al ser producidas pueden ser percibidas a su vez en menor grado como armonía y melodía por las demás personas. Esta facultad no es tan sólo el resultado de la educación, pues a veces se manifiesta en niños muy pequeños. Hay asimismo personas en las que la facultad artística se halla eminentemente desarrollada, de suerte que una combinación de pigmentos puede suscitar en ellas y ser empleada para suscitar en las demás una emoción intensa, y así pueden hablarle al mundo por medio del color y la forma, lenguaje que la gente media sólo en parte comprende. Existe una gran diversidad de dotes, y estas dotes son el resultado del desarrollo espiritual, no material. Por lo tanto, no hay que extrañarse de hallar personas que poseen una facilidad especial para la recepción psíquica sin necesidad de estudio y educación apropiados, facultad que en ellas parece natural.

Hallamos, pues, personas con la facultad receptora o telepática especialmente desarrollada. Estas personas reciben el nombre de *mediums* porque por medio de ellas y con su ayuda nos es posible conseguir el privilegio de comunicar indirectamente con los desencarnados. Esta facultad parece independiente de la nacio-

nalidad, las circunstancias, la educación, el sexo y hasta la inteligencia. Unos *mediums* son hombres, otros mujeres, otros niños, y la mayoría son ciudadanos de tipo medio, que no sobresalen como algo excepcional, verificándose esta selección en la clase de gente más numerosa. La manera que tiene cada cual de ejercitar sus dotes varía en los diferentes casos, y en ninguno de ellos es continua la facultad receptora. Parece ser que se precisa cierta calma, y, lograda ésta, sea en la soledad o en presencia de un observador, el organismo corporal es utilizado circunstancialmente por una inteligencia que no es la suya. En algunos casos podría parecer incluso que el operador psíquico actúa directamente sobre el organismo por medio de su mecanismo cerebro-nervo-muscular; pero en otros, la transmisión parece telepática, siendo recibidas las ideas por la mente del percipiente, el cual las reproduce por medio de su organismo fisiológico de la forma ordinaria, forma a la que nos hemos habituado no obstante lo misteriosa que pueda resultar cuando se la considera como una interacción entre mente y materia. Sobre este particular me extenderé en nuevas consideraciones en el capítulo quinto.

El resultado es que el *médium* escribe o pronuncia palabras o frases que pueden ser mensajes dirigidos

a un pariente que sigue en la tierra—cuyo significado puede no ser notorio para el escribiente o hablador automático, pero que representan con más o menos exactitud el propósito del comunicante y contienen un sentido claro para la persona a la cual van dirigidos o destinados. Estos mensajes son recibidos con frecuencia por personas afligidas por el fallecimiento de algún pariente, pudiendo ponerse en contacto de este modo con sus seres queridos y descubrir que persisten su memoria, su carácter y su cariño. La identidad del comunicante se demuestra (y así tiene que ser) por medio de lo que cabría llamar reminiscencias triviales, género de reminiscencias que serían utilizadas, a no dudar, por una persona que quisiera establecer su identidad desde lejos, pongamos por caso, a través del teléfono. Las pruebas de esta identidad son a veces tan convincentes, que la persona afligida tiene que abandonar todo escepticismo, y de este modo consigue recibir el consuelo y la esperanza anhelados. Acaso se piense que las personas en duelo son singularmente propensas a dejarse convencer y a aceptar los más insignificantes datos. Así ocurre a menudo, pero no siempre: a veces el afán de convencerse por completo las hace ultraescépticas.

Por otra parte, las pruebas no dependen tan sólo del

testimonio de las personas en duelo. La evidencia de la identidad ha sido examinada también por investigadores científicos, conscientes de todas las dificultades relacionadas con la posible lectura del pensamiento de los vivos, el peligro de la suplantación personal, etc. Así, pues, la prueba de la identidad personal se va estableciendo paulatinamente de un modo sistemático y meticuloso, en parte, merced a las investigaciones críticas de los hombres situados en nuestro plano, pero sobre todo, gracias a los esfuerzos especiales y en extremo inteligentes de los comunicantes del Más Allá. Algunos de estos últimos sintieron un interés especial por la cuestión en su vida terrestre, y parecen realizar toda clase de esfuerzos para excluír las hipótesis fáciles y a veces ingeniosas que se han acumulado poco a poco como explicación contraria.

Para mí, la evidencia de la perdurabilidad del individuo es ya virtualmente absoluta, y no tengo más dudas respecto a la supervivencia de la personalidad que respecto a cualquier deducción de la experiencia normal ordinaria. Las personas que se toman la molestia de comunicar con nosotros siguen siendo lo que eran. No cabe duda que progresan poco a poco, pero sin perder bruscamente el contacto con la tierra. Unas son movidas por su afecto a los que dejaron atrás, cu-

yos pesares sienten y cuyas alegrías comparten, por lo que quieren proporcionarles consuelo y esperanza revelándoles la continuidad del cariño, del interés y del apoyo, la certeza de su reconocimiento y la íntima confianza en su reunión final. Otras hay que son impulsadas por un sentido del deber, el cual las induce a iluminar al mundo por lo que respecta a la realidad de la supervivencia, a instruírnos en la medida de sus alcances sobre la índole de su existencia y a demostrar que se interesan por los asuntos terrestres y aun tienen posibilidad de ayudarnos en ellos. Parece ser, por otra parte, que a veces pueden conjeturar o ver el porvenir y enviar consejos y avisos lo mismo que aquí hubieran hecho, así como nos encarecen en general la importancia de nuestras posibilidades terrestres, la responsabilidad que implican nuestros privilegios, la permanencia del carácter y la facultad perdurable de seguir trabajando y siendo útiles en la otra vida.

Una vez que ha quedado establecida su identidad, los referidos comunicantes se disponen a hablarnos —aunque sin duda con gran dificultad y en condiciones sólo a medias entendidas— de su amplia visión de la existencia y de sus vastas posibilidades. Su comprensión de las cosas, ni que decir tiene, dista mucho de ser completa: saben un poco más que nosotros, pero

no mucho. Hay cosas que todavía les intrigan, aunque creen haber encontrado la solución de algunos de nuestros problemas. No debe considerárseles como oráculos o informadores infalibles porque tienen también su ignorancia y su incompetencia; pero ambas disminuyen poco a poco a medida que transcurre el tiempo y el resultado general de sus enseñanzas es de grande y positivo valor.

En realidad cabría asegurar que muchas de nuestras inspiraciones—nuestros destellos de genio—provienen de ellos en puridad, pues están más en contacto con nosotros de lo que suele creerse. Y parece que también nosotros podemos ayudarles con nuestros pensamientos y nuestros actos. No nos separa de ellos ningún abismo, si no es un abismo sensorial: todavía seguimos formando una sola familia. Ellos se han emancipado de las dificultades materiales, pero en lo demás siguen idénticos. Consideran nuestra vida terrenal con ánimos y esperanzas, y constituyen lo que se ha llamado una nube de testigos. Tienen puesta la mira en el momento de la reunión, en un progreso constante y en el logro de condiciones más elevadas cada vez. Hay reservadas cosas aún mejores que sin nosotros no quedarán consumadas.

DIFICULTADES Y OBJECIONES

De vez en cuando se oye alguna que otra objeción al empleo de los *mediums* para la comunicación. La gente pregunta por qué no se puede comunicar directamente. Y la respuesta es clara: el que tenga la facultad necesaria puede hacerlo; el que no la tenga ha de utilizar los medios indicados.

Cuando la gente quiere comunicarse telegráficamente con una persona distante no lo hace directamente: no sabe hacerlo. Utiliza los servicios de un operador extraño o de un par de operadores, es decir, utiliza un *médium*. Lo mismo ocurre, en realidad, con todos nuestros métodos de comunicación normal. Siempre utilizamos un *médium*, aunque no queramos reconocerlo. En el lenguaje utilizamos las vibraciones del aire; en la visión, las vibraciones del éter, y aun en el tacto utilizamos el instrumento habituado de nuestro propio cuerpo. En la comunicación con los desencarnados tenemos que utilizar el mecanismo corporal de las personas que tengan la facultad necesaria para dicha comunicación. Esta facultad se nos niega a la mayoría, tal vez piadosamente, con el fin de que podamos atender a nuestras ocupaciones y a nuestros respectivos deberes.

Un *médium* es una persona que sacrifica parte de su vida para ayudar a los demás. Debemos, pues, estarles agradecidos y hacerles más fácil la labor. Reprocharles la modesta remuneración que les permite vivir consagrándose al servicio de los demás es completamente absurdo. En la actualidad ven dificultada su misión por el recelo general—e incluso a causa de preceptos legales anticuados—, y sufren las consecuencias de los deplorables manejos de algunos impostores, que, sin facultad ninguna, la simulan con fines lucrativos. No puede negarse que existen estos bribones; pero es poco probable que sean numerosos. No obstante, en dondequiera que existan constituyen un peligro, lo mismo que cualquiera otra clase de falsarios sin conciencia. Un investigador competente los descubrirá en seguida, poniendo término a su fraudulenta carrera.

Descontados estos casos, la facultad de la comunicación auténtica es, sin embargo, variable. Unos *mediums* tienen mucha más potencia que otros y ninguno de ellos tiene una potencia uniforme. En esto, como en todo lo demás, ha de utilizarse el sentido común, haciéndose las debidas concesiones. Si el procedimiento de la comunicación fuera sencillo ya habría sido reconocido hace mucho tiempo. No hay razón

para que la demostración científica de la supervivencia humana fuera cosa fácil. Poco a poco la ciencia moderna empieza a prestar al caso su atención, y a su debido tiempo se establecerá la cuestión sobre una base más satisfactoria que la actual. Ahora está atravesando las primeras fases, fases que ha tenido que atravesar toda nueva ciencia. Hubo un tiempo en que la radiotelegrafía era imposible: ahora es una cosa vulgar. No quiero decir con esto que el uso de la telepatía o el mediumnismo pueda llegar nunca a ser una cosa vulgar, pues aquí se trata de facultades mucho menos conocidas que lo que constituye el invento de la radiotelegrafía. Hace un siglo no podíamos utilizar la electricidad: entonces parecía (y aún lo parece) algo misterioso. Se ha negado la existencia del éter universal y ubicuo, aun cuando sentimos sus temblores cuando nos calentamos al fuego y tomamos el sol y aun cuando diariamente enviamos mensajes por él. La cuestión de si existe algún medio físico para la comunicación telepática, o si también aquí se utiliza el éter del espacio, o si nuestra supervivencia se halla relacionada con esta substancia y no con la materia, no se ha resuelto aún con certidumbre. Los desencarnados parecen creerlo así, y por lo que a mí se me alcanza creo que tienen razón. Pero en todas las cues-

tiones científicas es conveniente que cada cual investigue por su propia cuenta y no acepte sin comprobación el testimonio de los demás, por bien informados que parezcan estar. Acerca de todo esto y de otras muchas cuestiones obscuras sabremos más y podremos formular una teoría mejor si seguimos gradualmente el camino del método científico, que tan fructífero ha resultado ya. Como dice F. W. H. Myers:

«La ciencia constituye un lenguaje común para todo el género humano. Puede explicarse cuando es mal entendida y rectificar cuando se equivoca. Aún no se ha visto... que los métodos de la ciencia, inteligente y honestamente seguidos, nos hayan conducido al error.»

CAPITULO III

JUSTIFICACIÓN DE LA INVESTIGACIÓN PSÍQUICA

> Cuando el indagador, acosado y puesto a prueba por fuerzas hostiles, haya hecho prevalecer su criterio, a su debido tiempo la Autoridad cederá y abrirá las puertas, y la mercancía en otro tiempo herética pasará tranquilamente a integrar el acervo de la ortodoxia.
>
> (Citado en el *Hibbert Journal* de enero de 1928 por el Rev. Hubert Handley, en una nota referente a las declaraciones de von Hügel sobre problemas eclesiásticos, no psíquicos.)

> Si la investigación nos lleva primeramente a través de una espesura de fraude y necedad, ¿hemos de alarmarnos por ello? Sería lo mismo que si Colón hubiera cedido al pánico de sus marineros al encontrarse en el mar de los Sargazos. Si los primeros hechos claros sobre el Mundo Invisible nos parecen ínfimos y triviales, ¿hemos de renunciar por ello a la investigación? Eso sería como si Colón hubiera vuelto el rumbo a la vista de América fundándose en que no valía la pena descubrir un continente que sólo señalaba su presencia con leños muertos.
>
> F. W. H. MYERS: *La personalidad humana*, II, 306.

La historia de la ciencia se halla constituída, a no dudar, por una serie de logros brillantes; pero tam-

bién revela una continua oposición y obstrucción conservadora. Teorías bien arraigadas detentan el campo y toda nueva orientación ha de ser mal acogida. Los defensores de la verdad siempre han tenido que recoger el guante de la crítica hostil, y algunos de ellos han podido darse por contentos si se han librado de la persecución. Los anatomistas tuvieron que llevar a cabo su labor en secreto. El descubrimiento de la circulación de la sangre fué acogido con calumnias. Los descubrimientos astronómicos de Galileo fueron repudiados y algunos profesores se negaron a mirar por su telescopio, poseídos de la idea fija de que las apariencias eran engañosas. Así, pues, no sólo se han negado o menospreciado las teorías, sino hasta los hechos reales. Roger Bacon fué acusado de magia y superstición, y casi todos los descubridores han sido recibidos con alguna calumnia. Aun en nuestro tiempo se recordará que las primeras demostraciones de Joule de la conservación de la energía fueron dadas de lado, y el primer informe detallado que se presentó a la Real Academia inglesa sobre la teoría cinética de los gases fué echado abajo y rechazado. Ni siquiera puede decirse que el descubrimiento del gas «argon», químicamente inerte, fuera acogido con entusiasmo por los químicos.

Por consiguiente, nada tiene de extraño que las investigaciones de sir William Crookes en el campo de los fenómenos psíquicos fueran vistas con recelo e incredulidad y colocadas al margen del dominio de la ciencia. Todavía hoy no son admitidas, y, a decir verdad, este escepticismo tiene alguna excusa, puesto que eran de tal carácter que parecían francamente increíbles. Sir William Crookes preparó, sin embargo, varios experimentos de índole mecánica que demostraran una evidente alteración del peso de los cuerpos o bien la intervención de una fuerza misteriosa, con la esperanza de que los miembros de la Real Academia inglesa se sintieran inducidos a examinarlos; pero no pudo lograr que accedieran a presenciar lo que se tenía por cosa imposible.

Tal vez sea instructivo, aunque hoy es algo difícil, hacer saber que el método experimental, el método del examen directo de los fenómenos, no cuenta muchos siglos de antigüedad. Tuvo que ser defendido por Francis Bacon, lord Verulam, y cuando Galileo lo puso en práctica, a la gente casi le pareció una novedad impía. Los resultados obtenidos estaban a menudo en desacuerdo con las antiguas enseñanzas, que contaban con la autoridad de siglos y hasta de milenios. La oposición partía, no sólo de los filósofos aristotélicos, sino

también de los eclesiásticos y de otros hombres de letras que se apoyaban en sagrados escritos antiguos, con los que se hallaban o parecían hallarse en desacuerdo las revelaciones de la astronomía y la geología. En realidad, la oposición clerical a la geología es aún cosa reciente.

No obstante, la tenacidad de los hombres de ciencia ha triunfado casi siempre en la lucha por la libre exploración de la Naturaleza, sin tener en cuenta las opiniones viejas que puedan ser revolucionadas ni las consecuencias que puedan derivarse. El método experimental ha acabado por conseguir, a excepción de unos cuantos disconformes, el asenso general en las ciencias químicas, físicas y biológicas, de suerte que la oposición racional se limita ahora a las apreciaciones teóricas, que lícitamente pueden ser puestas en duda, en tanto que los hechos son aceptados en su mayor parte, o, cuando menos, cuidadosamente examinados y atendidos por la ciencia en su totalidad. De este modo se separan los hechos auténticos de la variedad espúrea y se toleran las hipótesis válidas como esfuerzos razonables para comprenderlos. Ahora puede decirse que no hay nada en las arraigadas doctrinas de la mecánica, la física y la química que se considere tan sagrado o tan absolutamente cierto que

no permita su revisión, su perfeccionamiento y su reforma. Podría pretenderse incluso que la inclinación a aceptar las teorías revolucionarias tales como la del *quantum* y la relatividad peca de excesiva, pues se construyen hipótesis sobre endebles pruebas que se admiten como peldaños hacia nuevos conocimientos, aun cuando por el momento se opongan a nuestras preferencias y predilecciones actuales, basadas en lo que hasta ahora nos ha parecido un juicio adecuado y comprensivo de la estructura general del universo.

Pero si bien esto es cierto por lo que respecta a la mayoría de las ciencias establecidas, conviene hacer notar que la que en breves términos puede llamarse Ciencia Psíquica no ha conseguido aún su carta de libertad: en esta ciencia el método experimental se halla encubierto por una nube de recelo y apatía. Investigadores competentes alegan hechos que ninguna Academia ortodoxa se digna tomar en cuenta: parecen discrepar de la opinión que ahora se tiene sobre la estructura general del universo y rebasan, por tanto, el límite de lo permitido. Sin embargo, llegará un día en que esta oposición cederá al empuje de los mismos hechos, aun prescindiendo del influjo de quienes se han sacrificado para intentar su escrupuloso examen. El método experimental, por lo que respecta a

lo que el profesor Richet llama la Metapsíquica, es decir, la rama desusada o anormal de la psicología, se encuentra todavía a prueba y va abriéndose camino lentamente a través de las dificultades motivadas por la reprobación general y por cierta tendencia a perseguir a los instrumentos humanos por cuya mediación puede conseguirse únicamente el conocimiento pertinente y merced a cuya ayuda pueden llevarse a cabo los experimentos.

Este estado de cosas ha de durar aún algún tiempo, pues no puede negarse que los hechos son sorprendentes. Tienen que ser estudiados en condiciones insólitas; a veces aparecen envueltos por una atmósfera de tradición y superstición, y algunos se han hecho acreedores a la imputación de superchería y fraude. Por otra parte, teniendo en cuenta que algunos de ellos parecen afectar a las esperanzas y aspiraciones del género humano por estar relacionados con los sentimientos y las aflicciones humanas, y considerando que contribuyen al consuelo y tienen que influír en la fe religiosa, el instinto nos advierte con acierto que deben ser examinados y revisados con todo cuidado, siendo necesario un gran esfuerzo para tratarlos con la serenidad de espíritu que exige la investigación científica.

En una u otra forma, estos fenómenos han aparecido

en todo el transcurso de la historia humana. La antigua literatura religiosa se halla repleta de ellos, y sus vestigios pueden advertirse en las prácticas de las razas salvajes. No obstante, parecen extraños a nuestro actual estado de civilización, y sólo con gran dificultad pueden ser admitidos por los observadores científicos modernos. Pero todo esto no sirve más que para poner de manifiesto su extraordinaria importancia si se consigue demostrar su autenticidad, pues, según los investigadores, alcanzan una gran variedad. Los hechos implicados no son solamente de carácter mental, sino también de índole física y fisiológica, y si al fin y al cabo resultan ciertos, la consecuencia ha de ser la apertura, más que de un nuevo capítulo, de un nuevo volumen en el conocimiento humano.

Examinemos brevemente algunos de los puntos en que pueden discrepar con la tendencia general de la explicación mecánica y materialista, que tan fructífera y afortunada ha sido desde los tiempos de Newton.

Ante todo hemos de recalcar que en modo alguno niegan o substituyen la actual explicación mecanicista: lo que hacen es complementarla, como todos los fenómenos vitales, pues nos invitan claramente a seguir adelante y admiten que el mecanismo fisiológico no es de ninguna manera la última palabra. Si no se

tiene en cuenta algo más la explicación mecanicista es incompleta. Los fenómenos en cuestión implican una aceptación de la vida y el espíritu como realidades independientes de la materia, como algo ajeno a los procesos materiales que, no obstante, funciona en reciprocidad con ellos, guiándolos y determinándolos de absoluto acuerdo con las leyes de la energía, aunque produciendo resultados que, a no ser así, la naturaleza inorgánica no hubiera conseguido nunca. El cerebro se convierte en el órgano o instrumento de la mente, en vez de ser la mente misma. El organismo, sea una célula protoplásmica o un agregado de células, funciona movido por una entidad incomprendida llamada vida que utiliza la materia y la energía para sus propios fines. Las operaciones mecánicas pueden observarse en todos los departamentos del metabolismo; las diversas etapas del desarrollo gradual de un organismo y de sus partes pueden seguirse en sus detalles; pero el proceder espontáneo de un organismo no puede explicarse únicamente como resultado de la actividad molecular.

Por otra parte se descubre que estas entidades superiores que consideramos como la vida y la mente poseen facultades de una naturaleza insospechada e inexplorada hasta ahora que rebasan los usuales y co-

nocidos procesos estudiados hasta aquí en las diversas ramas de la biología y la psicología. Y hay ciertos hechos que parecen demostrar que la actividad de la mente no se reduce a la utilización de su instrumento u órgano corporal, sino que también puede gobernar operaciones con independencia de todo instrumento material, aunque no puede negarse que es necesario un instrumento material para exponer el resultado de dichas operaciones. Acaso se deba esto a que nuestras percepciones se hallan obstaculizadas por la limitada naturaleza de nuestros órganos sensoriales—los órganos que compartimos con los animales—, que sólo nos hablan directamente de la materia y que se han desarrollado en nosotros con fines muy distintos a la investigación científica y fisiológica.

Cierto es que auxiliamos a nuestros órganos fisiológicos por medio de instrumentos; pero también éstos son de carácter material y mecánico, si es que creemos al menos que la electricidad forma parte del universo material. No obstante, en el sentido estricto de la palabra, la electricidad, el magnetismo y la luz, la cohesión y la gravitación, aun cuando se manifiesten por mediación de la materia, son en realidad más bien de carácter físico que material. Y soy de parecer que si se toma en consideración el éter en la amplia medida

que más adelante encontraremos justificada, cabe esperar descubrir la clave de la interacción indirecta con la materia de las entidades más directamente aprehendidas—la vida y la mente—, que según todas las probabilidades guardan una conexión más genuina y permanente con el éter que con las partículas de materia instauradas en él. Esta es por el momento una hipótesis útil que no conviene extremar indebidamente. Pero quienes sientan la necesidad de un concomitante físico de toda actividad, sea mental o no, no tienen por qué renunciar prematuramente a su creencia, sino que pueden seguir confiando en que acaso acabe por encontrarse una insospechada y recóndita explicación de la vida y la mente gracias a una mayor comprensión de la estructura, las propiedades y las funciones del éter del espacio.

Dejando todo esto a un lado como pura especulación, ¿cuáles son los hechos experimentales que han sido alegados y expuestos a comprobación por quienes los han examinado lo bastante para formarse una opinión?

En primer término se encuentra el fenómeno de la telepatía, es decir, de la comunicación de una a otra mente de ideas o noticias, y hasta de sensaciones, independientemente de los conductos físicos normales

de comunicación. La facultad de la recepción telepática no se halla muy difundida, en particular entre el mundo civilizado, que tantos éxitos ha alcanzado con otros métodos. Es posible que el lenguaje hablado y escrito hayan hecho innecesaria la telepatía, motivando la atrofia parcial de esta facultad. O acaso sea que se trate de una facultad en embrión que sólo alcance su pleno desarrolló cuando se haya abandonado el organismo corporal, pues este organismo parece aislarnos como individuos e impedirnos la percepción de todo pensamiento que no nos llegue por los conductos familiares de la vista, el oído y el tacto.

Pero la experiencia ha demostrado que ciertos individuos pueden comunicar entre sí por medios ni conocidos ni reconocidos. Lo comunicado puede ser la noción de un objeto, o un dolor localizado, o una impresión de enfermedad o muerte. Esta última comunicación, empero—la de la enfermedad o fallecimiento—, no cae dento del dominio experimental: suele producirse como una impresión espontánea, independiente al parecer de la distancia, y a veces es tan vívida que puede dar lugar a una imagen alucinatoria de carácter visual o auditivo de la persona enferma o moribunda que se encuentra lejos.

Muchas personas han recibido de este modo lo que

podría llamarse una «llamada» de alguien que anhelaba estar a su lado. Y la posibilidad de estos casos a veces patéticos se ha visto justificada por la variedad experimental de la transmisión del pensamiento cuando no interviene ninguna emoción y cuando la idea transmitida es de carácter vulgar y se halla determinada completamente por el investigador que tiene a su cargo el experimento.

El carácter general de los experimentos telepáticos de esta índole debe ser ya sobrado conocido, y es muy probable que si se intentaran escrupulosamente más experimentos se hallaran muchas personas con algún vestigio de la facultad receptora. Pero no cabe duda que estos fenómenos tienen sus propias leyes, y es menester descubrir las condiciones que el éxito requiere y no dejarse amilanar por ningún fracaso.

Si admitimos que la telepatía queda definitivamente establecida, ¿cuál será su importancia? Su importancia primordial parece consistir en la demostración de que la actividad mental no se halla reducida a los órganos corporales y a los instrumentos por cuya mediación se manifiesta normalmente: en otras palabras, que la mente es independiente del cuerpo y que no hay por qué presuponer la destrucción o cesación de la mente cuando queda destruído su instrumento

corporal. El hecho constituiría un paso, aunque sólo un primer paso, hacia la demostración de la supervivencia.

Pero los investigadores han dado ya un paso más. Afirman, y lo mismo afirmo yo, que es posible ponerse en comunicación telepática con los que han sobrevivido a la muerte de su cuerpo. Su mente, su carácter, su personalidad subsisten, y aun cuando no pueden ejercer directamente ninguna impresión en nuestros sentidos materiales, estimulados por un perenne afecto o por algún otro motivo suficiente, pueden hacer uso de vez en cuando de un instrumento fisiológico —el mecanismo cerebro-nervo-muscular de una persona viva dotada de la facultad receptora o telepática— para transmitir sus mensajes a los que dejaron detrás. Y al obrar de este modo suelen esforzarse por demostrar su identidad y la continuación de su existencia.

No es nada fácil decir todo esto, porque no es cosa que pueda decirse con ligereza. Si yo lo digo es porque me apoyo en un gran cúmulo de pruebas que han llegado a mi conocimiento y al de otros muchos. Una de dos: o el hecho es cierto o es falso. Si es cierto, difícil es pasar por alto su enorme importancia. Teniendo en cuenta que se hallan en juego las esperanzas y el porvenir de la humanidad, o, mejor dicho, de

los individuos humanos, las pruebas han de ser examinadas con todo rigor y detenimiento.

Ahora bien: esta clase de experimentos han sido desatendidos hasta ahora por la ciencia ortodoxa. Tanto el mundo científico como el religioso se muestran hostiles a la experimentación de tales cuestiones. Los instrumentos o *mediums* por cuya intervención se realizan estos experimentos corren el peligro de verse perseguidos por la ley. La ciencia no ha conquistado aún por completo su carta de libertad. Todavía hay ramas de la investigación que son impopulares; todavía parece haber cuestiones que está prohibido examinar. Aún hay que exponerse al viejo reto del ridículo y la oposición. Pero los tiempos van cambiando poco a poco: la atmósfera se aclara, y ya es mucho más límpida que lo era en mi juventud, cuando también yo hubiera rechazado todo esto como deplorables supersticiones. Ahora confío en que no tardando mucho algunos de los miembros más jóvenes de la hermandad científica, no ya físicos, sino biólogos también, abrirán su espíritu a insospechadas posibilidades, y al correr del tiempo llegarán a construír un magnífico edificio sobre los tanteos, las vacilaciones y los asertos increíbles del pasado.

Pero estos fenómenos mentales que parecen agru-

parse en torno al descubrimiento de la telepatía y demostrar el hecho de la supervivencia no son en modo alguno los únicos fenómenos que los investigadores han descubierto. En ciertos respectos constituyen la parte más interesante, aunque también la menos tangible y material, de la cuestión. A veces se pretende que no sólo existe la telepatía, esto es, la mente actuando sobre la mente, sino también la telergia, o sea la mente actuando sobre el cerebro corporal. Que la mente actúa sobre el cuerpo es cosa harto sabida; pero suele actuar sobre su propio cuerpo. En los casos anormales una mente extraña parece regir y utilizar temporalmente un mecanismo fisiológico cuyo propietario le ha dejado de gobernar. Es probable que los fenómenos hipnóticos se produzcan mediante la transmisión mental corriente; pero la mente subconsciente puede actuar sobre el cuerpo de un modo peculiar, según el testimonio médico, produciendo ampollas y otras señales en el organismo e interviniendo en los procesos normales de un modo inexplicable. Afírmase que también esto puede verificarse a distancia, y que las células de un cerebro pueden ser estimuladas mediante un esfuerzo especial por una mente desencarnada sin relación habitual con el cerebro en cuestión, y de este modo puede tener lugar la escritura o la con-

versación automáticas sobre cosas desconocidas para la personalidad normal.

Preténdese por añadidura que en determinadas condiciones y en presencia de un organismo apropiado pueden moverse incluso objetos inorgánicos, como alzarse pesos, trasladar cosas de un lado a otro, etc., operaciones que, aunque los músculos las ejecutan fácilmente, pueden al parecer ser consumadas en casos excepcionales de alguna otra manera.

Estos extraños fenómenos han sido examinados principalmente por investigadores continentales cuya práctica médica les capacita para adoptar las precauciones que garanticen la autenticidad de los hechos de esta naturaleza. La hipótesis admitida consiste en que los objetos son movidos por una especie de encarnación del cuerpo del *médium*, llamada «ectoplasma», o sea protoplasma expulsado, porción del organismo que se separa de éste transitoriamente para reintegrarse a él una vez cumplida su misión. Algunos de estos fenómenos pueden parecer repulsivos; pero exigen ser examinados por quienes tengan competencia para ello. Pertenecen al dominio biológico y acaso patológico, cosa en la que yo no acostumbro a meterme. Preténdese que por medio de este extraño material pueden producirse verdaderas materializaciones que traen a

la región de la materia formas que sólo existían en el éter. Alégase que, al igual que nosotros somos encarnaciones o materializaciones unidas a la materia por un período de algo menos de cien años, éstas son formaciones o materializaciones transitorias que se manifiestan por breve tiempo y desaparecen, pudiendo ser en el entretanto vistas, palpadas y fotografiadas.

¿Es de extrañar que la ciencia cierre los ojos y se tape los oídos ante estos fenómenos fantásticos, cuya obtención es tan laboriosa y tan penosa a veces y cuya investigación es tan difícil? No tiene nada de extraño. Sin embargo, las pruebas son sólidas, y quienes tienen capacidad y competencia para investigar estas cosas incurren en responsabilidad si las desatienden. Todo nuevo hecho puede empezar por parecer extraño. Parece ser que en el cuerpo actual de la ciencia no hay sitio para estas cosas, y, por mi parte, yo no he de hacer sobre ellas ninguna afirmación porque mis investigaciones directas sobre el particular son relativamente escasas. Pero he visto ya lo bastante para saber que la telekinesis, el movimiento de los objetos sin contacto aparente, es un hecho real, y tengo abierto el espíritu—cosa justificada por cierta experiencia—a las afirmaciones de los fisiólogos y anatomistas que han atestiguado el fenómeno de la materialización.

La expulsión del material ectoplásmico del cuerpo parece a primera vista un tema de investigación repelente, aunque también se recordará que nuestros órganos internos no son superficialmente atractivos, por muy útiles que sean y por muy interesantes que puedan ser para los que los estudian. El ectoplasma es el nombre dado a un material celular organizado que se asegura emana de ciertos individuos durante breve tiempo. Parece poseer inexplicadas y extraordinarias propiedades, pudiendo moldearse o adoptar la apariencia de manos y rostros, como guiado por una inteligencia subconsciente para ejecutar fuera del cuerpo la misma clase de operaciones que suelen ejecutarse dentro, pues, a no dudar, el material que sirve de alimento se halla constituído por la actividad normal del cuerpo en los diversos órganos adecuados a la localidad adonde es conducida la sangre. No es el alimento mismo, sino el principio formativo, lo que determina si aquél formará una nariz o un cabello o contribuirá a la formación de un músculo, de un ojo o de cualquiera otra parte del cuerpo. En realidad, con ayuda de la placenta el huevo fecundado puede formar un nuevo organismo separado, lo cual podría considerarse en sí como un hecho no poco sorprendente.

Trabajo cuesta creer que este mismo principio for-

mativo pueda operar fuera del cuerpo como lo hace dentro de él, y la ciencia ortodoxa no lo ha admitido todavía. Lo más sencillo es preguntarse si esto es o no un hecho, a lo cual ha de contestarse, no con teorías ni prejuicios, sino con la observación y la experimentación. Quienes lleven a cabo los experimentos han de hallarse capacitados por una práctica previa en la fisiología y la anatomía. Se trata simplemente de una cuestión científica que, de ser contestada afirmativamente, ha de ampliar nuestros conocimientos sobre la conexión existente entre el espíritu y la materia; pero que, en caso contrario, no tendría ninguna repercusión sobre el problema de la supervivencia ni sobre ninguna de las cosas que le interesan a la mayor parte del género humano. Al mismo tiempo ha de reconocerse que todo hecho, como tal, tiene que tener una importancia propia, y no es pequeña la autoridad con que cuenta la afirmación de que no hay nada en la naturaleza que pueda considerarse vulgar o impuro.

Hay aún otro grupo de fenómenos, no tan repelentes por fuera como el último, que son designados con el nombre de clarividencia y lucidez, y que consisten en la percepción de sucesos que acaecen a distancia, en la lectura de cartas lacradas o libros cerrados y en el descubrimiento de objetos ocultos o de corrientes

subterráneas. Las pruebas de la existencia de esta facultad en determinados individuos excepcionales aumentan sin cesar, y algunos de los hechos no parecen explicables por la telepatía o la lectura del pensamiento, pero aún no se sabe con certeza. La hipótesis de la telepatía debe apurarse hasta el máximo antes de formular una hipótesis nueva. Siempre nos gusta apelar a la posibilidad de la existencia de alguna causa final, y toda vez que cuanto se escribe o se imprime tiene que haber estado alguna vez en la mente de alguien, hay que andarse con todo cuidado antes de aceptar que el escrito en cuestión es leído directamente por medios supranormales, es decir, por algún método al que no estamos habituados y para el que no tenemos, por consiguiente, ninguna clave. Es verdaderamente maravilloso que unos signos negros sobre el papel puedan significar todo lo que suelen significar para nosotros, y aunque nos hemos acostumbrado a este método de estimular las ideas y la percepción artística, sería temerario suponer que hemos agotado todos los métodos análogos frente a todas las pruebas en contrario.

Parece existir, ciertamente, una reciprocidad de acción entre el espíritu y la materia. Por medio del pensamiento, de la voluntad, de la intención, podemos imprimir movimiento a la materia y producir así, no

sólo escritos y palabras, sino grandes estructuras, como puentes y catedrales, ideados previamente por el espíritu. Y las combinaciones materiales así obtenidas, como, por ejemplo, las obras de arte, tienen la virtud de suscitar en otras mentes parte de los sentimientos y emociones que experimentó su creador. Tal es el principio fundamental de la obra artística: es el disparador o resorte de un cúmulo de inteligencia y emoción latentes. Ahora se plantea la cuestión de si habrá otras combinaciones de materia que apelen a nuestro espíritu de un modo menos premeditado. Ya se ha llegado a instaurar en la materia algunas impresiones mentales por medio de instrumentos como el gramófono y la placa fotográfica. Hay quien cree que asimismo puede acumularse inconscientemente en la materia una emoción violenta, de suerte que la estancia en que ha tenido lugar una tragedia puede ejercer algún influjo en la generación siguiente o en cualquier sujeto que sea lo bastante sensible para poder experimentarlo. De este modo se espera explicar racionalmente algún día la extraña influencia de algunas localidades en que parece repetirse una tragedia, y el intrigante fenómeno vulgarmente llamado «embrujamiento» pasará del reino de la superstición al dominio de los hechos.

En muchos respectos las facultades de la mente subconsciente, tal como se ponen de manifiesto en las diversas clases de clarividencia o lucidez, o en lo que el profesor Richet ha llamado «criptestesia», rebasan las limitaciones ordinarias del espacio, de tal modo, que la distancia y la opacidad no constituyen un obstáculo para este género de percepción supranormal. Algunos otros hechos han sido atestiguados que poco a poco han acabado con el escepticismo natural de los que los han examinado, llevándoles a crer que algunas veces hasta las limitaciones del *tiempo* pueden ser rebasadas, de suerte que pueden percibirse confusamente algunos acontecimientos, no sólo en el pasado y a distancia, sino también hasta cierto punto en el futuro. Toda la cuestión de las premoniciones y las precogniciones es en extremo difícil, y el problema de hasta qué punto se halla predeterminado el futuro de modo que pueda lograrse percibir lo que es posible que ocurra, plantea cuestiones sobre la naturaleza del tiempo que por ahora no podemos contestar.

Ya sabemos que es posible la predicción en el mundo inorgánico, en particular en los simplificados movimientos estudiados en la astronomía, y cabe suponer que un conocimiento mayor, pongamos por caso, del movimiento de las moléculas y de la estructura de la

materia, acaso nos permita prever los cataclismos vulgarmente llamados accidentes y anunciar de este modo los desastres y convulsiones de la naturaleza antes de que se adviertan los indicios normales. Puede darse por sentado que el universo es una secuencia ordenada de causa y efecto y que el conocimiento pleno de su estado actual puede permitirnos conjeturar el acaecimiento futuro de lo que ya está en preparación. Este vasto conocimiento no lo poseemos nosotros; pero si hay en el universo inteligencias superiores—y sería extraña presunción considerarnos los mejores—han de tener conductos de información lo mismo que nosotros, y por mediación de sujetos sensibles podrán transmitirnos su conocimiento.

En estas especulaciones rebasamos con mucho los límites de la ciencia reconocida, por lo que hemos de caminar con cautela; pero me imagino y creo que poco a poco hemos de descubrir que no nos encontramos tan aislados en el universo como creíamos y que nos hallamos rodeados de inteligencias de las que no tenemos conocimiento normal y que sólo indirecta y circunstancialmente se asocian con la materia. Y confío en que el incesante y meticuloso estudio de los fenómenos psíquicos ha de llevarnos a superar con mucho nuestro actual conocimiento de las cosas guiándo-

nos por un terreno del que ahora sólo percibimos confusos y desconcertantes destellos. En realidad, la ciencia está empezando, sólo empezando—y acaso no ha empezado aún—, a descubrir la realidad de ese mundo espiritual que durante mucho tiempo ha ejercido su influencia en los poetas, los santos y los místicos; ese mundo que ha sido el manantial perenne de la inspiración y ha constituído siempre el tema de la teología y la fuerza motriz de la religión.

CAPITULO IV

ALGUNOS EJEMPLOS DE FENÓMENOS PSÍQUICOS

> **Bacon previó la victoria gradual de la observación y el experimento—el triunfo del análisis de los hechos reales—en todos los sectores del estudio humano, en todos menos en uno... Yo insisto aquí en que no hay por qué seguir haciendo esa gran excepción.**
>
> **F. W. H. MYERS: *La personalidad humana*, II, 279.**

Como ilustración de algunas de las facultades a que se ha aludido incidentalmente en los anteriores capítulos, podría citar numerosos incidentes, muchos de los cuales han sido consignados en libros o en los ***Proceedings*** de la Society for Psychical Research. Pero me limitaré a citar algunos episodios inéditos que ilustran algunas de las facultades de los *mediums*. Por sí solos, estos episodios, aun siendo notables, no serían concluyentes; pero como parte de un gran conglomerado de testimonios de análogo carácter, tienen su valor. Los incidentes que he seleccionado ilustran cuatro clases

de simples experimentos psíquicos. Por diversas razones estos incidentes no han sido publicados hasta ahora, a excepción de los dos episodios de carácter impersonal que figuran al principio y al final.

La primera clase se halla constituída por incidentes que ilustran el fenómeno de la participación de sucesos que acaecen en otro sitio en el momento o poco antes de recibirse la información. Voy a citar tres incidentes de esta naturaleza. Dos de ellos eran susceptibles de comprobación inmediata; el tercero no se ha comprobado aún ni es probable que se compruebe nunca. No obstante, me ha parecido oportuno consignarlo por si más adelante surgen circunstancias que lo confirmen o lo rechacen (1).

La segunda clase de incidentes ilustra la aparente facultad de predicción o augurio detallado de futuros acontecimientos improbables; acontecimientos que, aunque no eran de importancia pública, se produjeron ulteriormente.

---

(1) Desgraciadamente, este extenso mensaje referente a la catástrofe del Himalaya de 1924, que fué recibido en las condiciones que más adelante se describen, ha tenido que ser omitido accediendo a los deseos de la familia interesada. Por consiguiente, sólo ha sido registrado en la S. P. R., por si fuera necesario para ulteriores consultas, siendo substituído en este libro por otro episodio.

En tercer lugar presentaré un ejemplo de psicometría o diagnosis de un objeto, facultad sobrado conocida de los investigadores y no poco común.

Y en cuarto lugar, un episodio de diferente índole, un ejemplo de las conversaciones que ahora sostenemos con más libertad y holgura con Feda, el control de la Sra. Leonard, en el cual se trata de la interrelación existente entre los que nos han abandonado y nosotros. De modo incidental esta conversación nos permitió aplicar una prueba de difícil resultado para comprobar la identidad de uno de los comunicantes.

PRIMERA CLASE.—CLARIVIDENCIA

EJEMPLOS DE CONOCIMIENTO DE SUCESOS CONTEMPORÁNEOS

Die Geisterwelt ist nich verschlossen (1).

Tres incidentes.

EPISODIO A

Citemos en primer término el episodio de las noticias recibidas sobre el asesinato de la reina Draga y de sus hermanos, en Servia. Estas noticias fueron recibidas por mi amigo el profesor Richet, el cual me comunicó el incidente a su tiempo (1903).

En pocas palabras, el hecho es el siguiente:

La noche del asesinato en cuestión (que, como es natural, ni se conocía ni se imaginaba), el profesor Richet y varios amigos estaban celebrando una sesión

(1) El mundo de los espíritus no es impenetrable.

en París, en la que recibían letras del alfabeto por medio de golpecitos. Las letras eran anotadas y después se iban interpretando. Ignoro en absoluto quiénes eran los concurrentes y el *médium* en aquella ocasión; doy el presente relato de segunda mano. Después de haberse recibido varios mensajes corrientes, el control pareció cambiar y tornarse apremiante, transmitiendo por medio de *raps* de singular claridad las siguientes letras: BANCALAMO. A lo que Richet hizo notar: «Parece que va a ser latín: con una pluma.» Pero el deletreo se prosiguió con unas letras que al parecer carecían de sentido: RTGU. Por consiguiente, Richet perdió su interés, pero anotó el resto mecánicamente: ETTEFAMILLE. Ningún sentido se encontró a esto, salvo que parecía estar relacionado con alguna familia. Poco después Richet se dió cuenta de que el mensaje se podía separar en palabras de la siguiente manera: BANCA LA MORT GUETTE FAMILLE (1). Este mensaje fué recibido el miércoles 10 de junio de 1903, a las diez y media de la noche.

Dos días después los diarios franceses daban la noticia del brutal asesinato del rey Alejandro y de su consorte la reina Draga y sus hermanos, en Belgrado,

(1) «Banca. La muerte acecha familia.»

y el nombre del padre de la reina, fallecido no hacía mucha, era Pança, la familia del cual había estado a punto de perecer asesinada totalmente. (La cedilla podía ser la equivalencia más exacta en el idioma francés de una letra servia que, según me han dicho, se pronuncia entre *s* o *ts* y *z* o *tz*, por lo que en francés no tiene letra equivalente.) Al ver este nombre en los periódicos de la noche del 12 de junio, Richet advirtió con cierta extrañeza la semejanza existente entre aquel nombre hasta entonces desconocido, que a veces aparecía como Panka, y el principio del misterioso mensaje con la desconocida palabra Banca, puesto que el único error efectivo consistía en la confusión de la *p* con la *b*. En consecuencia, ahora consideró el mensaje como una especie de comunicación telegráfica procedente de Pança o Panca anunciando que en aquel momento la muerte acechaba a su familia: «La morte guette famille.»

Haciendo indagaciones y ahondando más en la cuestión, Richet averiguó que el asesinato tuvo lugar poco después de media noche, de suerte que al celebrarse la sesión no había ocurrido aún; pero el momento en que se recibió el mensaje en París, que fué a las diez y media del 10 de junio de 1903, debió de coincidir con la hora a que salieron los asesinos del

Hotel de la Corona de Servia, en Belgrado, para consumar sus funestos designios. No había entonces «horario de verano», y las diez y media de París vendrían a coincidir con la media noche de Servia. Así, pues, como hizo notar Richet, la palabra «acecha» era singularmente apropiada, pues correspondía a la actitud del gato que está al acecho de un ratón. No hubiera sido tan adecuada unas horas más tarde ni tampoco, en realidad, algunas horas antes.

El asesinato tuvo lugar hacia la media noche del miércoles, o mejor dicho, «poco antes de amanecer» el jueves 11 de junio de 1903, según la historia de Mijatovitch (*La tragedia servia*, 1906), y «entre las diez y media y las dos de la madrugada del día 11», según el *Times* del viernes 12 de junio de 1903. Las noticias llegaron a París, según se supo después, a las dos de la madrugada del jueves; pero Richet no leyó ningún detalle hasta el viernes.

La cuestión del por qué se remitió un mensaje a personas desconocidas y extrañas de París para hacerles saber que la familia de Pança estaba en peligro de muerte no intenta explicarla Richet. Todo cuanto sabemos es que en aquella ocasión especial se recibió esta combinación de letras, a la que posteriormente se pudo encontrar una interpretación inteligible. Ri-

chet lo considera simplemente como un caso de «criptestesia en una distancia de dos mil kilómetros», aunque yo no puedo comprender hasta qué punto puede aplicarse a este caso semejante término, que sugiere una hipersensibilidad a la impresión fisiológica. Pero, según la hipótesis espiritista—que, al contrario que Richet, yo me inclino a aceptar—, cabe suponer que Myers o algún otro miembro del grupo de la S. P. R. del Más Allá vió una oportunidad de demostrar la facultad supranormal interponiendo súbitamente entre los mensajes fragmentarios que estaban remitiendo a su amigo Charles Richet una frase que, aunque entrecortada y obscura, acabaría por resultar inteligible y suscitar el interés.

Este relato del incidente (aparte de las hipotéticas e inútiles tentativas de explicación) constituye el vívido recuerdo de lo que el profesor Richet me contó a su debido tiempo. Richet se mostró muy impresionado por el caso, en particular por las coincidencias de tiempo. Cierto es que la muerte puede haber acechado entonces a muchas familias; pero si se hubiera tratado de una familia obscura, este mensaje hubiera sido inútil. La familia en cuestión sólo fué designada por el nombre Banca, que no es exactamente Pança o Panka. En el relato que hace del incidente el profesor

Richet (reproducido—con algunas erratas en las primeras ediciones—en su *Traité de Métapsychique*, página 204), examina la importancia del error implicado según la doctrina del azar y juzga increíble que el gran parecido del nombre del mensaje fuera debido a la casualidad. Respecto a la ausencia de todo conocimiento normal del asunto, ésta era absoluta. No había nadie en París que estuviera enterado del complot secreto dirigido contra el rey Alejandro y su consorte la reina Draga, y ninguna de las cinco personas que concurrían a la sesión tenían relaciones con ningún estado balkánico ni probablemente habían oído hablar nunca de la reina Draga. El mensaje, si es que fué tal mensaje, debió ser remitido con toda certeza antes de que se conociera el suceso, aunque se trata realmente de la participación de un hecho contemporáneo y no de una predicción. Toda la familia de Pança se encontraba en aquel momento en tremendo peligro: la reina Draga y sus dos hermanos resultaron muertos, si bien sus dos hermanas consiguieron salvarse.

Observaciones sobre el método del deletreo para recibir los mensajes.

El anterior mensaje fué recibido, al parecer, por medio de *raps*; pero respecto al método mediante el cual he recibido yo comunicaciones análogas con ayuda de amigos particulares, he de manifestar que una de las dos señoras de que se trata tiene la facultad de obtener las frases con un sistema más elemental que los *raps*; es, a saber, mediante las levitaciones rapidísimas de un velador sobre el que coloca la mano. Se pone a recitar rápidamente el alfabeto, deteniéndose en la letra deseada, que es anotada inmediatamente por la otra señora y por mí si estoy presente. El significado de la serie de letras no suele ser evidente al pronto —a veces sí—, y lo extraño es que con este sistema aparentemente laborioso se obtiene una absoluta coherencia. Teniendo práctica, es, no obstante, muy sencillo, y no resulta excesivamente lento. Frecuentemente aparecen uno tras otro una breve serie de comunicantes, cada uno de los cuales dice lo que tiene que decir, deletrea su nombre y deja el sitio a otro. A veces no sabemos de quién proviene el mensaje hasta que aparece el nombre al final, aunque a los comunicantes habituales es fácil reconocerlos por sus maneras y su

estilo. Cuando es Myers el comunicante, la *médium* se siente excitada y en tensión, por así decir. Tratándose de otros se nota una mayor flojedad.

En el caso de la *médium amateur* de que hablo, que posee su facultad desde hace muchos años, el control parece venir directamente del comunicante al brazo que manipula el velador, de modo que su mente apenas entiende lo que se dice y rara vez trata de entenderlo. Como las letras son anotadas, los que lo hacen descubren el pleno sentido de cada frase al completarse éstas. Los mensajes que siguen aparecen reproducidos, salvo alguna que otra omisión trivial en obsequio a la brevedad, tal como fueron recibidos. (No obstante, véase la nota de la página 94.)

EPISODIO B

El siguiente incidente, que es muy breve y sencillo, se refiere a la elección de Hindenburg para la Presidencia de la República alemana. La noche del domingo 26 de abril de 1925 estábamos mi esposa y yo celebrando una sesión privada en París con las dos amigas inglesas citadas, y sosteníamos una conversación de carácter doméstico con mi hijo Raimundo, sin acordarnos para nada de las cuestiones públicas ni interesarnos

en lo más mínimo por nada que ocurriera en Alemania, cuando a las diez Raimundo se interrumpió de súbito y deletreó: «Hindenburg ha salido. Voy a ver la broma. Buenas noches.—*R. L.*»

Al día siguiente (lunes 27 de abril de 1925), una noticia del *Continental Daily Mail* decía así: «Un telegrama de la Agencia Reuter, transmitido desde Berlín a la una y diez y ocho de la mañana, anuncia que Hindenburg ha resultado elegido.»

Episodio C

Actividad y esfuerzos póstumos por reparar un yerro.

El siguiente caso fué enviado a la S. P. R. por uno de sus miembros canadienses, que, habiendo despertado su atención sobre el caso un relato periodístico, encargó a un abogado del Estado en que ocurrieron los hechos (Carolina del Norte) que hiciera indagaciones en su nombre. Los hechos habían sido puestos ya de manifiesto en un pleito, por lo que han sufrido por dos veces el examen de personas acostumbradas por su profesión a analizar y sopesar las pruebas. A su debido tiempo, la British Society for Psychical Research recibió ciertos documentos jurados, y lo que sigue es, en

parte, un extracto de estos documentos, y en parte, citas literales de ellos.

James L. Chaffin, el testador, era un ranchero de Davie County (Carolina del Norte). Estaba casado y tenía cuatro hijos, los cuales se llamaban, siguiendo el orden de su edad, John A. Chaffin, James Pinkney Chaffin, Marshall A. Chaffin y Abner Columbus Chaffin.

El 16 de noviembre de 1905 el testador hizo un testamento, debidamente asesorado por dos testigos, en el que dejaba la granja a su tercer hijo, Marshall, al cual designaba como único ejecutor testamentario. La viuda y los otros tres hijos quedaban desposeídos.

Diez y seis años después, el 7 de septiembre de 1921, el testador murió a consecuencia de una caída. Su tercer hijo, Marshall, consiguió la legitimación del testamento de 1905 el 24 de septiembre de aquel año. La madre y los otros tres hermanos no se opusieron a este testamento, puesto que no tenían ningún motivo válido para hacerlo; pero posteriormente, en 1925, acaecieron algunos hechos singulares que aparecen narrados así:

Extracto de la declaración de James Pinkney Chaffin, segundo hijo del testador.

«Jamás en toda mi vida oí decir a mi padre que hubiera hecho un testamento posterior al de 1905. Creo que fué en junio de 1925 cuando empecé a tener sueños muy vívidos de que mi padre se me aparecía a la cabecera de la cama, pero sin hacerme ninguna comunicación verbal. Algún tiempo después, creo que fué a fines de junio de 1925, se me apareció de nuevo a mi cabecera, vestido còmo siempre le había visto en vida, con un sobretodo negro exactamente igual que el suyo. Esta vez el espíritu de mi padre me habló, se cogió así el sobretodo y tiró hacia atrás, diciendo: «Encontraréis mi testamento en el bolsillo de mi abrigo.» Acto seguido desapareció.

»A la mañana siguiente me desperté plenamente convencido de que el espíritu de mi padre me había visitado con el objeto de aclararme alguna equivocación. Fuí a casa de mi madre a preguntarle por el abrigo de mi padre, pero no lo encontré. Mi madre me dijo que se lo había dado a mi hermano John, que vive en Yadhin County, a unas veinte millas al noroeste de mi casa. Creo que fué el 6 de julio, el lunes siguiente a los

acontecimientos relatados en el párrafo anterior, cuando fuí a casa de mi hermano y encontré el abrigo. Examinando el bolsillo interior descubrí que el forro había sido cosido. Corté inmediatamente las puntadas y encontré un pequeño rollo de papel atado con una cuerda y escrito con la letra de mi padre, que contenía solamente estas palabras: «Leed el capítulo 27 del Géne»sis en la vieja Biblia de mi padre».

»Llegado a este punto me quedé tan convencido de que el misterio iba a aclararse que no quise ir a casa de mi madre a examinar la vieja Biblia sin ir acompañado de testigos, por lo que convencí a mi vecino el Sr. Thos. Blackwelder de que me acompañara, y también se hallaron presentes mi hija y la del Sr. Blackwelder. Llegados a casa de mi madre nos costó gran trabajo dar con la vieja Biblia. Por fin la encontramos en el cajón superior de una mesa hallada en el piso alto. El libro estaba tan deteriorado que cuando le cogimos se deshizo en tres pedazos. El Sr. Blackwelder recogió la parte que contenía el libro del Génesis y volvió las hojas hasta dar con el capítulo 27, en donde encontró dos hojas dobladas, la de la izquierda hacia la derecha y la de la derecha hacia la izquierda, formando una especie de cartera, en la que el Sr. Blackwelder encontró el testamento.»

Es decir, que encontró un documento libremente redactado y fechado el 16 de enero de 1919, que decía lo siguiente:

«Después de leer el capítulo 27 del Génesis, yo, James L. Chaffin, expreso mi última voluntad y hago testamento, el cual es el presente. Deseo que, después de dar a mi cuerpo decorosa sepultura, mi pequeña hacienda sea repartida por partes iguales entre mis cuatro hijos, si viven en el momento de mi muerte, y tanto por lo que respecta a mis bienes personales como a mis bienes raíces. Si no viven deberán repartirse entre sus hijos. Y si vive vuestra madre todos deberéis cuidar de ella. Esta es mi última voluntad y testamento. Lo atestigua mi mano y mi sello.

JAMES L. CHAFFIN.

16 enero 1919.»

Este segundo testamento, aunque hecho sin testigos, sería válido con arreglo a las leyes de Carolina del Norte, por estar escrito todo él de puño y letra del testador, siempre que se demostrara suficientemente que el manuscrito era en efecto auténtico.

Después de escribir este testamento el testador debió

guardarlo entre dos páginas de una vieja Biblia familiar que había pertenecido a su padre el Rev. Nathan S. Chaffin, a cuyo fin dobló las hojas de modo que formaran una especie de cartera. Las páginas dobladas eran las que contienen el capítulo 27 del Génesis, que cuenta cómo el hermano menor Jacob suplantó al primogénito Esaú y conquistó su primogenitura y la bendición de su padre. El único beneficiario según el testamento era, como se recordará, uno de los hermanos menores.

El testador no mencionó nunca antes de morir, por lo que se sabe, la existencia de este segundo testamento; pero en el bolsillo interior de un abrigo de su pertenencia cosió un rollo de papel en el que había escrito las palabras: «Leed el capítulo 27 del Génesis en la vieja Biblia de mi padre.»

Poco después de su descubrimiento este documento fué presentado para su legitimación como el verdadero testamento del testador. La causa comenzó a verse en diciembre de 1925. Se reunió el jurado y empezó la vista, que se suspendió a la hora de comer. Cuando volvió a reanudarse, uno de los abogados anunció que durante el intervalo transcurrido se había llegado a un arreglo amistoso de las partes y que el nuevo testamento sería admitido a legitimación sin obstáculo.

Lo que sigue es una copia oficial del fallo del tribunal sentenciador.

> «*Sentencia por consentimiento sobre nuevo testamento de J. L. Chaffin (fallecido).*

Carolina del Norte, Davie County.

Tribunal Supremo.

Diciembre de 1925.

Sentencia fallo:

Vista la causa presentada y habiéndose sometido al jurado la decisión del siguiente punto: «¿Es el manus»crito fechado en 16 de enero de 1919 y cada una de sus »partes la última voluntad y testamento del fallecido »Jas. L. Chaffin?»

Respuesta: «Sí.»

Y habiendo respondido afirmativamente el jurado al dicho punto, y a petición de E. H. Morris, A. H. Price y J. C. Busby, letrados de los demandantes, se falla, ordena y decreta que la dicha última voluntad y testamento del difunto James L. Chaffin sea registrada en el Libro de Testamentos del Tribunal Supremo de Davie County, y que el testamento fechado el 16 de noviembre de 1905 y legitimado el 24 de septiembre de

1921 en el número 2, pág. 579 del Libro de Testamentos, como la última voluntad y testamento del difunto James L. Chaffin quede por este medio cancelado, rescindido, anulado e invalidado.»

Cuando comenzó el juicio, Marshall, el primer heredero, había fallecido; pero su viuda y su hijo se dispusieron a oponerse al segundo testamento. Sin embargo, durante el intervalo habido en la vista, les enseñaron este testamento. Había diez testigos preparados para demostrar que el segundo testamento estaba escrito de puño y letra del testador y la misma viuda y el hijo parece que lo reconocieron así en cuanto lo vieron. Sea como fuere, acto seguido retiraron su oposición.

La declaración del Sr. James Pinkney Chaffin concluye como sigue:

«Durante el mes de diciembre de 1925 mi padre volvió a aparecérseme una semana o así antes de la celebración de la causa Chaffin, y me dijo: «¿Qué hay »de mi testamento?», dando muestras de gran irritación. Esto me hizo creer que ganaría el pleito, como así fué. A la mañana siguiente le hablé a mi abogado de esta nueva visita.

»Muchos amigos míos no creen posible que los vivos entren en comunicación con los muertos; pero yo estoy convencido de que mi padre se me apareció efectivamente en todas estas ocasiones y así lo creeré hasta el día de mi muerte.»

Luego se acompañan algunos testimonios documentales en corroboración de los hechos. (Véase los *Proceedings* de la S. P. R. correspondientes a noviembre de 1927, pág. 517 y siguientes.) Aquí sólo citaré la declaración de su vecino, el Sr. Blackwelder:

«Me llamo Tomás A. Blackwelder. Tengo treinta y ocho años de edad y soy hijo de H. H. Blackwelder. Vivo en una hacienda del distrito de Callihan, a una milla del lugar en que murió Jas. L. Chaffin en 1921. Creo que fué el 6 de julio de 1925 cuando el Sr. J. P. Chaffin, hijo de Jas. L. Chaffin y vecino mío, vino a mi casa a pedirme que le acompañara a casa de su madre, y al mismo tiempo me dijo que su padre se le había aparecido en un sueño dándole instrucciones para encontrar su testamento. El Sr. Chaffin me dijo asimismo que su padre había muerto hacía unos cuatro años y que se le había aparecido en un sueño aconsejándole que mirara en el bolsillo interior de su viejo abrigo, en donde encontraría algo de importancia. El

Sr. Chaffin me dijo después que había examinado este abrigo, encontrando una tira de papel escrita por su padre, y que quería que le acompañara a casa de su madre para examinar la vieja Biblia. Fuí con él y nos pusimos a buscar la Biblia, encontrándola al cabo de un rato en el cajón de una mesa situada en el segundo piso de la casa. Cogimos la Biblia, que era muy vieja y estaba rota en tres pedazos. Yo cogí uno de los trozos y el Sr. Chaffin los otros dos; pero resultó que en el trozo que yo tenía se encontraba el libro del Génesis. Volví las hojas hasta dar con el capítulo 27 y allí encontré dos hojas dobladas hacia adentro y doblado dentro de ellas hallamos un papel escrito, que pretendía ser la última voluntad de Jas. L. Chaffin.»

SEGUNDA CLASE.—PREVISION

UN EJEMPLO DE PREDICCIÓN

Episodio de la casa

> Pocos hombres han meditado estos problemas del pasado y el futuro sin preguntarse si el pasado y el futuro no serán en realidad nada más que un nombre, si no percibiremos como un encadenamiento de hechos lo que es un océano de coexistencia y si no sacaremos nuestros años y siglos subjetivos de cosas absolutas e independientes del tiempo.
>
> F. W. H. MYERS: *La personalidad humana*, II, 273.

PRELIMINARES

Es el caso que lady Lodge se hallaba tomando el te con su amiga miss Clarissa Miles, en su piso de Londres, el 6 de mayo de 1913, y a modo de pasatiempo miss Miles había invitado también a una *médium* profesional cuyo nombre era madame Vera, para ejecutar lo que podría llamarse una «lectura» o discurso intui-

tivo sin entrar en ningún género de trance. Nada de importancia ni aun de interés particular fué dicho; pero mi esposa estaba acostumbrada a tomar notas—las notas que pueden tomarse sin auxilio de la taquigrafía—de todos estos fenómenos para el caso en que posteriormente pudieran ser de interés. Sus notas eran muy concisas; pero después fueron revisadas por nuestro hijo Raimundo, que mostró cierto interés por ellas debido a que se referían a Italia, en donde había estado en los comienzos de aquel mismo año visitando a unos amigos. Transcribo de estas notas el relato de lo que dijo madame Vera al final de su discurso. No creo que las notas originales fueran de una literalidad absoluta porque el relato peca de falta de ilación. Supongo que sólo serían anotados los puntos más salientes. De todos modos, lo que sigue es exactamente *lo que fué escrito en aquella fecha* y copiado por Raimundo en 1913, antes de la guerra.

«Una casa en el campo, una dicha, una corriente o río que se desliza al fondo del jardín. La casa parece alargada y baja, solitaria. Una pieza que va a dar al agua. Un estado feliz; un feliz período. En una altura. El jardín desciende hasta el agua. Una sensación de buena suerte. De estilo anticuado; una puerta de

iglesia. Las habitaciones a la antigua; no hay dos piezas iguales. Escalones bajos, muy divertidos, escalones arriba y escalones abajo. Algunas habitaciones largas y estrechas, de todas las formas. Algo relacionado con nuestra vida. Vestíbulo poco ancho, casa baja, viejo roble. Esta casa está donde van a ir ustedes. Grandes cuadros colgados, cuadros antiguos. Fachada como de piedra. Está en el campo en terreno montañoso. A mucha distancia de la estación. Hay de través un gran cenador; dentro hay una mesa y sillas; por delante es de cristal.»

Mi familia mostró no poco interés por esta completísima descripción de una casa imaginaria y trató de ajustarla a alguna casa de los contornos sin conseguirlo. Una puerta de iglesia parecía una característica imposible de ser tomada literalmente; pero a decir verdad ninguno de los detalles parecía aplicable a ninguna casa que fuera probable que habitásemos. Desde mi juventud, pasada en la vecindad de «Las cinco ciudades» del Sr. Arnold Bennett, había vivido siempre en Londres, Liverpool o Birmingham, es decir, en lugares en que hubiera universidades modernas en donde pudiera ganarme el sustento y tomar parte en la educación. Era punto menos que imposible que me

sepultara nunca en el campo, y lo que aquí parecía describirse era una casa perdida en él.

Ahora es menester un salto de varios años para poder dar algunos detalles biográficos esenciales para la comprensión del episodio. En 1914 fuimos a Australia con la British Association. Estalló la guerra. Raimundo murió en ella en 1915.

Mucho después de esto, en 1919, yo iba a retirarme del profesorado de la Universidad de Birmingham, por lo que nos pusimos a buscar una casita u hotelito al que pudiéramos retirarnos cuando abandonáramos la casa familiar, relativamente grande, de Mariemont en Edgbaston. Por mediación de algunos *mediums* como la Sra. Leonard, con quienes la madre de Raimundo celebraba sesiones de vez en cuando, éste (que ahora se encuentra en el Más Allá) se mostró interesado por lo que él llamaba «la caza de la casa» y demostró conocer varias casas que mi esposa había visto. Por ejemplo, describió una portilla de servicio o boquete en la pared que separaba el comedor de la cocina en una casa próxima a Crowborough, de la que le había hablado un agente a mi esposa y que ella había ido a ver. En mayo de 1919 Raimundo nos habló de otra casa de Datchet; pero nos manifestó su opinión de que podíamos encontrar algo mejor y nos sugirió

que no nos moviéramos de Mariemont en un año. Por último nos fijamos en una casita situada en los arrabales de Hampstead y entablamos negociaciones para alquilarla. Raimundo, sin embargo, no se mostró del todo satisfecho. Dijo que los tabiques eran demasiado delgados para poder disfrutar de tranquilidad y sosiego, y que no habría sitio para mis libros, lo cual era cierto. No obstante, nos dispusimos a tomar la casa. En los comienzos de aquel otoño (3 de julio de 1919) mi esposa se fué a Vichy (Francia) por unas cuantas semanas. Estando ella fuera, recibimos reiteradamente un mensaje por los conductos habituales: «Decid a madre que cese en la caza de la casa: he encontrado una y sólo espero que vayáis a ella.—*Raimundo.*»

Independientemente de todo esto, mientras mi esposa estaba fuera en el mes de julio, yo fuí a hacer una de mis visitas periódicas a nuestros amigos lord y lady Glenconner. Estos no se encontraban entonces en Glen, en la región fronteriza de Escocia, en donde habíamos estado con frecuencia, sino en otra casa más pequeña llamada Wilsford Manor, a ocho o nueve millas al norte de Salisbury, en el valle que forma el Avon en la llanura de Salisbury. Esta llanura no es lisa, como podría suponer el forastero, sino que está formada por una serie de bajas colinas calizas que se extienden por

la parte meridional de Wiltshire, siendo regada por cinco ríos que convergen por anchos valles como los dedos de una mano abierta y se unen por la muñeca hacia el sur de Salisbury. De estos cinco ríos (el Ebble, el Bourne, el Avon, el Wylie y el Nadder), el Avon es el que los continúa hasta desembocar en el mar por Christchurch (Hauts). Cerca de las vegas regadas por él se hallan situadas en el terreno seco Wilsford Manor y algunas otras casas.

Una tarde lord Glenconner me invitó a dar un paseo, en el curso del cual estuvo a ver una antigua hacienda del valle del Avon, situada en el terreno que había comprado recientemente al Antrobus Amesbury Estate, contiguo a sus tierras por el Norte. Incidentalmente me hizo saber que estaba haciendo algunas reformas en ella y que acababa de construír un pórtico. Había conservado el terreno y la casa durante la guerra, alquilando esta última a uno de los oficiales de servicio en la llanura de Salisbury, para cuyo objeto la había amueblado. Había llevado algunos cuadros antiguos, retratos familiares, grabados deportivos, etc., y en aquel entonces se había puesto a hacer algunas reformas, entre otras añadir un pórtico a una puerta recientemente modificada para protegerla contra el mal tiempo. Los obreros habían terminado ya su labor

y la casa estaba a cargo de un vigilante. La hacienda tenía graneros y huerta; pero no ningún prado, a excepción de lo que había servido de corral para el ganado, y que mi amigo estaba plantando ahora, así como mejoraba en general los contornos porque pensaba alquilarlo. Pero, según me dijo, tenía ciertas exigencias respecto a los futuros arrendatarios porque serían vecinos suyos (sólo separados por media milla y con los campos adyacentes) y porque, por otra parte, la mayoría de la gente que quisiera vivir allí querría disfrutar también de los derechos de caza y pesca en los setecientos acres de la tierra adjunta, que él no quería alquilar. De un modo puramente casual fuimos juntos a ver la casa, causándome gratísima impresión su sencillez y sobre todo sus quebrados alrededores, así como el panorama del hermoso valle del Avon, que se divisaba desde los puntos más altos de la llanura de Salisbury.

Recuerdo que prosiguiendo nuestro paseo le dije a mi amigo: «¿Por qué no nos lo alquila usted a nosotros? Yo no deseo cazar ni pescar.» A lo que él me contestó: «¡Qué más quisiera yo! Pero no le convendría a usted. Está muy lejos de la estación y seguramente muy lejos de Londres.» Yo asentí a esto porque no tenía el menor propósito de sepultarme en el campo.

Sin embargo, una de mis hijas vino también de visita a Wilsford Manor antes de que yo me fuera, y entonces la llevé a ver la casa y las colinas circundantes. Ambos nos quedamos en extremo complacidos. Mi hija estaba segura de que también a su madre había de gustarle, porque siempre le había encantado el paisaje de Sussex cerca de Brighton. Por consiguiente, después de cruzar algunos telegramas con Vichy, decidí alquilar la casa si podía ponerse una biblioteca en el piso de arriba levantando el tejado. Esto fué concedido y a su debido tiempo se puso manos a la obra. Mientras tanto, me desembaracé de la casita de los arrabales de Hampstead—cosa nada difícil—y tomé medidas de las habitaciones de Normanton House con el fin de mudarnos en el término de seis meses después de haber abandonado Mariemont. No nos instalamos en la nueva casa hasta el otoño de 1920, después de mi viaje de conferencias por Norteamérica, efectuado a principios de aquel año.

RESULTADOS

Después de habernos instalado en la casa estábamos examinando un día una caja de documentos de Raimundo, cuando dimos con aquel escrito en que había

copiado las notas tomadas por su madre en la sesión privada que ésta celebró con madame Vera. Nos había llamado la atención la descripción hecha de una casa al término de aquella sesión, y aunque esta descripción no parecía ajustarse a ninguna de las casas consideradas ahora, vimos que coincidía casi en un todo con la que ocupábamos. *Está* lejos de la estación (a unas nueve millas), pues aunque la estación de Amesbury — de una línea secundaria — se encuentra sólo a tres millas, la única estación de la línea principal que nosotros usamos es la de Salisbury. El río Avon pasa muy cerca y de él se desvía un brazo que llega al fondo del huerto, siendo regulada la invasión del agua por medio de compuertas. En el vestíbulo de entrada, que sirve también de comedor, hay algunos artesonados de roble. Para entrar en esta habitación hay que bajar tres escalones, de modo que el piso de la estancia está más bajo que el nivel del suelo exterior—detalle desusado al que probablemente se recurrió tiempo atrás para dar mayor altura a la estancia cuando ésta dejara de ser un depósito de aperos agrícolas (como recuerdan los viejos habitantes) y se utilizara para vivienda. La habitación es alargada, baja y estrecha (40 pies de largo por 13 de ancho y nueve de altura) y en el techo hay viejas vigas de roble casi

carcomidas que deben llevar allí varios siglos. Entre las ventanas hay paneles de roble y asimismo son de roble sus postigos. Una escalera singular de roble, muy vieja, conduce desde este vestíbulo a un piso alto y se continúa hasta lo que recientemente ha sido convertido en biblioteca quitando las viejas vigas y levantando el tejado.

También había en la casa cuando entramos a ocuparla algunos cuadros antiguos que atentamente nos permitieron conservar junto a algún otro mobiliario hasta que nos hubiéramos establecido definitivamente. Hay también un escalón para salir de la sala y otro al final de un corredor alto, en un sitio inesperado en el que suelen tropezar los visitantes, de tal modo que uno de ellos me dijo espontáneamente: «En esta casa hay que andar a cada momento subiendo y bajando escalones», lo cual, aunque algo exagerado, coincidía exactamente con la frase empleada por la vidente. La huerta, que está frente a la puerta de la fachada, se halla circundada a medias por una blanca tapia bardada al estilo de Wiltshire y que por ser de greda parece de piedra.

La coincidencia más notable, empero, consiste en que el pórtico recientemente construído para proteger la entrada tiene efectivamente una puerta de iglesia

muy vieja de considerable espesor (cerca de tres pulgadas), toda ella claveteada y con grandes bisagras, dos cerrojos macizos y una aldaba apropiada.

Interrogué al propietario acerca de este detalle y averigüé que después de haber sido construído el nuevo pórtico de piedra en la puerta que da al camino del lado norte de la casa se vió que este pórtico quedaba muy expuesto al mal tiempo, de modo que lady Glenconner, en una de sus visitas a la casa durante las reformas, había dicho al arquitecto que la entrada quedaría mejor añadiendo al pórtico una puerta exterior y añadió que sabía de una vieja puerta que podía utilizarse a tal fin. Esta se encontraba en una dependencia de Wilsford Manor y probablemente había sido abandonada cuando el anterior propietario de Wilsford había hecho restaurar la iglesia. Por consiguiente, esta magnífica puerta fué instalada en el pórtico de la casa de Normanton. Todavía tiene manchas de pintura, debidas quizás a algún uso que de ella hicieron los pintores de la casa durante los años que había estado encerrada.

Pero nótese que no fué resucitada como tal puerta hasta después de la guerra, es decir, mucho después de la visión o predicción de 1913. En aquel entonces no existía siquiera el pórtico y la casa no pertenecía a los

Glenconners. Lord Glenconner había adquirido la finca en septiembre de 1915.

Quizás convenga añadir que cuando se ejecutaron las reformas de la casa en 1919, los Glenconner no tenían la menor noticia de ninguna predicción, ni ésta acudió a nuestra memoria hasta mucho tiempo después. El pórtico y las otras reformas de menor importancia estaban terminados antes de que nosotros viéramos la casa o supiéramos nada de ella. El tejado fué levantado para instalar la biblioteca en un ático, en los comienzos de 1920.

Parece increíble pensar que todos los demás detalles mencionados en la predicción se ajustaran tan bien a aquella casa por pura casualidad. Todavía resulta más increíble que se hubiera podido prever la existencia de una puerta de iglesia en el pórtico de entrada de determinada casa antes de estar allí. Prefiero abstenerme de dar una explicación deficiente al episodio.

Respecto a los otros detalles de menor importancia, el cenador de cristal con mesas y sillas frente al lado sur de la casa, apenas puede tenerse en cuenta porque le instalé yo mismo junto a una pequeña estufa para las plantas, aunque puedo asegurar que lo hice sin pensar ni acordarme en lo más mínimo de ninguna indicación de esta naturaleza.

La predicción dice: «No hay dos habitaciones iguales.» Pues bien, las únicas habitaciones que se parecen algo son una salita y un gabinete situados ambos en el piso bajo, del lado sur. Ambas piezas vienen a tener las mismas dimensiones; pero tienen algunas diferencias. Una de ellas tiene dos puertas; la otra, sólo una. Una tiene el piso algo elevado, habiendo que subir un escalón, por lo que es más caliente que la otra. La chimenea de una es desusadamente grande. Están amuebladas de modo muy distinto. El aspecto alargado y bajo de la casa era más visible antes de que se levantara el techo para añadir un nuevo piso.

Del otro lado de la pradera hay dos graneros alargados que desde algunos puntos podrían tomarse como parte de la casa y que constituyen un detalle chocante. Cierto es que la casa no se encuentra en una altura: únicamente está algo elevada sobre el nivel de las praderas regadas por el río. El condado de Wiltshire es algo montuoso, pero sólo en el sentido de que contiene cerros o colinas. No es difícil subir a una altura de media milla y ver más baja esta casa en el valle del Avon por un lado y divisar por otro, hacia Stonchenge (dos millas más allá) una parte de la llanura más a nivel. Este es el único detalle que una crítica severa podría tachar de erróneo. Sin embargo, no estará de

más consignar que recientemente una poetisa norteamericana, después de una breve visita, envió un amistoso saludo «a la casa gris que se alza bajo las colinas de Wiltshire».

Mi amiga la vizcondesa Grey, a la que se ha aludido hasta ahora como lady Glenconner, me autoriza para mencionar su nombre en relación con este incidente y me ha proporcionado algunos datos adicionales. También ella ha perdido en la guerra a su hijo mayor, Eduardo Wyndham Tennant, sobre el cual ha escrito una Memoria (1), y que entre su familia recibe el cariñoso nombre de Bim, y sabido es que esta señora comunica de vez en cuando con su hijo por mediación de reputados *mediums*. Lady Glenconner me autoriza que diga que las coincidencias del incidente referido la sorprendieron en extremo cuando se las participamos después de haber entrado en posesión de la casa a causa de las notas que había tomado ella en unas sesiones celebradas meses antes con la Sra. Leonard, y que ahora parecían contener alusiones al asunto. Las notas que en dichas sesiones tomó contienen pasajes como el siguiente: «Vienen nuevas gentes; esto le alegra. No se trata precisamente de edificaciones, sino de

(1) Edward Wyndham Tennant, del cuarto Regimiento de Granaderos.

reformas... Están muy contentos con los vecinos.» En aquel entonces lord Glenconner se disponía a alquilar otra casa, estando ejecutándose la renovación total de la techumbre de varios grandes graneros, por lo que se supuso que el mensaje se refería a aquello, aunque la convicción era escasa. Posteriormente, según dice lady Grey, tanto para ella como para el padre de Bim, estas alusiones resultaron clarísimas a la luz de los hechos ulteriores.

En una sesión celebrada después cerca de Londres con la Sra. Leonard, Raimundo se mostró satisfecho de que hubiéramos encontrado la casa en que él había pensado, y manifestó sus esperanzas de que le sentaría bien a su madre y sería un éxito, como en efecto ha ocurrido.

OBSERVACIONES

Todo este episodio, por lo que a Raimundo se refiere, no es más que uno de los muchos casos en que éste ha demostrado conocer los hechos sucedidos, siendo de utilidad, y por lo que al episodio respecta, éste es harto sencillo y explicable. Pero cómo explicar la previsión de madame Vera, si es que fué tal previsión, en un momento en que no teníamos la menor idea de ale-

jarnos de la proximidad de una moderna ciudad estudiantil ni el menor propósito de instalarnos en el campo, y sobre todo cómo le fué posible prever los detalles de una casa que en aquel entonces se hallaba en otras manos y era utilizada como granja agrícola, es cosa que no acabo de comprender. No comprendo, en particular, la prevista existencia de cuadros antiguos en lo que para nosotros debería ser, naturalmente, una casa desamueblada, como así hubiera sido en efecto si lord Glenconner no hubiera colocado algunos muebles en la casa durante la guerra para hacérsela más atractiva a los oficiales a quienes se la alquiló. Ni tampoco puedo comprender en lo más mínimo la previsión de una puerta de iglesia que en 1913 no existía prácticamente—en la mente de nadie—y que se encontraba en una dependencia o caballeriza a media milla de distancia.

Lo más que puedo hacer es pensar en un posible «plan» del Más Allá para llevar a cabo estas cosas, pues como he dicho en otro lugar, la deducción del presente y el planeamiento del futuro son nuestros métodos normales de predicción en las cuestiones corrientes de la vida.

NOTA COMPLEMENTARIA

Hay un punto interesante que juzgo conveniente ampliar. Trátase de las alusiones anunciadoras de este episodio, que, como antes dije, fueron recibidas por lady Glenconner durante las sesiones que ésta celebró con la Sra. Leonard en mayo de 1919. Estas alusiones fueron tan anteriores a los hechos que en aquel entonces no pudieron ser interpretadas. Nosotros no habíamos visto la casa ni sabíamos nada de ella ni nadie se acordó de nosotros en relación con esto hasta aquel paseo que dí yo con lord Glenconner, que según mi diario, tuvo lugar el 12 de julio de 1919. Lady Grey me ha permitido ver el relato de la sesión que celebró con la Sra. Leonard el 1.° de mayo de 1919, de la cual ha seleccionado y copiado lo siguiente:

«Bim dice: ¿Sabe que ha encontrado algo que ha de hacer su padre en breve? Sí, lo ha encontrado. Será dentro de unas semanas. Da a entender a Feda que será a mediados del verano. Relacionado con L. Importante. Alguien llamado L. estará relacionado con ello. Un apellido y un hombre. Bim dice que estará muy relacionado con su padre para hacer eso.

»¿En qué sentido—pregunté yo (lady G.).

»De un modo absolutamente material, aunque no será sólo un negocio, sino algo feliz, algo más grande. Esto les agradará y les alegrará mucho a ustedes, pero habrá que esperar un poco.»

Y poco después:

«El edificio va a ser derribado en parte, dice Bim, sólo en parte. Esto le complace mucho. Algo relacionado con el tejado, dice, algo así como una reconstrucción. Dice que este acontecimiento tendrá mucha transcendencia para ustedes. Vecinos. Están contentísimos de que se haya arreglado esto.»

TERCERA CLASE.—PSICOMETRIA O DIAGNOSIS

Tenemos que explicar nuevos y obscuros hechos, y antes de atribuírlos confiadamente a causas psíquicas y transcendentales debemos recurrir a cuanto el cuerpo humano pueda discernir o descubrir... Cabe, pues, concebir que nuestra sensibilidad conocida constituya una especie de blanco—el punto en que las influencias externas e internas vienen a herir más a menudo nuestros centros sensoriales—, en torno al cual se dispersen probablemente todo género de sensaciones obscuras e indeterminadas.

F. W. H. MYERS: *La personalidad humana*, II, 269.

El ejemplo que he escogido para ilustrar la tercera clase de fenómenos, a saber, la psicometría o diagnosis de un objeto, es demasiado extenso para darlo en sus detalles, como no sea en los *Proceedings* de una Sociedad como la S. P. R., y he de contentarme con dar un resumen.

El experimento que dió lugar a este incidente fué llevado a cabo durante la primavera y el verano de 1901, el año siguiente a mi nombramiento de rector

de la Universidad de Birmingham, de suerte que había abandonado mi casa de Grove Park, en Liverpool, y había tomado otra en Edbaston. Así acaeció que el experimento fué dirigido por mi experto auxiliar de confianza en Liverpool, el Sr. Benjamín Davies, que durante muchos años me había ayudado eficazmente en numerosas investigaciones físicas (1). El *médium* que intervino fué la Sra. Thompson, que vivía en una calle apartada de Liverpool y cuya clientela estaba formada principalmente por gente modesta, a la que facilitaba sesiones y consejos. Yo tenía motivos para suponer que sus facultades eran auténticas, y, por consiguiente, el Sr. Davies celebró con ella algunas sesiones de prueba yendo solo y sin dar su nombre. Mi ayudante se las arregló para calmar sus temores respecto al objeto de su visita sin renunciar al anónimo, y en cuanto la mujer se convenció de que no era un policía ni un repórter le dió algunas sesiones notables, en las que entre otras cosas el Sr. Davies consigna unas once anticipaciones de pequeños sucesos que habían de sucederle pronto en la vida, siete de las cuales resultaron acertadas, en tanto que las otras cuatro no pudo

(1) Véase, por ejemplo, *Phil. Trans. Royal Society*, 1893 y 1897.

decir si serían erróneas. Sin embargo, no es ésta la cuestión. Baste saber que estas sesiones preliminares le convencieron de las facultades de la *médium.*

Ocurrió que el Sr. Davies tenía algunos amigos o conocimientos en la colonia galesa de Liverpool, entre ellos una familia que estaba afligida porque uno de sus miembros, al que llamaré David Williams, estaba paralítico. Este hombre tenía que permanecer desvalido en un sofá, no pudiendo hacer otra cosa que pasarse un trapo de una mano a otra. Parece ser que se trataba de un minero galés del Transvaal, que al estallar la guerra de los boers se escapó con otros mineros de Johannesburgo, tomó el barco y se vino a Inglaterra. Cayó más o menos enfermo en el viaje y poco a poco fué empeorando. Debía de haberle ocurrido algún accidente al subir de la mina en el ascensor atestado. El médico le había tratado como un caso difícil de entender, un caso curioso de parálisis.

Deseoso de ayudar a sus amigos, el Sr. Davies propuso presentar a la Sra. Thompson algún objeto perteneciente al enfermo. El hermano del paciente fué con él llevando consigo dos objetos, uno de los cuales era el trapo que aquél había manoseado tantas veces. El hermano no fué presentado a la *médium*, a la cual no se le dió ninguna información; pero cuando estuvo

dispuesta se le tendieron los objetos. La *médium* se dió cuenta inmediatamente de que se trataba de un caso grave y dió muestras de una circunspección excesiva. Sin embargo, como ellos tenían gran interés en dilucidar la cuestión la animaron preguntándola si habría habido algún accidente. Entonces ella dijo que sí, que el hombre había sufrido un accidente en un sitio hondo y obscuro, resultando oprimido el cráneo en un punto que la *médium* precisó señalando al occipucio del consultante (el Sr. Davies), y dijo que debería hacerse una operación. También localizó un coágulo de sangre junto al mismo sitio.

Nada de esto había sido diagnosticado por el médico, por lo cual juzgué aquélla una oportunidad excelente para hacer una prueba. Así, pues, le escribí a un cirujano eminente, el Sr. Robert Jones, ahora el conocido Sir Robert, que entonces practicaba en Liverpool, rogándole que hiciera el favor de visitar al paciente cuya indicación le indicaba y averiguara de qué se trataba, sin decirle nada, por supuesto, sobre el diagnóstico profano sugerido por la *médium*. Aunque estaba muy atareado, accedió a hacerlo y encontró una lesión en el cráneo, en el mismo sitio que había sido especificado, cosa que él ignoraba, y después de otra visita se decidió a hacer una operación.

Un diagrama mostraría el alojamiento de la herida especificado desde lejos por la *médium*, así como el punto contiguo en que tuvo lugar la trepanación y la posición del supuesto coágulo de sangre. Pero al realizarse la operación el cirujano no encontró ningún coágulo, aunque al ser consultado sobre ello dijo que nada se oponía a la idea de que hubiera habido allí un coágulo que hubiese sido absorbido.

El paciente se restableció en parte por algún tiempo y pudo dar algunos detalles de su accidente. Ahora se cree que se asomó sobre el borde del ascensor y tropezó con la cabeza en algún saliente de hierro cuando abandonó la mina de Johannesburgo el día que los mineros huyeron presurosamente al estallar la guerra. He aquí el informe quirúrgico:

«30 de mayo de 1902.

He operado a David Williams haciéndole una abertura donde me había parecido observar una depresión del cráneo. He observado cierto endurecimiento y abultamiento del hueso interesado, así como alguna adherencia al mismo de la duramáter. Si había existido algún coágulo de sangre fué absorbido totalmente, aunque el aspecto de la duramáter no demuestra la suposición de su existencia. Al abrir la duramáter se ob-

servó que la piamáter de debajo parecía en estado normal y la pulsación del cerebro era pronunciada, desmintiendo toda idea de una presión intracraneal. El enfermo estaba muy mal cuando le operé y la operación no pareció modificar gran cosa su estado. Hace dos o tres semanas que no le he visto; pero cuando regrese de Francia, hacia el 11 de junio, iré a ver cómo se encuentra. De usted afmo.,

ROBERT JONES.»
(*Firmado.*)

«P. D.—Me olvidaba hacer constar que indudablemente había una lesión en el cráneo. Algo más adelante acaso me decida a extraer un trozo mayor de hueso.»

Muchos casos análogos de diagnosis mediumnímica pueden hallarse en el libro del Dr. Eugenio Osty, titulado *La facultad de conocimiento supranormal.*

CUARTA CLASE.—CONVERSACIONES

EJEMPLOS DE CONVERSACIONES RECIENTES SOBRE LA EXISTENCIA POST-MORTEM Y UNA PEQUEÑA PRUEBA DE IDENTIDAD

> **Cuando la muerte ataca al hombre, puede suponerse que muere su parte material; pero la parte inmortal se retira a la proximidad de la muerte, conservándose sana y salva... Es indiscutible que el alma es inmortal e imperecedera, y que nuestras almas existirán efectivamente en otro mundo.**
>
> **PHAEDO.**

Introducción

El cuarto episodio que me propongo consignar es de distinta índole. Ilustra simplemente una de mis conversaciones con Raimundo acerca de los que se hallan en el Más Allá y sobre su estado *post-mortem*, refiriéndose la presente a la ayuda que a veces pueden prestarnos, o mejor dicho, a la ayuda que podemos prestarnos mutuamente.

Estas conversaciones suelen tener lugar con la colaboración y ayuda de un hombre al que yo considero como un viejo amigo, F. W. H. Myers, del cual aprende Raimundo muchas cosas y con el que colabora a modo de auxiliar, interviniendo a veces el mismo Myers para explicar o ampliar las cosas. Más adelante transcribo el extracto de una conversación, pero antes son precisas algunas explicaciones.

Yo sabía que Myers se había interesado en vida por la idea de la ayuda y la comunión mutuas a través del velo o del abismo, y que una o dos veces había aludido al final del cap. 11 de la *Epístola a los Hebreos*, que dice «para que ellos no fuesen perfeccionados sin nosotros», frase que a veces citaba según la traducción latina de la Vulgata. Así, pues, en una ocasión en que parecía encajar en la conversación sostenida, juzgué oportuno citarle esto a Myers para ver lo que decía. Feda servía de intermediario y por medio de ella no es fácil obtener algo complicado o expuesto en algún idioma extranjero. Reproduce los sonidos lo mejor que puede. Pero es probable que todo cuanto yo digo lo puede oír Myers. Le pregunté si me escuchaba y luego dije a propósito de la reciente conversación: «*Ut non sine nobis consummarentur*.» (Creo que, según una versión, debí decir *ne* en lugar de *non*.) Entonces me contestaron que Myers

asentía con la cabeza, como dando a entender que comprendía, y contestando luego algunas palabras que Feda no supo transmitir, de modo que lo único que entendí de lo que dijo fué algo así como: «*Rebus in ora*» (véase más adelante). Myers dijo: «No es precisamente eso»; pero lo dejó pasar pensando, al parecer, que yo lo entendería a su debido tiempo.

Una o dos semanas después, leyendo el relato escrito a máquina, se me ocurrió que acaso se refiriera al contexto del pasaje de la *Epístola a los Hebreos*. No recordaba este contexto, pero lo miré. Las palabras inmediatamente anteriores a la frase en cuestión dicen: «Habiendo dispuesto Dios alguna cosa mejor a favor nuestro», y luego viene lo de «para que ellos no fuesen perfeccionados sin nosotros».

Entonces le escribí a mi amigo el Dr. Rendall, ex director de Charterhouse, preguntándole si había algo en la Vulgata que elucidara la frase de Myers, deficientemente transmitida por Feda. El Dr. Rendall me sugirió las palabras *nobis meliora*, que a su juicio podrían ser muy bien las que recordara Myers al pronto como esencia del contexto, a saber, «mejores cosas a favor nuestro», pues aunque la versión auténtica lo tiene en singular, *melius aliquid*, lo mismo dice en plural. En general me inclino a creer que esta suge-

rencia es acertada. No pretendo exagerarla ni basar nada en ella, sino sólo utilizarla como ejemplo de las frecuentes respuestas de Myers. Es muy probable que éste demostrara así haber entendido la frase latina, que aunque muy sencilla estoy segura de que era ininteligible para Feda y para Raimundo e igualmente, por supuesto, para la Sra. Leonard, que se hallaba en trance.

Para conducir a este episodio relativamente poco importante, transcribiré ahora una parte de la conversación pertinente, aprovechando la coyuntura para demostrar el hecho de que nuestras charlas con el Más Allá no se limitan a cosas domésticas y triviales, sino que afectan a veces a temas más altos o más generales. De vez en cuando añado un comentario entre paréntesis; pero en lo demás el texto del relato es tal como fué escrito por mí, con alguna dificultad, durante la sesión.

Feda es el control de la Sra. Leonard, y aunque menos pueril de lo que solía serlo, es aún muy alegre y a veces irresponsable. No es nada fácil transmitir noticias serias por su mediación. Esto explica que Myers prefiera habitualmente el método más rudimentario, pero más exacto, del velador; método que a veces hemos empleado incluso con la Sra. Leonard. Feda llama

a Myers «Sr. Fred». Raimundo le llama a veces cariñosamente «Tío Fred»; pero casi siempre (en particular al principio), «Sr. Myers».

Extracto del relato de la sesión celebrada con la señora Leonard el 16 de septiembre de 1927.

Se sobreentiende que Feda está hablando, *transmitiendo* lo que le dicen en el Más Allá, haciéndolo casi siempre en primera persona y dejando intervenir de vez en cuando a algún otro control para que pronuncie unas sentencias. Después de hablar algo sobre proyectos dijo que, según el Sr. Myers, un próximo libro mío contendría «algunos experimentos psíquicos... no sólo antiguos, sino también nuevos».

O. J. L.—Sí; pienso publicar algunas de las conversaciones con él y con Raimundo.

Sí; no sólo con fines demostrativos, sino también de interés general.

O. J. L.—Eso es lo que pienso hacer.

Ha dado usted muchas pruebas y muchos se dan por satisfechos. Ahora quieren saber lo que pensamos, lo que hacemos, cómo dirigimos nuestras vidas, qué pensamos de las cosas que a ustedes les interesan, etc. Al menos ésa es la idea que nosotros tenemos del libro...

Raimundo dice que mucha gente pregunta si no decimos nada interesante. Dicen que si siempre nos limitamos a decir: «Encontraréis una fotografía en el tercer cajón de una mesa que nunca habéis visto.» (Aquí Feda intercaló: «¡Así es como lo dice! ¡Qué malo es!») Ya están hartos de cofres desconocidos y de fotografías. Ahora quieren conocer nuestras ideas y nuestra vida, y hasta qué punto podemos ayudar a los que viven en la tierra.

O. J. L.—No nos decís mucho.

No hay tiempo.

O. J. L.—Es verdad. Quisiera poder celebrar más sesiones (sólo he celebrado unas dos o tres al año con la Sra. Leonard).

Hay una cosa sobre la que quiero insistir y es en qué medida y hasta qué punto nos está permitido ayudar a los que viven en la tierra. Nos está permitido ayudar de cualquier modo que no se oponga al libre albedrío.

Si le vemos proyectar o pretender hacer algo malo no nos está permitido tirarle por las escaleras para que se rompa una pierna y no pueda hacerlo. Eso sería oponernos a su libre albedrío.

No nos está permitido hipnotizarles para hacerles mudar de parecer; pero sí sugerirles ciertas cosas y

presentarles ciertas condiciones con la esperanza de que muden de opinión, pero sin poder obligarles.

El único fin de la vida es el perfeccionamiento: no es más que eso, es bien sencillo. La gente pregunta: «¿Por qué esto? ¿Por qué aquello?» El objeto de la vida es el perfeccionamiento. Y el libre albedrío es la maravillosa fuerza que le permite al hombre distinguir el acierto del error. Nosotros no podemos elegir por él. Por eso no nos gusta coaccionarles ni decir a la gente en las sesiones lo que deben hacer o no.

O. J. L.—Sí; pero a veces ustedes están mejor informados que nosotros y pueden prever el futuro.

Sí; sí. Pero constantemente les conducimos por el camino acertado sin coaccionarlos, y una vez que ustedes se deciden nos está permitido ayudarles por todos los medios posibles.

... ...

También quieren que se les dé una idea clara, no extensa, sino concisa, de lo que nos rodea. Dice Raimundo que esto no nos llevaría mucho tiempo.

Ahora voy a decir algo en una o dos palabras. (Se refiere, evidentemente, a algo que yo había sugerido de un modo hipotético en una sesión anterior respecto al posible modo de explicar su apreciación, muy simi-

lar, al parecer, de los árboles y otros objetos que se dice existen en el Más Allá):

Usted ha pensado que nuestro mundo es probablemente igual que el vuestro, mirado desde otro lado: otra visión de él.

O. J. L.—Sí. ¿Es así?

Nuestro mundo es muy distinto del vuestro en algunos respectos. Es para nosotros muy difícil considerarle desde ese punto de vista; pero coincido con usted en un punto que parece implicar su teoría, y es que todo lo que es necesario para el hombre, todo lo que el hombre hace suyo en cierto sentido, tiene un duplicado etéreo. Este duplicado etéreo es lo que nosotros vemos.

Tomemos como ejemplo una silla. (En la Tate Gallery hay un cuadro de Vicente van Gogh representando una silla ideal que había llamado mi atención. No sé si explicará esto la elección de un objeto tan insignificante al parecer. Tampoco importa mucho para el caso.)

Es posible que la silla que usted ve en su casa, la silla material, y la que nosotros vemos, que es su silla en nuestro plano, la silla etérea, sean en realidad la misma cosa. Sin embargo, la silla etérea parece hallarse con nosotros.

Habrá usted oído hablar de comunicantes que se han quedado sorprendidos de encontrar aquí la mesa, la silla o el cuadro que a ellos les gustaban. Es que parece la misma cosa vista desde otro lado.

O. J. L.—¿De acuerdo?

Padre, en ese punto me resulta muy difícil decirle si tiene o no razón porque el tiempo y el espacio no tienen sentido para nosotros comparado con el que tienen para ustedes; pero hay muchas cosas que vienen a demostrar que tiene usted razón.

Lo que sugiere el tío Fred es que las condiciones mentales, el diferente desarrollo intelectual, el punto de vista diferente, pueden crear la ilusión de la distancia o el espacio.

Así es la verdad, dice, y en todos los sentidos esto es lo que crea la distancia. Al principio siempre me parecía que viajaba. A lo primero de venir aquí me parecía que tenía que salvar una distancia para encontrarles a ustedes. Sentía como si fuera de nuestro lugar al lugar en que ustedes estaban.

Ahora habla el Sr. Fred (a Raimundo) y dice:

Sí, joven; eso es muy exacto. Pero ¿no ve usted que era el punto de vista lo que creaba la distancia? Ahora la distancia ya no le parece tan grande, ya no la advierte.

A lo primero de venir le sorprendió el hecho de que nacía y volvía a vivir en un nuevo estado. Este nuevo estado se le apareció en la mente como un lugar separado de aquel de donde venía. Así, cuando pensaba usted en la casa de su padre, la consideraba como un lugar esencialmente distinto. Tenía usted que superar el sentido de la distancia.

La razón de que ahora no note la distancia consiste en que ha franqueado con mucha frecuencia el ilusorio abismo.

Raimundo dice: Sí. Padre, debe ser así; pero yo no puedo verlo como el tío Fred ni decir que no hay distancia de su mundo al nuestro. Pero el Sr. Fred cree que no la hay.

Raimundo dice: Tal vez más adelante pueda verlo y sentirlo yo lo mismo que él. Bueno. No me daba cuenta de que es una impertinencia decir que no es así; pero es que yo no lo veo de ese modo.

O. J. L.—Raimundo, voy a hacerte una pregunta. Suponte que estás contemplando el aspecto etéreo de un objeto y que yo cojo un hacha y lo hago pedazos: ¿qué le ocurrirá a lo que tú estás viendo?

Padre, dependería mucho—esto es sumamente importante—de su actitud de espíritu cuando lo destruyera.

Luego pasó a decir que si se trataba de una cosa que a uno le gustaba, la forma etérea podría subsistir; pero que si era destruída por aversión o cólera, «se sumergería o desaparecería en lo general, en el éter general, en el éter informe, en el éter que aun no se ha moldeado, que aun no ha recibido la vida.» Se puede moldear el cuerpo etéreo de una cosa—de un piano, un reloj, una mesa—amándola y gustando de su compañía. Así se le imprime una especie de vida etérea, se proporciona el molde, el molde mental que le da forma etérea.

Vuestra idea de una cosa proporciona una especie de molde según el cual se moldea el éter y recibe una forma.

O. J. L.—¿Una especie de materialización contrapuesta?

Algo parecido.

O. J. L.—¿Quieres decir que no veis las cosas materiales a no ser que pensemos en ellas?

Padre, nosotros no vemos las cosas materiales. Cuando decimos que está usted haciendo esto o aquello lo sabemos por sus pensamientos. Podemos acompañarle al teatro y regocijarnos con usted. Pero si usted se aburriera y no mirara al escenario, nosotros sacaríamos una idea bien pobre de la función. A no ser, cla-

ro está, que utilizáramos la fuerza y el pensamiento de algún vecino suyo.

O. J. L.—¿Entonces veis nuestras cosas con nuestros ojos?

Sí. Podemos hacerlo. Pero debo dar una explicación. ¿Puede usted comprender que no sólo vemos las cosas por medio de ustedes, sino a causa de ustedes? (Al parecer, como el mediumnismo.—O. J. L.) Es difícil explicarse por medio de Feda. (Ya sabe usted que una parte de ustedes puede ver sin que sus ojos registren lo que ven.)

Ver sin ver. Una parte de ustedes tiene que registrar las cosas, pero la otra no. Algunas cosas sólo rozan la mente consciente para pasar al subconsciente. No dejan en ella ninguna impresión. Pero nosotros podemos utilizar su impresión subconsciente de las cosas.

O. J. L.—Asimismo creo yo que nosotros vemos las cosas espirituales por medio y a través de vosotros.

Justamente, padre, justamente. Es la misma función. Cuando ustedes viven conscientemente en contacto con nosotros y con nuestras vidas, pueden utilizar ciertas fuentes de sabiduría que pertenecen a nuestro plano. Usted quiere decir eso, quiere decir que tratan de emplear la vista y el oído de nuestro plano lo mis-

mo que hacemos nosotros con los suyos. Cuanto más lo consigan más altos se elevarán.

El Sr. Fred dice que eso equivale a descubrir a Dios por medio de nosotros. No quiero decir que no deban hallarle ustedes directamente, sino que el medio más directo de hallarle es quizás utilizarnos a nosotros.

¿Pueden conseguir ustedes directamente algo? Entre ustedes y su objetivo existe siempre una serie de eslabones.

Si es Dios su objetivo, pueden alcanzarle por mediación nuestra. Este es, a mi juicio, uno de los mejores medios de alcanzarle.

Raimundo dice: Creo que cuanto más utilicen ustedes en la tierra la función de la vista y el oído mejor podremos nosotros ver en su plano. Cuanto más extiendan la esfera de su alcance, más podremos extender nosotros la nuestra.

O. J. L.—Oye, Raimundo, voy a decir algo, a modo de comentario, que Feda no entenderá ni tú tampoco; pero sí el Sr. Fred, si nos está escuchando. ¿Nos oye?

Sí, sí.

O. J. L.—Muy bien, es esto: *ut non sine nobis consummarentur*.

Está de acuerdo y dice palabras graciosas: *rebus in, rebus in tore tory, in ora hora, inora, rebus* en algo *ora.*

Menea la cabeza y dice que no es precisamente eso. Cree que es importante que las dos vidas, la física y la psíquica, se fundan más, mucho más conscientemente, lo cual aumentaría en cierto sentido la vida etérea en el plano físico.

¿Sabe usted, Lodge? Es verdaderamente conveniente aumentar lo que nosotros llamamos la vida etérea en la tierra. Cuanto más aumentemos, ahondemos, definamos, ampliemos y valoremos la vida etérea en la tierra, incluso la vida etérea de una silla o una mesa, lo mismo que la de nuestro cuerpo etéreo, menos sumergidos nos veremos en el marasmo animal y físico. Tan hundidos hemos estado en el aspecto puramente animal y físico de la vida (que) hemos descuidado el etéreo. Cuando comprendamos el valor etéreo de las cosas no seremos ya dominados y dirigidos por consideraciones materiales como el dinero. Creo que al comprender el éter dejaremos un legado saludable a la generación que nos suceda.

O. J. L.—Myers, la belleza física no es un marasmo.

No, no. A medida que se comprenda mejor el éter se podrá apreciar mejor aún lo físico y lo material—sus cuerpos, su belleza, todo lo físico—; pero no se hundirán ustedes en ello ni por ello serán vencidos, sino que lo verán en su justo valor. El aspecto transitorio

de la vida puede ser muy bello, independientemente de cómo se comprenda el éter. No es menester que desee usted perder a uno de sus hijos en el sentido material. ¿Por qué? Pero cuando usted ve el lado etéreo de su hijo o de cualquiera, empieza a mejorar el tipo de vida terrestre. Nunca debemos menospreciar lo material: debemos embellecerlo todo lo posible y apreciarlo cuanto podamos.

La conversación derivó luego hacia otras cosas y terminó en seguida.

Innecesario es decir que yo considero estas conversaciones como divagaciones entre amigos, ninguno de los cuales es infalible, aunque unos puedan estar mejor enterados que otros. No deben considerarse como oráculos; pero frecuentemente son sugestivas. Debe combatirse toda tendencia a poner excesiva fe en las cosas averiguadas de otro modo que por la propia experiencia. Lo que semejante inclinación tiene de insensato puede ilustrarse con algunos ejemplos antiguos.

QUINTA CLASE.—REMEMBRANZA DE ALGUNOS CASOS ANTIGUOS DE PREDICCION ORACULAR

Concluiré estos ejemplos ilustrativos de fenómenos mentales no ortodoxos recordando a los lectores algunos casos antiguos muy conocidos de la práctica de la adivinación, y, en particular, un caso demostrativo excelente, cuyo autor, además de conseguir la prosperidad terrena, se había asimilado parte de la sabiduría de Solón. Lo llamaré

Un ensayo primitivo de investigación psíquica.

A veces se dice que la ciencia psíquica es muy antigua. Esto no es cierto; pero los fenómenos psíquicos son tan antiguos como la humanidad. La ciencia en sí es relativamente joven, y la investigación psíquica es más joven aún. Sin embargo, no era totalmente desconocida para los antiguos. El rey Saúl hizo un experimento acudiendo anónimamente a un *médium*, aun-

que el mensaje que recibió distara mucho de ser tranquilizador. El *médium* era una persona bondadosa, que atendía a sus necesidades corporales insistiendo en lo referente a la comida, aunque estaba algo asustada, primero, por infringir la ley recién promulgada, y segundo, por recibir una manifestación más vigorosa de lo que se esperaba.

Entre los reyes hebreos hay numerosos ejemplos de consultas a videntes o *mediums* (Gad, Ildo y otros), y frecuentemente éstos parecen haberles dado consejos sensatos (1). También en los tiempos clásicos se recurrió muchas veces a las prácticas ocultas. El notable experimento realizado por Creso, rey de una parte inmensa del Asia Menor, para comprobar el valor de algunos oráculos antes de consultarlos en serio, estaba francamente a la altura de la S. P. R.—suponiendo que el relato de Herodoto sea exacto—, por lo que lo copio a continuación, utilizando una cita de un número viejo de ***Light***.

Creso envió mensajeros a seis oráculos distintos, probablemente los mejores y más famosos de su tiempo.

(1) Véase, por ejemplo: 1 Samuel, xxx, 7-8; 2 Samuel, v, 23-24; vii, 4; xxi, 1; xxiv, 11; 1, Reyes, iii, 5; 1 Cron., xvii, 3; xxi, 9; xxix, 29; 2 Cron., xviii, 14; xxix, 25; xxxiii, 18; xxxv, 15; Isaías, xxx, 10.

Estos oráculos se hallaban diseminados por toda la extensión del mundo conocido, desde la Grecia septentrional hasta la distante Libia.

Los mensajeros fueron enviados «por diferentes caminos, siendo el propósito de Creso poner a prueba lo que dijeran los oráculos, con el fin de que si adivinaban la verdad pudiera enviar otra vez a preguntar si debería aventurarse a hacer la guerra a los persas. Los envió a comprobar los oráculos con la orden de que, calculando los días desde su salida de Sardis (su capital), consultaran a los oráculos el centésimo día respecto a lo que estaba haciendo entonces Creso, rey de los lidios, debiendo llevarle escrita la respuesta de cada oráculo».

Herodoto nos dice que no conoce las seis respuestas, sino únicamente la pronunciada en Delfos por la Pitia, una *médium* de trance del famoso oráculo de Delfos, paraje que hoy es conocido de muchos soldados ingleses. Añade, sin embargo, que hubo otro oráculo que le dejó complacido a Creso, y fué el de Anfiaraus (situada en Oropus, punto del Atica). Pero la respuesta de Delfos fué preferida, debido quizás a su precisión. Esta respuesta del oráculo délfico llegó a hacerse famosa, y Herodoto la transcribe, según fué emitida, en versos exámetros. Su equivalencia viene a ser:

Conozco el número de las arenas y la dimensión de los
Entiendo al mudo y oigo al que no habla. [mares.
El sabor de la acorazada tortuga cocida en bronce con la
[carne del cordero embriaga mis sentidos.
Bronce se le pone encima y bronce debajo.

La prueba ideada por Creso había sido minuciosamente estudiada, tomándose precauciones especiales, pues habíaseles dicho a los mensajeros que hicieran su pregunta el día centésimo a contar desde la fecha de su partida, y era la misma pregunta para todos. La pregunta era: *¿Qué estaba haciendo Creso en aquel momento*? Es evidente que este plan, de ser puesto en práctica debidamente, hacía imposible toda colusión o sondeo por parte del oráculo de la mente de los mensajeros. Los mismos mensajeros no sabían nada: no podía haber, pues, «lectura del pensamiento». Seguramente ni el mismo Creso sabría lo que iba a hacer, y, estando verdaderamente interesado en el asunto, sería lo bastante sensato para no decidirlo hasta el último momento. «Pensó en lo que sería imposible descubrir o conjeturar, y el día señalado despedazó una tortuga y un cordero y los coció juntos en un caldero de bronce, cubriendo éste con una tapadera del mismo metal.»

Las consecuencias que se siguieron, como todo el

mundo sabe, no fueron tan afortunadas, pues esta vez Creso se fió imprudentemente del oráculo. Envió otra pregunta relativa a su proyectada invasión de Persia, recibió una respuesta susceptible de dos interpretaciones y se guió por la errónea, con desastrosos resultados, si bien a lo último su vencedor, Ciro, oyéndole pronunciar al ir a ser ejecutado la sabia máxima de Solón («No llaméis feliz a un hombre hasta que ha muerto»), le perdonó magnánimamente la vida.

CAPITULO V

MÉTODOS DE COMUNICACIÓN O IDEAS SOBRE EL MEDIUMNISMO

> Parece necesario insistir... en que la conformidad con las conclusiones del «sentido común», y aun de la filosofía escolástica, no basta para declarar absurda o insostenible una hipótesis.
>
> MC. DOUGALL: *Cuerpo y espíritu*, pág. 363.

> Actualmente estamos presenciando cómo el misterio central de la vida humana se despliega bajo nuevas condiciones, dejándose observar más de cerca que nunca. Vemos a una mente utilizar un cerebro. El cerebro humano es en último término una combinación de materia expresamente adaptada para su utilización por un espíritu; pero en tanto que el espíritu acostumbrado actúa sobre ella, el funcionamiento suele ser demasiado regular para permitirnos percibir un destello del mecanismo. *Ahora*, sin embargo, podemos ver cómo un espíritu desusado, nuevo para el instrumento, se instala y siente a su modo.
>
> F. W. H. MYERS: *La personalidad humana*, II, 254.

Una de las causas de que a la gente le cueste trabajo admitir las afirmaciones relativas al mediumnismo o

aceptar la autenticidad de comunicaciones recibidas de personas difuntas con la intervención de los *mediums* estriba en que no puede formarse una imagen mental del procedimiento, por lo que le parece extraño e imposible. Sin embargo, los testimonios en favor de la realidad del fenómeno son harto suficientes, y su volumen aumenta sin cesar, y las personas que se han sometido al experimento encuentran el hecho muy sencillo y natural.

No se necesita nada más que la costumbre para habituarnos poco a poco a la comunicación con los muertos, como ya nos hemos acostumbrado a la conversación corriente con los amigos vivos, pues si analizamos el proceso de la conversación ordinaria descubriremos detalles casi tan desconcertantes como los que se puedan encontrar en la llamada literatura espiritista.

Para aclarar bien esto voy a pedir a mis lectores, o, mejor dicho, a aquellos que encuentren alguna dificultad a este respecto, que presten un poco de atención a la naturaleza de nuestras actividades normales en la vida terrenal, sobre todo por lo que respecta a esa parte familiar de nuestra actividad que regula el intercambio de la inteligencia y la emoción.

Consideremos, pues, lo que todos sabemos ya segu-

ramente, pero que rara vez se tiene en cuenta, o sea nuestros métodos corrientes de comunicación.

Sobre los métodos de comunicación en general.

La experiencia común de toda la humanidad es que cada individuo está formado de mente y cuerpo: una mente para comprender y planear, y un cuerpo para recibir estímulos y ejecutar propósitos. También sabemos que por medio de nuestro cuerpo obramos sobre el universo material circundante y que nuestros pensamientos y deseos son estériles e impotentes a no ser que se ponga en movimiento alguna parte del cuerpo.

Nuestra actividad corporal consciente consiste en la contracción muscular y a ella se reduce, y el resultado de esta contracción es mover primeramente nuestros propios miembros y después los fragmentos de materia terrestre que entran en contacto directo o indirecto con ellos y no son demasiado macizos o excesivamente fijos.

El movimiento de la materia—bien de la totalidad o de una parte de un objeto material—es lo que nosotros podemos ejecutar, y no otra cosa podemos hacer en el dominio de lo físico. Si movemos solamente

una parte de un cuerpo sólido lo sometemos a una tensión, que puede ser elástica y precisar la continuidad del esfuerzo para su retención o puede ser de carácter plástico y originar un movimiento permanente. Si ponemos en movimiento un trozo aislado de materia este movimiento proseguirá merced a sus mismas propiedades hasta que una resistencia le detenga. Todo cuanto hacemos en el plano físico puede resumirse como el movimiento (y por tanto la redistribución) de la materia.

Todo otro efecto que resulte del movimiento—sea la tensión de un muelle, o el incendio de un edificio, o la producción de un sonido, o la generación de una corriente eléctrica, o la germinación de una semilla—es un resultado de las propiedades inherentes a la materia y sobre las cuales no ejercemos ningún control. Podemos planear y preparar un suceso; pero únicamente podemos llevar a cabo nuestro propósito reuniendo las partículas de materia apropiadas para que sus propiedades actúen en el sentido deseado. El logro final del resultado no cae en modo alguno dentro de nuestras facultades de ejecución directa.

Nuestro poder sobre el mundo físico se reduce a iniciar o regular los movimientos. Utilizando la energía que de otro modo se desperdiciaría podemos condu-

cirla por los conductos deseados, y gracias a esta facultad de dirección física podemos obtener una sorprendente variedad de efectos. Sin embargo, en un principio nos vemos reducidos a la acción muscular.

En el aspecto receptivo no nos hallamos tan limitados, pues estamos dotados de ciertos órganos sensoriales con los que podemos apreciar las funciones físicas que conocemos por el nombre de «sonido», «luz» y «calor», así como aprehender los estímulos simples del movimiento y de la fuerza. Por medio de los músculos y de la superficie general de la piel podemos recibir impresiones; pero también las percibimos por mediación de los órganos especiales de los sentidos. Cualquiera de las funciones físicas antes mencionadas puede ser utilizada con destino a la comunicación elemental. Lo único que tenemos que hacer es obrar sobre la materia de modo que se produzcan variaciones o fluctuaciones en la intensidad de esos actos, pues como es sabido nuestros sentidos no responden a nada que sea siempre uniforme: sólo perciben el cambio. Así, podemos expresarnos mediante variaciones del sonido, la luz o la temperatura, así como por medio de cambios en el movimiento y la presión, aun cuando el método térmico no sea em-

pleado nunca, por lo que sabemos, a no ser por alguno que otro nigromante.

Es muy posible que algunos de nosotros sean sensibles a un mero pensamiento; pero este método de comunicación no ha sido aceptado todavía y para todos los fines prácticos podemos asegurar concretamente que si deseamos entendernos con nuestros semejantes de un modo claro e inteligible hemos de hacerlo con intervención de algún procedimiento físico. Tenemos que hacer algo más que pensar las ideas que queremos transmitir: tenemos que expresarlas de palabra o por escrito y a tal fin hemos de utilizar un mecanismo cerebral y nervioso para mover determinados músculos de un modo concreto y deseado. En otras palabras, tenemos que controlar un mecanismo corporal para que imprima signos convencionales en un trozo de papel o haga vibrar el aire de un modo preestablecido llamado lenguaje, eligiéndose el lenguaje más apropiado al mobiliario mental de los oyentes en la medida en que el orador domine los numerosos códigos convencionales.

A tal punto hemos llegado a acostumbrarnos a este método oral o escrito de comunicación que no sólo nos parece natural, sino hasta inevitable. En realidad, sin embargo, no es un procedimiento muy sencillo, y

cuanto más se analiza más sorprendente parece. El pensamiento o la emoción, para ser transmitidos, tienen que adoptar la forma de una vibración aérea o etérea (aérea si se emplean los medios acústicos, como en el discurso o la música, y etérea si se emplea un método óptico, como en la escritura o la pintura). Y puede haber aún otros intermediarios, tales como la pulsación eléctrica, como cuando se utiliza un hilo telegráfico como parte del mecanismo transmisor. Todo el carácter de la operación es singularmente mecánico; pero nótese que en todo caso el procedimiento físico ha de ser interpretado mentalmente antes de consumarse, pues de no ser así, el esfuerzo oratorio o de la índole que sea se desperdicia, produciendo simplemente un mínimum de plus de calor.

La capacidad perceptiva de los oyentes o lectores potenciales depende, en primer término, de su conformidad para permitir que los estímulos físicos actúen sobre sus órganos sensoriales; en segundo lugar, de su conocimiento de la clave, y en tercer lugar, de sus propias facultades de comprensión e interpretación. Estas tres condiciones son esenciales para que un estímulo físico pueda convertirse en una idea. En tanto que por parte del transmisor el procedimiento comunicativo consiste en manejar y dirigir el organismo cor-

poral de que se halla dotado con el fin de representar sus procesos mentales en la forma física necesaria. Lo familiar de la operación no debe impedirnos ver lo que tiene de notable y de maravilloso. Cuando se considera lo que son en realidad el discurso, la escritura y la producción artística — considerados únicamente desde el punto de vista de su naturaleza física—no parece poco extraño que puedan transmitirse las ideas y las emociones de semejante manera.

Indudablemente este sistema debe considerarse ante todo como de carácter mental, pues una vez dadas la clave admitida y la inteligencia necesaria casi podrá servirnos cualquier instrumento como vehículo de comunicación. Un diafragma de teléfono, por ejemplo —que es un disco delgado de hierro—, puede recoger y reproducir (de modo bien sorprendente) la complejidad de todas las vibraciones necesarias para el lenguaje articulado o la ejecución musical. Las notas de todos los instrumentos quedan reproducidas. Una simple palanca que sube y baja con tediosa monotonía le habla al telegrafista con segura voz. Una bandera enarbolada en la mano o las oscilaciones de un reflector en el cielo pueden transmitir órdenes o noticias de gran transcendencia. Una línea sinuosa trazada en una tira de papel por un aparato de cristal que deja un rastro

de tinta según pasa el papel por debajo, es el método que se utiliza para recibir la inteligencia por cable desde los confines de la Tierra. Sin embargo, al profano en la materia esa línea ha de resultarle tan ininteligible como a un salvaje. El misterio que al principio atribuyó el vulgo a la radiotelegrafía es una demostración de que la mayoría de la gente propende a considerar extraños y misteriosos los métodos de comunicación siempre y cuando que éstos sean puestos en práctica según un método al que no se está habituado. Igualmente misterioso es, en realidad, el sistema de la telegrafía de banderas, sólo que en este caso nos hemos acostumbrado al instrumento receptor (el ojo) sin comprender gran cosa, sin embargo, de su modo de acción. Aun no conoce nadie a ciencia cierta la causa de la sensibilidad de la retina a los estremecimientos etéreos.

Dadas dos mentes de conocimientos comunes e instruídas en la facultad transmisora y receptora—pues ésta no la da la naturaleza, como lo atestigua la experiencia de los asilos de sordomudos—, vemos que casi cualquier instrumento puede sevir para que se comuniquen entre sí. Lo esencial es que se ponga en práctica *un* sistema físico, que se produzca algún movimiento en el mundo de la materia. La actuación a tra-

vés del mundo material parece indispensable, al menos en tanto que tenemos cerebro, aun cuando el hecho de que la mente pueda actuar sobre la materia sea en extremo desconcertante. Cómo se franquea la sima existente entre lo mental y lo físico; por qué medios un pensamiento de la mente puede gobernar un organismo material; cómo nuestra voluntad o nuestra idea puede desviar o modificar el movimiento de la más mínima parte de materia, sea el dedo meñique o una célula cerebral, todo esto sigue ignorándose hasta ahora en absoluto. Tampoco tenemos asimismo ninguna teoría que explique cómo la interpretación de un estímulo pasa a convertirse en impresiones mentales.

Algunos filósofos nos dicen que nuestra incomprensión respecto a la índole de la conexión entre causa y efecto en este caso de la interacción entre lo psíquico y lo físico no tiene nada de particular: aquí advertimos la dificultad mejor que en los casos corrientes; pero existe en todos y el error estriba en no percibir la dificultad siempre.

Así lo dice al menos Lotze, aunque yo no estoy del todo conforme con él. He aquí sus palabras:

«La raíz de este error consiste siempre en que creemos poseer un conocimiento de la naturaleza de la ac-

ción de una cosa sobre otra que no sólo no poseemos, sino que es en sí imposible, y así consideramos la relación entre la materia y el alma como un caso excepcional y nos asombramos de hallarnos exentos de todo conocimiento de la naturaleza de su interacción.

»Fácil es demostrar que en la interacción de cuerpo y alma no hay un enigma mayor que en cualquier otro caso de causación, y que sólo la falsa presunción de que comprendemos algo un caso provoca nuestro asombro al ver que no entendemos nada del otro.» (Citado en el libro de Mc. Dougall, *Cuerpo y espíritu*, página 207.)

Estoy de acuerdo en que no podemos comprender plenamente la interacción de un trozo de materia sobre otro y ni aun lo que llamamos la fuerza ejercida por un átomo sobre otro, a no ser que tengamos en cuenta la existencia de campos eléctricos o magnéticos—es decir, a no ser que consideremos el éter—. Y opino que si ha de llegarse a un conocimiento racional de la interacción de espíritu y materia será aceptando como intermediario esa grande y esencial entidad física que actúe de un modo hasta hoy desconocido.

Pero aun cuando se desconoce el carácter de la inter-

acción mental y física el hecho en sí es innegable y familiar; tanto, que no suscita ninguna atención y es tratado como cosa vulgar. Nosotros, nuestro yo mental y espiritual, guiamos de hecho la energía terrestre, ponemos la materia en movimiento, alteramos su configuración y producimos efectos que de otro modo no ocurrirían. Esta facultad la compartimos hasta cierto punto con todos los animales, que asimismo producen estructuras específicas, tales como nidos, telarañas y conchas. Pero entre estas actividades animales hay algunas que son específicamente humanas, en particular aquellos signos físicos sobre los cuales se ha puesto de acuerdo nuestra parte de la humanidad y que son inteligibles para todos los miembros de nuestra especie.

El instrumento mediante el cual conseguimos estos y todos los demás resultados en el plano físico es, en primer término, el sistema cerebro-nervo-muscular que ocupa o constituye la mayor parte de nuestro cuerpo. De uno u otro modo empleamos o estimulamos el centro cerebral cuyas fibras transmiten un impulso en proporciones mensurables que a su llegada hace que un músculo dado se contraiga de determinado modo. Este hecho puede considerarse tan milagroso como cualquier otro, no más ni menos; pero, sea el que fue-

re su carácter, lo cierto es que se produce aunque no podamos analizarlo totalmente. Sin embargo, podemos asegurar que si no se produce *algún* movimiento, sea la elevación de un párpado o la contracción de una nariz, no se transmite absolutamente nada (a no ser que admitamos la posibilidad de la telepatía, que no es ninguno de los métodos habituales), en tanto que si el control es tal que puede moverse a voluntad un trozo externo de materia, como una clave telegráfica, un semáforo, un indicador, o mejor aún, una pluma o lapicero, entonces no existen límites para la inteligencia y la emoción que pueden transmitirse de este modo.

Todo método transmisor presupone, siempre que sea utilizado, la existencia de otra entidad receptora, dotada de un instrumento adecuado para recibir la impresión física y la atención necesaria para interpretarla mentalmente. Así podemos estimular fácilmente el mecanismo y la mente de los demás con sólo que podamos emplear un transmisor.

Unos instrumentos son mejores que otros; pero casi podrá servirnos cualquiera y es evidente que la laringe y sus accesorios se utilizan con preferencia a cualquier otro fragmento de materia para transmitir los mensajes únicamente porque es el instrumento al que

hemos educado y habituado especialmente para hacerlo.

Posibilidad de delegar el uso del instrumento

Ahora podemos pasar a dar por admitido que toda persona tiene una laringe y una mano relacionadas con un sistema cerebro-nervo-muscular análogo al nuestro y que algunos han perfeccionado el uso de estos instrumentos por medio de la educación de un modo parecido a nosotros. ¿Será posible que podamos emplear el mecanismo transmisor de otra persona en lugar del nuestro?

Ahora bien, si un físico o químico penetrara en el laboratorio de otro y quisiera realizar un experimento o hacer una investigación tropezaría con grandes dificultades, porque apenas sabría dónde se hallaba cada cosa; pero lo haría a su modo, aunque claro que tomándose una gran libertad. Allí vería objetos conocidos, tales como balanzas, retortas y frascos, y sabría para qué servían la mayoría de las cosas. También encontraría muchas que no necesitara y echaría de menos algunas necesarias; pero podría elegirlas y adaptarlas todas mejor o peor a sus propios fines y utilizarlas a su modo.

Ahora habría que averiguar si ese laboratorio corporal a cuyo uso se ha acostumbrado cada cual puede ser puesto en funciones y utilizado por una inteligencia extraña o por alguien que no sea su propietario. En otras palabras, debemos indagar si un pensamiento o idea nacidos en la mente de una persona pueden suscitar un movimiento o provocar una respuesta en el mecanismo de otra.

El hecho experimental de la telepatía parece sugerir que algo de esto es posible. Por regla general la función telepática parece producirse entre una y otra mente y la traducción del proceso mental al proceso material acaso tenga lugar del modo ordinario. Pero la facultad aún más obscura de la *telergía*, a la que a veces hemos de recurrir para explicar hechos observados, parece demostrar que el aparato transmisor de una persona excepcionalmente sensible o especialmente dotada puede ser utilizado en ocasiones por otra mente a condición de que su propietario sea lo bastante complaciente para abandonar parte de su organismo y lo bastante generoso para permitir su empleo a otro.

El que la operación sea ejecutada por telepatía o por telergía en un caso dado es sólo un detalle y el que la operación sea rara o frecuente es otro. Lo importante

es que el mecanismo corporal de algunas personas, aunque por lo general se halla bajo su control, no se halla así siempre. Los casos de personalidad múltiple han sugerido hace mucho tiempo la posibilidad del control de inteligencias distintas y extrañas—y no siempre amigables, por cierto—, y la facultad que así se ha demostrado y reconocido patológicamente como ingobernable e ingobernada, puede ser utilizada en circunstancias más felices y bajo condiciones mejores y más saludables para prestar benéficos servicios.

Los *mediums* son personas que poseen la facultad de permitir que su mecanismo sea puesto en movimiento por mentes ajenas a la suya. Una respuesta fisiológica al estímulo de otra mente: eso es el mediumnismo. Y el que sea o no una facultad real sólo es cuestión de pruebas. Yo afirmo concretamente—por lo que hasta el presente veo—que su existencia real es la hipótesis más sencilla que puede formularse para explicar ciertos fenómenos conocidos ahora de gran número de gentes por propia experiencia. Ni siquiera puede considerarse una facultad rara aunque difiera de potencia, y probablemente es susceptible de cultivo y perfeccionamiento.

Muchas personas pueden obtener la llamada escritura automática—una de las formas más simples del mediumnismo útil—, es decir, que se dejan gobernar la

mano y el brazo por una inteligencia extraña aunque amiga, conservando en lo demás despierta su propia inteligencia, la cual sólo deja de intervenir localmente.

El estado de trance es una abstención más avanzada de la atención consciente, y durante él algunas personas pueden consentir que sus órganos vocales sean utilizados para la transmisión de palabras y a veces para la expresión de ideas absolutamente extrañas a su conocimiento normal. Al despertar del trance estas personas no recuerdan lo que han dicho, aunque es posible que siempre quede alguna remembranza en determinado punto de su cerebro que pueda evocarse con medios apropiados. El estado de trance difiere del sueño hipnótico aunque ambos tienen muchos rasgos comunes; pero mientras en el estado hipnótico el paciente se halla sujeto a la sugestión o es gobernado más o menos por una persona viva, lo sorprendente del estado de trance, o de una de sus variedades, es que el organismo puede ser manejado a veces por inteligencias desencarnadas, es decir, por personas cuyo mecanismo corporal se ha destruído por completo.

Parecen existir todos los grados de control y todas las variedades de respuestas físicas, desde las elementales levitaciones de un velador, a la emisión hablada o escrita de frases inteligibles, y a veces, aunque raramen-

te, se expresan ideas en una lengua desconocida para el *médium*. La facilidad con que pueden hacerse las comunicaciones depende en buena parte de la potencia y habilidad del comunicante y del grado de comprensión del percipiente; pero depende también de los hábitos y aptitudes del instrumento fisiológico empleado. Este puede ser empleado fácilmente para emitir frases habituales y lugares comunes; pero es mucho más difícil hacerle transmitir ideas recónditas o emplear un lenguaje desusado, y tratándose de un instrumento poco instruído puede ser punto menos que imposible.

Asimismo las palabras de claves sin sentido, tales como los nombres propios, son casi siempre difíciles de transmitir y exigen un esfuerzo especial. De hecho, el caso se asemeja a la transmisión de un telegrama por medio de un teléfono: las frases familiares se entienden fácilmente, pero las palabras raras y los nombres propios han de repetirse varias veces e incluso a veces deletrearse. Igualmente, las preguntas intercaladas a la mitad de un mensaje dan por resultado confundir al comunicante y toda desviación a otro tema puede destruír la claridad de una comunicación, a no ser que ésta haya sido escrita previamente y se transmita de modo mecánico.

En todos los casos, tanto en el más corriente como

en el más extraordinario, importa darse cuenta—insisto sobre ello—de lo notoriamente mental que es siempre la parte esencial del sistema de comunicación, trátese del lenguaje articulado, de la escritura o de la representación pictórica. Los medios empleados por un pintor, por ejemplo, para transmitir su propósito consisten en combinar los colores de determinada manera, lo mismo que el compositor combina sonidos futuros, cosa que hace escribiendo virtualmente instrucciones que después han de permitir a una persona diestra reproducir los sonidos del modo deseado. Y aun entonces, si esta reproducción no tiene lugar en presencia de un receptor adecuado—esto es, una persona con la vista o el oído educados—el mensaje remitido por el pintor o el compositor no encuentra destinatario. Todo lo que existe en el cuadro, todas las notas de la música, puede ser visto u oído por un salvaje o un animal; pero en ellos, lo mismo que en el profano, no evoca ninguna respuesta. Para ver un cuadro debidamente o saborear la música se necesita cierta facultad, una especie de atención y comprensión mentales, y sin esta respuesta psíquica no se transmite nada importante. Nuestra apreciación de una obra de arte depende de nuestra disposición para ello. De aquí que no sea de extrañar que cuando hay armonía psíquica la parte física de la transmisión sea fá-

cil de encontrar. Un simple gesto puede expresar muchas cosas sin hablar. La lectura labial es un método empleado con frecuencia por los sordos. La simple visión de unos signos puede transformarse para un músico experto en armonía y melodía. Unos signos negros en una hoja de papel constituyen el lado físico de un poema. Los golpecitos de un velador pueden expresar inteligencia y emoción, por extraño que el hecho pueda parecer. La facultad singular de la telepatía demuestra que en casos extremos puede prescindirse incluso de todo estímulo físico, aunque en tal caso, dadas las actuales condiciones, el sistema suele ser lento e inseguro. Así, pues, no es en realidad tan sorprendente que un organismo corporal completo perteneciente a otra persona pueda ser empleado con la práctica por una inteligencia desencarnada suponiendo que ésta exista y pueda y quiera transmitir a las personas relacionadas aún con la materia un mensaje de afecto o una prueba ingeniosa de su supervivencia e identidad.

Si nuestros parientes y amigos siguen existiendo después de haber abandonado el cuerpo disponen de todos los utensilios mentales o psíquicos necesarios para la comunicación. Lo único que les falta es el instrumento físico, y según las hipótesis la presencia de un *médium* parece llenar este requisito. Suponiendo que puedan

obrar sobre un organismo fisiológico ajeno del mismo modo que solían obrar sobre el suyo—sin saber siquiera que lo hacían, sino únicamente haciéndolo—el resto es cosa fácil: conocen nuestras claves y nuestro modo de pensar, y si pueden ingeniarse para producir actos físicos a la manera conocida es natural esperar que nosotros podamos entenderlos.

Lo que nosotros debemos hacer es colocarnos en actitud de espera y prestarles la atención necesaria, porque de lo contrario ellos no podrán hacer nada. A veces realizan esfuerzos especiales para solicitar nuestra atención—como si nos llamasen al teléfono, por así decir—, mas para obtener algún mensaje debe existir una colaboración entre ambas partes.

Los mensajes transmitidos suelen ser muy breves, a veces sólo unas palabras de afecto, seguidas de tentativas por establecer la identidad frente a la incredulidad consuetudinaria y tradicional con ayuda de reminiscencias triviales y frases características. Estos mensajes fragmentarios, transmitidos por conductos desusados con evidente dificultad y recibidos con un frío silencio y a veces con mal disimulada incredulidad, son para la Iglesia un obstáculo y para la Ciencia una necedad, mas para los afligidos son una fuerza y un consuelo de valor inestimable.

CAPITULO VI

¿ES POSIBLE COMUNICAR CON LOS MUERTOS?

Ya es tiempo de entregarse a un estudio de las cosas invisibles tan meticuloso y sincero como el que la ciencia ha hecho habitual con respecto a los problemas terrestres.

Como sabemos, la Ciencia no puede permanecer impasible en presencia de lo excepcional, lo catastrófico, lo milagroso... Su más alto ideal es la ley cósmica, y ya empieza a sospechar que una ley verdaderamente cósmica tiene que ser en cierto sentido revolucionaria.

El descubrimiento de la telepatía abre ante nosotros una comunicación potencial entre toda la vida... Y si, como indican las actuales pruebas, este intercambio telepático puede subsistir entre las almas corpóreas e incorpóreas, esa ley ha de constituír forzosamente el centro mismo de la evolución cósmica.

¿Es que nuestras nociones de lo digno y lo indigno en la naturaleza... nos han guiado en el descubrimiento de la verdad? ¿No hubiese juzgado indigno Aristóteles, al divinizar las estrellas fijas a causa de su gran distancia, suponerlas formadas de los mismos elementos que las piedras que pisaba? ¿No podrán ser las almas incorpóreas de

> una estructura más parecida a la nuestra de lo que estamos habituados a pensar?
> F. W. H. Myers: *La personalidad humana*, II, cap. IX.

La gente suele extrañarse de la comunicación mediumnímica, y acaso tenga dudas respecto a su legitimidad, aun en el caso de que fuera posible hablar familiarmente por algún conducto con aquellos a los que parece habitual considerar como sagrados o extintos. Lo cierto es que no son ni lo uno ni lo otro, y cuanto antes comprenda el mundo esta verdad de una manera racional mejor será para ellos y para el mundo. Las dificultades motivadas por el hábito y la tradición deben ser vencidas poco a poco, en parte, por la experiencia directa, pero principalmente por la lectura y el estudio. Así, pues, me dirijo aquí a quienes sienten alguna dificultad—incluso de carácter religioso—ante la simple idea de la comunión póstuma, y que preguntan en serio: ¿Es posible entablar conversaciones con los muertos, o pueden ellos de algún modo comunicar con nosotros?

Ninguna respuesta puede darse a esto basándose en consideraciones previas, como no sea una desdeñosa negativa, basada en una precipitada conjetura respecto al significado del término esencial del problema. Si es cierto que «los muertos no saben nada», prácticamente

no tienen ya ninguna existencia personal y no puede ser posible comunicar con lo que no existe. Pero este razonamiento peca de prematuro. El método acertado estriba en averiguar primeramente por el experimento y la observación si es posible la comunicación, y luego deducir de este hecho, si llega a ser un hecho establecido, que al fin y al cabo los muertos saben algo y tienen una existencia personal.

Pero entonces se plantea una cuestión obvia: ¿cómo puede ser posible comunicar con un ser, por inteligente que sea, que no posee instrumentos ni órganos físicos para convertir el pensamiento en actos? ¿Cómo puede ser posible apreciar el mero pensamiento?

Una respuesta parcial la da el descubrimiento experimental de la telepatía, que parece ser un sistema directo de transmisión de una a otra mente. Pero, aun así y todo, para todo género de reproducción, utilización o transmisión a los demás se necesita un procedimiento físico, y, por lo tanto, es menester, según se nos alcanza, un mecanismo fisiológico.

Es inevitable que haya alguna clase de instrumento; pero no se sigue de esto que el instrumento empleado tenga que ser forzosamente de propiedad de la inteligencia que comunica. Un músico, privado de su instrumento favorito, puede aprender a tocar en otro.

Sin alguna clase de instrumento—aunque sólo sea una pluma—su alma podría hallarse rebosante de música, pero ésta permanecería oculta e inaprehendida, no podría ser reproducida y ni siquiera escrita. En cambio, un instrumento inferior o ajeno sería mejor que nada y podría conferir al músico una vez más alguna facultad de expresión.

Ahora bien: los casos de personalidad múltiple demuestran que un solo cuerpo humano puede ser utilizado en circunstancias excepcionales por varias inteligencias y no por una sola: el ocupante normal puede ser expulsado a veces, por decirlo así, y ser substituído por otros.

Tales son las apariencias, y las apariencias pueden resultar más cercanas a la realidad de lo que se creía posible.

Hay ciertas personas cuyo valor para acrecentar nuestra experiencia es mucho mayor de lo que se cree, y que consienten abnegadamente que la parte corporal de su ser sea empleada para transmitir mensajes que reciben telepáticamente o no se sabe cómo de inteligencias distintas a la suya. Su propia personalidad queda en suspenso o en trance por algún tiempo, en tanto que su cuerpo y su cerebro siguen activos, merced a lo cual transmiten mensajes sobre hechos que

ellos ignoraban y que pueden no dejar ningún vestigio accesible en su memoria.

La persona empleada de este modo como mecanismo transmisor de otra inteligencia se llama *médium*. Hay varios grados de mediúmnismo, y éste no siempre va asociado a la inconsciencia normal completa; pero en todos los casos parece ser una variedad saludable y útil de lo que en los casos patológicos se llama «personalidad múltiple». La personalidad secundaria que detenta el gobierno transitorio no tiene que ser forzosamente perjudicial o molesta, sino que puede ser racional y sensata; pero no es la inteligencia normal del *médium*, y el estrato de la memoria utilizado es distinto. Ocupan el primer plano hechos que otra persona conoce, y los hechos familiares al *médium* retroceden al fondo transitoriamente. De este modo puede atribuírse a veces la mente y la memoria utilizadas a una persona carnal; pero el cuerpo material o carnal parece ser un obstáculo, debido a lo habituados que estamos a los métodos sensoriales de comunicación. Es mucho más fácil que el organismo del *médium* sea gobernado por una inteligencia desencarnada, es decir, por una persona que ha sufrido el proceso de disolución o disgregación de la materia y de la que se dice que ha muerto.

Cualesquiera otros métodos que pueda haber de comunicación—entre ellos lo que se llama inspiración—, esta utilización de las facultades de un *médium* es auténtica, y hay muchas personas familiarizadas por la experiencia directa con los mensajes así recibidos. Los hechos elegidos para su transmisión suelen ser en tales casos de carácter doméstico y sin sentido público, pero que sirven mejor que nada para probar la identidad de la persona que los recuerda. La trivialidad de los incidentes recordados es cosa secundaria si tienen este carácter identificador. Los acontecimientos importantes ya no son tan útiles, porque o es difícil comprobarlos o son del dominio público. Los detalles triviales y domésticos son los que facilitan los indicios demostrativos y los rasgos personales que desean los afligidos supervivientes.

Hay muchos grados y variedades de mediumnismo. El estado de trance de que antes se habló es una de sus formas más completas; pero algunas personas pueden obtener la escritura automática o semiinconsciente sin retirar su control ordinario nada más que a la mano. En este caso, el instrumento es la mano ayudada de pluma o lápiz. A no dudar, la mano es accionada por los músculos del modo normal; pero por lo que respecta al sentido del mensaje, no es gobernada por la men-

te normal de la persona que la mueve. A veces se fija el lápiz a una plancha de madera para que la acción muscular sea más sencilla y menos parecida a la empleada en la escritura ordinaria. Otras veces esta plancha de madera está construída de forma que señala letras impresas en lugar de escribirlas, y en otros casos se emplea un instrumento algo más pesado, pero más sencillo todavía, y el mensaje se recibe en forma de señales telegráficas, y en el caso de quienes no conocen el código Morse, repitiendo el alfabeto ante las levitaciones de un velador, que se para en la letra buscada. Las levitaciones de velador más parecen una antigua y desdeñada distracción que un método serio. Parecen más propias para pasar el rato, pero con cuidado y sobriedad aun este sistema constituye un posible vehículo para comunicaciones de cierta índole. El velador es únicamente una variante burda y voluminosa de la plancha de madera o del lápiz o pluma, que es también un trozo de madera accionado por los músculos.

Los modos de convertir el pensamiento en movimiento son innumerables, y poco importa cuál es el que se usa. La mano, la laringe, los músculos del brazo y de la garganta son trozos de materia sometidos a la influencia mental por medio del mecanismo ce-

rebral y nervioso con ellos relacionado. Hasta qué punto pueden ser accionados por la mente es un enigma; pero el hecho de que lo son es innegable. Lo que hay de extraño en todo género de comunicación no es que la materia sea movida con arreglo a un código para reproducir el pensamiento en otra mente receptora, pues esto ocurre igual con el lenguaje y la escritura: lo extraño de los casos supranormales es que la esencia de la comunicación es extraña a la persona que la transmite y es característica de alguna otra persona que es representada dramática y vívidamente anhelando enviar noticias inteligibles o un mensaje identificador y reconfortante, y que emplea los órganos corporales y el mecanismo fisiológico de que puede disponer.

Ahora permitidme indicar la clase de mensajes que pueden recibirse.

Unos se refieren a hechos y experiencias del Más Allá, la vida que allí se vive, el ambiente, las condiciones, la persistencia de un vívido interés por los asuntos terrenales y las dificultades y hasta cierto punto el examen de la comunicación. Numerosos ejemplos de esta clase de información se hallan consignados en libros. Pero todo esto pertenece a lo que podríamos llamar temas «incomprobables»: no disponemos de me-

dios para probar los asertos o averiguar la cantidad de verdad que contienen los mensajes, y por eso deben considerarse con cautela. Baste decir que la afirmación invariable es que las condiciones en el Más Allá son mucho más parecidas a las nuestras que lo que se esperaban los comunicantes. Estos hablan de flores y animales, pájaros y libros, atractivos y belleza de todo género. Nos aseguran que saben muy poco más que nosotros, que su carácter y personalidad siguen siendo prácticamente idénticos, aunque vayan progresando; que no se han transformado súbitamente en algo supremo—ni infernal tampoco—, que siguen siendo lo que eran, con gustos y aptitudes similares, pero que se hallan sometidos a condiciones más felices y más conducentes al progreso y más libres de las dificultades y los obstáculos caprichosos que cuando estaban asociados con la materia.

También dicen que las cosas que les rodean son sólidas y substanciales, y que las antiguas cosas materiales les parecen ahora difusas y evanescentes. Así parecen escasamente enterados de los sucesos terrenales, salvo cuando se les asignan deberes concretos para ayudar a los que van a reunírseles, o cuando pensamos en ellos, o bien ellos hacen un esfuerzo espontáneo por llegar hasta los que han querido y han dejado atrás.

Son hondamente susceptibles de sentir afectos y amistades, y son menos reacios a expresar sus sentimientos que cuando vivían aquí. No parecen hallarse en otra región del espacio, sino que están íntimamente ligados a este orden de existencia. La misma facultad constructiva inconsciente que en el largo transcurso de la evolución llegó a construír su organismo visible combinando partículas de materia parece continuar su tarea bajo las nuevas condiciones y ha construído otro cuerpo o modo de manifestación con la substancia disponible, que hipotéticamente podemos suponer que sea el éter. Esta facultad constructiva parece inherente no sólo a la vida humana y animal, sino a todas las formas de la vida orgánica, de suerte que su medio ambiente, que hay quien empieza a considerar como un mundo etéreo, no tiene por qué ser distinto del familiar a nosotros en el reino de la materia, ese reino que ahora es tan real y absorbente para nosotros, que excita nuestra admiración, y de cuya forma de estructurarse tan poco sabemos.

Sea como fuere, los primeros mensajes que llegan a nosotros no son de carácter descriptivo, no constituyen tentativas de informar, sino de convencer, de hacernos comprender que los seres perdidos viven y actúan todavía y que son felices en la medida en que

les dejamos serlo. Se afligen con nuestras penas; pero, por lo demás, encuentran su nueva vida llena de interés y utilidad y de cierto género de alegría.

Los primeros mensajes que recibimos son, pues, mensajes de cariño, y luego vienen esas pequeñas reminiscencias familiares, que son a veces para los interesados perfectamente claras y satisfactorias, aunque para los extraños exijan tantas explicaciones que pierden gran parte de su fuerza. Alusiones a nombres familiares, a animales mimados, a sucesos de excursiones dominicales, a pequeños incidentes o contratiempos, todas estas cosas parecen acudir a la memoria cuando se pretende dar un mensaje identificador, y, aunque es algo difícil transmitir los nombres con claridad y exactitud con la mayoría de los *mediums*, y aunque la importancia de los nombres como prueba pueda ser exagerada fácilmente, a veces se dan nombres espontáneamente, y, sobre todo, nombres de carácter íntimo y privado. Una pregunta brusca destinada, por ejemplo, a conseguir una prueba puede ser motivo de confusión y destruír la claridad. Todo èl mundo sabe lo fácil que es romper el hilo de las ideas.

La excesiva ansiedad del consultante no es de ninguna ayuda; sí lo son la serenidad y el sosiego. Sin embargo, a veces se estimulan los primeros mensajes

por el agudo deseo de librar a los supervivientes de alguna inquietud, algún recelo, alguna incomprensión o alguna preocupación que tiende una sombra sobre sus vidas. A estas cosas parecen peculiarmente sensibles nuestros amigos ausentes, y a veces éstos hacen grandes y enérgicos esfuerzos por llevar algún consuelo a la persona que ven así afligida.

Cómo lo saben ellos puede parecer un enigma; pero también en nuestra vida se sienten obscuramente esas cosas y pueden adquirir más importancia y despertar más remordimiento cuando se acaba la posibilidad de explicarse fácilmente. Yo diría que el remordimiento es una característica notable del estado mental incorpóreo y que este sentimiento puede ser muy parecido al que a veces nos aflige a nosotros en las noches de insomnio.

También la posibilidad de la telepatía, según la cual impresiones mentales de arraigado carácter pueden influenciar otras mentes—aun siendo incorpóreas—, parece revelar otro medio de suscitar los sentimientos de esta índole. Sea el que fuere el método, la percepción de los sentimientos de los supervivientes es un hecho innegable, y el mérito principal de las comunicaciones recibidas en tales casos estriba en el alivio y el consuelo que han proporcionado a los sentimien-

tos de las personas situadas a ambos lados del velo.

En las épocas de aflicción general, estos mensajes son muy necesarios y llegan en gran número por toda suerte de medios. Los jóvenes arrebatados en todo el vigor de su virilidad no es fácil que permanezcan tranquilos si ven que sus allegados lloran indebidamente su pérdida y amargan así el resto de sus vidas. Pueden dudar de sus facultades para hacerse entender, y así ocurre con frecuencia; pero si con ayuda de los amigos o por algún otro medio llegan a percibir la posibilidad de hacerlo, ponen en tensión cada uno de sus nervios para despertar en los que aquí siguen un deseo correspondiente, de suerte que de una u otra forma, tarde o temprano, llega a consumarse la comunicación, que puede ser de un carácter muy subjetivo.

En mi conocido libro sobre la vida y la muerte doy ejemplos de mensajes que demuestran la supervivencia de la identidad personal y de la memoria, el carácter y el afecto más allá de la muerte. Allí cito ejemplos de conversaciones familiares sostenidas con Raimundo y otros; pero estas conversaciones deben tomarse y tratarse en conjunto: no es útil ni leal elegir fragmentos y citarlos fuera de su marco.

No es necesario que estas conversaciones sean demasiado frecuentes o persistentes. Una vez que por am-

bas partes se está convencido de la perdurabilidad del interés y el afecto pueden soportarse los breves años de separación y puede atenderse a la tarea esencial de la vida, sea aquí o en el Más Allá.

El valor y la importancia de la actual existencia terrestre es reconocido plenamente por nuestros amigos del Más Allá. Sería una pobre recompensa al privilegio que se nos concede de la comunicación circunstancial y un mal pago al noble y abnegado espíritu con que tantos hombres han ido no hace mucho a la muerte que las lamentaciones por ellos—y aun un deseo excesivo de comunión—minaran la energía o dificultaran la plena actividad de la clase de servicio que nos es dado prestar en la fase actual de nuestra existencia.

Por último, acaso se pregunte cómo es que, si tales inteligencias existen, no hemos sabido de ellas siempre. Pero es indudable que más de un vidente y más de un santo han sabido de ellas y con ellas han estado en comunión y bajo su influencia. También los poetas de ellas han recibido su inspiración. Sin embargo, a veces se muestra extrañeza, incluso por quienes se inclinan a admitir su existencia, de que no nos digan algo más sobre sus actividades y no nos den a conocer la naturaleza de su ambiente. La respuesta a esto es, primeramente que ya nos han dicho más de lo que

suele creerse, y, en segundo lugar, que el modo de hacerlo no es sencillo. Así, pues, voy a terminar este capítulo con una fábula infantil.

EL PEZ Y EL PÁJARO

Un solitario lenguado encaminóse a la orilla de un lago escocés para tomar el sol. Cerca pasó una golondrina rozando el agua en sus revoloteos. El pez se quedó atónito ante la entrevista aparición y murmuró para sus adentros: «¡Así es que después de todo viven cosas ahí arriba! Siempre creí que así fuera, pues ha habido sombras e indicaciones. Nuestros libres nadadores nos han sugerido algo de esto. Pero es fantástico e irreal. Es más seguro apoyarse firmemente en el suelo; nosotros estamos seguros en el cieno y en la arena. Todo lo demás es imaginación.»

Luego, como la golondrina volviera a revolotear cerca, le preguntó: «¿Qué eres? ¿Tienes aletas?»

La golondrina repuso brevemente: «Nosotros no nadamos: volamos.» Y luego añadió afablemente, como contestando a una pregunta tácita: «En realidad, viene a ser la misma cosa; sólo que esto es más bonito, más rápido y más feliz. Tenemos plumas que jamás podrías imaginarte, nos cernemos sobre toda la

tierra y podemos surcar distancias enormes. Ni aun vuestros libres nadadores saben la mitad de lo que debe saberse.»

El pez permaneció un rato atónito y callado; pero pronto recobró su habitual presencia de ánimo, y contestó con desenfado y sin vacilación: «Es extraordinario. Nosotros no creíamos en vuestra existencia. Algunos de nosotros dicen que pueden volar, al menos por breves instantes, y nos han hablado de efímeros vislumbres de otras criaturas en el curso de sus vuelos; pero, por supuesto, no se les cree. Nos dicen que cuando suben ahí pueden ver el futuro y predecir la llegada de esos negros cascos que nos perturban de cuando en cuando; pero muchas veces se equivocan. Ahora pensamos prohibir los vuelos: no queremos que se nos engañe.»

La golondrina revoloteó un instante al oír esta última confesión y dijo, echando una mirada al cielo: «Haréis bien en no dejaros engañar, pero hay muchas maneras de engañarse. ¿No teméis engañaros a vosotros mismos? Poco sabéis de todas las glorias de la existencia.»

«¿Las conocéis vosotros todas?—preguntó el lenguado tratando de sacar la cabeza fuera del agua y sofocándose en el empeño—. ¿Se os aparece todo claro en

vuestra encumbrada libertad? Dinos cómo es en realidad vuestro mundo.»

«No puedo decíroslo—repuso la golondrina—porque no me entenderíais. Nuestro mundo es muy parecido al vuestro, sólo que mucho más hermoso. También vosotros tenéis cosas bellas si os paráis a mirarlas o si escucháis a vuestros libres nadadores, que os hablan de relucientes piedras y de algas marinas y de caracolas. Vuestras mismas escamas son muy bellas. Pero nosotros, nosotros tenemos árboles y flores y frutas; nosotros volamos por encima de espléndidas montañas y nos alborozamos bajo la lluvia y el sol, con el arcoiris y el rocío. Nosotros construímos nidos en graneros y en iglesias. Nosotros...»

«No sé lo que me dices—interrumpió el pez—. ¿Qué es eso de las iglesias?»

«¡Ah! Eso se sale ya de mis alcances—dijo la golondrina—. Hay muchas cosas que ni nosotros mismos las sabemos. No podemos decir por qué han sido erigidas. Son algo así como graneros; pero con más adornos. En fin, que son diferentes. Parecen representar una visión del universo más alta todavía que la nuestra.»

«¡Bueno!—dijo el lenguado para sus adentros mientras la afirmación del pájaro se diluía en el silencio—.

No puede explicarnos lo que le rodea y se pone a divagar acerca de regiones más incomprensibles todavía. ¡No! Todo eso es demasiado vago e indefinido. Hacíamos bien en no creer en nada más allá de nuestro mundo. Si les dijera a los otros que ese pez volador ha dicho algo que sea verdad, se reirían de mí. Mejor será no decir nada. Y, sin embargo..., recuerdo vagamente que en mi infancia solía nadar con más libertad... ¡Ay! Aquellos primeros destellos se han acabado. Tengo que contentarme con la luz vulgar del día.» Y diciendo esto volvió a sus torpes movimientos y se instaló una vez más en el fango.

Mas su experiencia no fué del todo vana. De vez en cuando no podía abstenerse de hablar de ella, pese al desdén de sus semejantes, y se sentía más feliz que antes, aunque también más consciente de su ignorancia. No obstante, se extrañaba todavía de que el pájaro no pudiera iluminarle mejor respecto a la naturaleza de aquel otro mundo.

CAPITULO VII

PERSPECTIVAS.—BREVE RESUMEN

> **¿Se disipará totalmente en tus cumbres y profundidades la chispa ínfima de mi ser?**
>
> ....
>
> **A través de las puertas que cierran el horizonte llega un destello de lo que está más alto.**
>
> **TENNYSON.**

Para concluír demos una rápida ojeada al terreno que hemos recorrido y consideremos el que se extiende ante nosotros. Nuestras opiniones han empezado a agrandarse en todas las direcciones, elevándose, desde las consideraciones puramente terrestres, a comprender lo que acaece en el cosmos infinito, del que es la tierra parte integrante, y a penetrar los intersticios de los átomos de que se halla compuesta. Hemos descubierto un completo sistema de leyes, que lo mismo gobierna lo grande que lo pequeño. La tierra no constituye ninguna excepción. Y ahora empezamos a sen-

tirnos impelidos a extender esta misma apreciación cósmica al dominio de la vida y de la mente. Buscamos lo imperecedero, lo perfecto, lo substancial, y estos atributos los encontramos en el espacio mismo. Este, y no la materia, es nuestra morada permanente; en él hallamos el vehículo físico que empleamos ahora y que seguiremos usando eternamente.

Nuestros cuerpos materiales se estropean y tienen que ser abandonados. Los objetos materiales nunca son permanentes, siempre degeneran tarde o temprano. Pero el alma de una cosa no se halla en la presentación material.

El lado material de un cuadro está formado de lienzo y color: ninguna otra cosa descubriría un microscopio; pero ante este examen no existe ningún «cuadro»: el «alma» o significado—la *realidad*—se evapora en cuanto el objeto material es contemplado de este modo analítico. Lo mismo ocurre con nuestros cuerpos. En la disección son músculos, nervios y vasos sanguíneos: un mecanismo maravilloso. Pero semejante examen no puede revelar el alma o el espíritu.

El espíritu utiliza y domina la materia, la usa para la demostración y la ejecución, la emplea como vehículo de sus manifestaciones; pero es un gran error identificar el pensamiento y la personalidad con un con-

junto de átomos. El cerebro es una masa pulposa de materia, organizada de modo misterioso para reaccionar al pensamiento y recibir y transmitir impresiones; pero el cerebro no piensa, ni planea, ni ve, ni oye. Unicamente el espíritu realiza estas funciones mentales, y el cerebro es su instrumento. Sin éste y sin su coordinación nerviosa y muscular seríamos incapaces de mover la materia, e incapaces por tanto de hablar, escribir, transmitir nuestras impresiones o expresar nuestros pensamientos.

Todo nuestro cuerpo material es un conjunto de átomos hábilmente reunidos para crear una estructura adaptable de maravilloso ingenio y belleza. Cada una de sus partes tiene asignada su función, y así vivimos ahora por la cooperación y funcionamiento acorde de todo el conjunto. Así es como vivimos en la tierra y como nos damos a conocer a los que se encuentran en nuestro mismo caso.

Las partículas que componen nuestro cuerpo fueron extraídas de substancias vegetales y animales organizadas por la entidad interna o psíquica que llamaremos vida o alma, y que no pretendemos conocer a fondo. Pero en esta entidad radica la personalidad, el carácter, la memoria, y no en el mecanismo.

El oído no oye: es el instrumento de la audición;

por sí solo es un mecanismo, lo mismo que el teléfono. El ojo no ve, como tampoco ve una cámara fotográfica: somos nosotros los que vemos y oímos por medio de esos instrumentos receptores. Estos se dejan estimular por vibraciones, vibraciones que, de manera extraña, podemos interpretar nosotros.

Interpretamos indicaciones de los sentidos al mirar un paisaje, una obra de arte, un poema o un cuadro. Cuando oímos hablar, lo único que percibimos son vibraciones del aire: los sentidos de los animales las perciben lo mismo, pero no tienen una mente para interpretarlas.

La facultad de interpretación es asombrosa. Mediante dispositivos ingeniosos hemos aprendido a interpretar las ondas etéreas como armonía y sentido. Confundir nuestra existencia real con su instrumento es simplemente estúpido.

La misma forma del cuerpo no depende de nada material, no depende de la naturaleza del sustento, como ocurre con la forma de un cristal. El mismo sustento hubiera podido producir igual un pollo o un cerdo. No hay la menor identidad personal en las partículas ni en su agregado; la identidad personal pertenece al alma, al vivificante principio animador que las reúne y que asigna a cada partícula su función.

La célula protoplásmica que penetra en la sangre en el curso de la digestión va a parar a alguna parte de los tejidos, y allí es ordenada con arreglo a su localidad. En un sitio contribuirá a formar parte de una nariz; en otro, de un cabello; en otro, de un músculo o de la piel. Herid la piel, y no tarda en restablecerse; cortad un nervio, y vuelve a brotar de nuevo. Maravilloso es el proceso, totalmente fuera de nuestra capacidad consciente. ¿Quién podría crear, tomando un pensamiento, un dedo, un diente o un cabello?

La física y la química del proceso puede ser estudiada; pero la fuerza interna, inmanente, reguladora, escapa a nuestro conocimiento. Todo obedece a una ley y a un orden; las leyes pueden ser formuladas; los fenómenos, observados y descritos por diestros observadores; pero esto no es nada más que el mecanismo. Así podemos estudiar la estructura de un puente, o una máquina, o un aparato radiotelegráfico; pero el inventor o creador no serían visibles.

Identificar la fuerza animadora con el vehículo material equivale a embrutecernos y cerrar nuestros ojos a la realidad. Un violín o un órgano es un instrumento; pero la música exige un músico. Nosotros no somos en realidad materia: empleamos la materia y la abandonamos. El cuerpo es nuestro instrumento; sólo

dura breve tiempo y luego tiene que ser enterrado o quemado: entonces ha cumplido su misión, y sus partículas servirán para otro organismo.

Nosotros no penetramos nunca en la tumba: proseguimos una ininterrumpida existencia. Acaso tengamos otro modo de manifestación—otro cuerpo en este sentido—, aunque ya no sea de materia. El antiguo cuerpo material ha quedado muerto y liquidado, y nunca será resucitado por nosotros. No hay resurrección posible de un cadáver una vez que éste está completamente muerto; eso no sería una resurrección gloriosa: sería, o un extraño milagro inexplicable o un mero horror.

Los que se han encerrado en la visión material de la existencia, y han cerrado los ojos a la realidad, tienen forzosamente una visión limitadísima y mezquina del destino humano y consideran disparatada la idea de la supervivencia. Si el cerebro es la mente, si toda la memoria se halla acumulada en él, si no sólo es el instrumento para reproducir y manifestar ideas y pensamientos, sino que es el ser humano efectivo—extraña noción—, en ese caso somos débiles criaturas efímeras que vivimos nuestros mil meses para tornar después al polvo de donde salimos. Deporte inútil, sin permanencia, sin sentido. Toda nuestra esperanza,

nuestra fe y nuestra caridad, toda nuestra alegría, nuestra tristeza y nuestra abnegación no sirven de nada, disipándose y extinguiéndose como un cuento.

Para tales teorizadores la única noción de la supervivencia sería la resurrección del mecanismo corporal, pretensión a la que se llama acertadamente necromancia, por tratarse del cadáver. Hubo un tiempo en que se creyó efectivamente que las tumbas vomitarían sus muertos, que habría una resurrección general y que nuestros desechados conglomerados de partículas terrenales serían reunidos y torturados o agasajados por toda la eternidad. Redimíos de tan burda superstición.

Frente a todo esto, ¿cuál es la verdad? La verdad es que nuestro yo no está sujeto a la mortalidad, que no degenera ni se desgasta, que tenemos una existencia permanente más allá de la vida del organismo material que hemos heredado del resto de la creación animal, que lo que constituye realmente nuestro yo es el espíritu animador, regulador y dominante, y que éste subsiste independientemente de los accidentes que puedan sobrevenirle al cuerpo y está sólo sujeto a aquellos males que pueden atacar y herir al alma. Nos es posible ascender a indecibles alturas y descender a profundidades correlativas.

El elemento humano permanente es el carácter, la

voluntad. Eso es lo que determina el destino del hombre. Nos hemos elevado por encima del mecanismo, no estamos sujetos a coerción, no corremos sobre rieles como el tranvía, somos libres de dirigir nuestro camino: ocupamos el volante y podemos elegir nuestra ruta. Muchos de nosotros se contentan con verse libres de obstáculos y poder rodar por el camino real; pero algunos pueden hacer más. Tienen alas, por decirlo así, y pueden cernerse sobre las inquietudes de la vida vulgar, aun cuando sólo sea por breves momentos; pueden elevarse a la libertad y la belleza; pueden cantar, y gozarse, y alentar a los otros a extasiarse ante la belleza y la sublimidad del universo, del cual empiezan a percibir algo más que un débil fulgor.

La espléndida perspectiva que se extiende ante cada individuo cuando éste está dispuesto a percibirla puede extenderse, con diferencias, como una esperanza y una inspiración, al futuro de la raza humana de nuestro planeta. La tierra es un reino de almas afanosas y anhelantes, obstruídas y fortalecidas a un mismo tiempo por su disciplinada asociación con la materia. El hombre, tal como nosotros le conocemos, es un producto reciente de la evolución. Todavía no ha aprendido a utilizar juiciosamente sus circunstancias mate-

riales y se equivoca tristemente respecto a la importancia relativa de las cosas. Pero escritores inspirados le han asegurado que puede llevar a cabo su propia salvación. Ya han sido plantadas las semillas de la buena voluntad, y cuando empiecen a florecer y a dar fruto, las generaciones futuras heredarán un paraíso terrenal digno de los largos trabajos de preparación, sufrimiento y esfuerzo que son sus primeras fases, su estado embrionario. La tierra será en verdad un cuerpo celeste, y el Reino de los Cielos estará finalmente al alcance de nuestra mano.

El hombre no está plenamente desarrollado aún, cuando solamente unos cuantos aventajan a sus semejantes. Ya llegará el día en que todos sean capaces de comprender su primogenitura. Gran parte del desasosiego que impera actualmente se debe a un anhelo de cosas superiores, al sentimiento de que nuestro mundo no puede serlo todo, de que la instrucción y el ocio son cosas por las que vale la pena luchar, de que hay premios fuera del actual alcance del hombre medio. Terriblemente falsos son algunos de los esfuerzos: el egoísmo acosa y destruye los ideales. Pero tarde o temprano habrá de repararse todo esto.

La humanidad apenas está civilizada aún: todavía queda mucho que hacer. Pero hay tiempo de sobra.

Ante el individuo y ante la raza se extiende una magnífica perspectiva, y si miramos cara a cara a lo Justo y buscamos la orientación que ha de brindársenos; si procuramos averiguar cuál es el verdadero sentido de la existencia y ajustamos nuestra voluntad a ese esfuerzo que nos parece divino, entonces, por encima de estas voces, lograremos alcanzar la paz y el servicio que es la libertad perfecta.

Hablo de orientación o ayuda, y también esto es una realidad: no se nos impone, pero podemos conseguirlo si lo pedimos. En la tierra han vivido y se han esforzado multitudes de seres que no se han extinguido. Sitio hay para todos en este inmenso universo, en el que nada real deja de existir. Puede salirse de nuestro conocimiento, pero nunca deja de ser. Hasta los átomos de materia parecen permanentes. Toda fracción de energía es conservada. No hay destrucción, sino sólo cambio. Así ha ocurrido con todo el que ha existido, y bien sabemos cuánto han sufrido y trabajado algunos en nuestro mundo por ayudar a la humanidad.

¿Creéis que ya no han de trabajar más y que nos han de dejar abandonados y solos? ¡No! No estamos solos; somos únicamente algunos de los agentes que luchan por mejorar las condiciones de la existencia.

Un poderoso ejército se halla entregado a la obra; mas no es ésta obra de destrucción, sino de regeneración, de estímulo y de ayuda. Ellos no han abandonado la lucha, aun siguen en ella, considerándola ahora desde un nivel más alto, viendo y lamentando nuestros tropiezos y dispuestos a tender una mano salvadora. Todos sujetos sin duda a un Poder Supremo inconcebible para nosotros y que actúa empero por medio de leyes, agentes y medios físicos en formas que no podemos penetrar, pero sí reconocer gustosos. El destino del individuo depende en gran medida de él mismo. El destino de la especie depende de nosotros y de los que nos han dejado. Todos somos colaboradores. Ese venturoso estado que se llama el reino de los cielos es el objetivo y la meta, y algún día se alcanzará en la tierra. Por este fin trabajan fuerzas inmortales. Indóciles voluntades lo retardan, la codicia y el odio lo obstaculizan; pero las fuerzas del bien serán más potentes y acabarán por prevalecer.

La tierra es maravillosa y bella; el episodio de la vida terrenal es sin duda de extraordinaria importancia dentro del proceso. Día llegará en que se alcancen nuestros ideales; algún día se elevará la humanidad a las posibilidades que ahora empezamos a ver a su alcance. Pues el género humano ha producido ya un

Platón, un Shakespeare y un Newton, como enhiestas montañas que reciben los rayos del sol antes que los valles y las llanuras. Y cuando el hombre medio haya alcanzado esta altitud, ¿cuáles serán entonces las cumbres?

INDICE

Páginas

Imprenta de J. Pueyo.—Luna, 29. Madrid.